

**ÁNGEL BELLOGÍN AGUASAL (1841-1920):
ACADÉMICO Y FARMACÉUTICO**

*ÁNGEL BELLOGÍN AGUASAL (1841-1920):
ACADEMIC AND PHARMACEUTICAL*

Cristina Riera Climent¹, Juan Riera Palmero²

¹*Doctora en Historia de la Ciencia (UEX)*

²*Académico de Número.*

E-mail: juanriepal@telefonica.net

An Real Acad Med Cir Vall 2016; 53: 221-299

RESUMEN

Estudio de la vida y obra de Ángel Bellogín Aguasal, destacada figura de la farmacia del siglo XIX. Se analiza su formación académica, y la intensa actividad profesional desplegada. Contribuyó a la creación del Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja (1865) y fue uno de los introductores del método experimental en Valladolid. Redactor de la revista *La Farmacia Moderna* desde su fundación en 1890, tuvo asimismo un papel destacado en la Revolución liberal de 1868. Su obra tuvo una vertiente literaria, influido por el costumbrismo y el realismo de Benito Pérez Galdós, especialmente dedicada a la Botica de San Benito el Real de Valladolid, y la profesión farmacéutica de la segunda mitad del siglo XIX. Como traductor se le debe la versión castellana del *Codex Medicamentarius* de París, y la obra enológica de Emilio Viard.

Palabras Clave: Ángel Bellogín Aguasal. Benito Pérez Galdós. Costumbrismo. Revolución “Gloriosa” de 1868. Liberalismo español. Botica de San Benito el Real. Historia de la Farmacia. *Codex Medicamentarius*. Emile Viard.

ABSTRACT

Study of the life and work of Angel Bellogín Aguasal, prominent figure of the 19th century pharmacy. Its analyzes their training academic, and the intense activity professional deployed. He contributed to the creation of the College of pharmacists of Castilla la Vieja (1865) and was one of the introducers of the experimental method in Valladolid. Editor of the *La Farmacia Moderna* magazine

since its founding in 1890 was also prominent in the liberal revolution of 1868. His work had a literary side influenced by local customs and the realism of Benito Pérez Galdós, specially dedicated to la Botica de San Benito the Real Valladolid, and the pharmaceutical profession in the second half of the 19th century. As a translator is because the Spanish version of the *Codex Medicamentarius*, and the wine work of Emile Viard

Keywords: Ángel Bellogín Aguasal. Benito Pérez Galdós. Costumbrismo. “Glorious” revolution of 1868. Spanish liberalism. Botica San Benito el Real. History of Pharmacy.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nace Ángel Bellogín Aguasal¹ en Valladolid el 28 de Noviembre de 1841, cuya existencia histórica se prolongó hasta el 9 de Enero de 1920 fecha en que muere. Era hijo, nieto y biznieto de una prestigiosa familia de farmacéuticos vallisoletanos. Como hijo primogénito siguió la profesión de sus predecesores. Su padre se estableció en Valladolid en la Plaza de la Rinconada en 1839. Su abuelo Andrés Avelino Bellogín, titulado de farmacéutico el 30 de enero de 1804, regentó la farmacia del Hospital de la Resurrección de Valladolid. En esta Farmacia trabajó durante la ocupación francesa. Más tarde en 1817 se estableció en la Plaza Vieja de la misma ciudad. De su bisabuelo sabemos que regentó la Botica de la Compañía de Jesús hasta la expulsión decretada por Carlos III en 1767.

Los estudios de primera enseñanza como la secundaria los cursó en Valladolid, donde nació una fraternal amistad con José Muro quien años más tarde fue destacado político durante la Primera República. Ángel Bellogín graduado de Bachiller en 27 de Junio de 1858, en octubre del mismo año, siguiendo la tradición familiar, inició el preparatorio de Farmacia en la Universidad de Valladolid, cursando las disciplinas de Historia Natural, y Química, en la Facultad de Medicina de Valladolid. En el curso 1859-60 pasó a la Facultad de Farmacia de Madrid, donde se graduó, de licenciado en aquella Facultad el 24 Junio de 1863. Tras los estudios de posgrado obtiene el Doctorado² en Diciembre de 1864, con la tesis *Biografía de Francisco Carbonell y Bravo* bajo el título *Discurso leído ante el Claustro de la Universidad Central* (1864).

Se estableció primero en Valladolid como farmacéutico, pero se trasladó a Madrid regentando la farmacia de la familia Lletget, en la Carrera de San Jerónimo. En Madrid se inició en el ejercicio profesional y el periodismo farmacéutico que le acompañará a lo largo de toda su vida. Colaboró con revistas tan prestigiosa como *La Farmacia Española*, en la que en unión de Martín y Sancho fue uno de sus redactores, y desde 1890 funda con su amigo Luis Siboni y Jiménez, otra revista *La Farmacia Moderna*³, que seguirá publicándose hasta 1936.



Ángel Bellogín Aguasal

La carrera profesional y científica de Ángel Bellogín Aguasal se inició muy pronto, dado que en 1865, da a conocer su primer trabajo en *El Restaurador Farmacéutico*⁴ que dirigía el prestigioso Dr. Quintín Chiarlone. Ángel Bellogín ejerció su actividad profesional en la oficina familiar de la Rinconada en Valladolid, desempeñando una amplia labor en favor de la profesión. Acorde con la nueva organización sanitaria ocupó el cargo de subdelegado de farmacia, desempeñando una labor colegial desde el primer momento. La Farmacia donde ejerció en Valladolid se conservaba hasta finales del siglo XX, cuando todavía Mario M. Bellogín regentaba la oficina. Según afirma Roldán Guerrero la Farmacia conservaba el botamen talaverano del siglo

XVI de la antigua Botica del Convento de San Benito el Real, cuando la regentó Fray Antonio Castell.

El primer Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja⁵ se inauguró en Valladolid en 1865, siendo uno de sus promotores Ángel Bellogín Aguasal, del que fue su primer secretario. Este Colegio tuvo fugaz existencia, pues fundado en 1865, sobrevivió tres años, desapareciendo en 1868. En tan solo unos días, en el momento de su fundación, el Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja se constituyó con 200 colegiados que dieron su apoyo a D. Mariano Pérez Mínguez⁶, su presidente, y D. Ángel Bellogín Aguasal como secretario. El experimento tan sólo duró tres años. Fue el primero de su género en España, por tratarse de un colegio regional y no provincial. Los socios eran corresponsales o de número, de “las provincias de Valladolid, Burgos, Santander, Palencia, León, Ávila, Zamora, Segovia, Logroño, Soria o Salamanca.”, las once que comprendía el Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja.



Farmacia de
Ángel Bellogín Aguasal

Entre los firmantes de la propuesta del Colegio figuraban todos los profesionales de Valladolid, destacaba además de Pérez Mínguez, el farmacéutico militar Esteban Herrera, como Luis Antona, ochentón acaudalado, este último había sido discípulo de Casimiro Gómez Ortega y Pedro Gutiérrez Bueno. El Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja quedaba constituido a mediados del mes de septiembre de 1865, con más de doscientas adhesiones, siendo su primer presidente Mariano Pérez Mínguez. A partir de 1868 Ángel Bellogín⁷ desde el primero de enero, empezó su ejercicio profesional en Valladolid como propietario de la Farmacia de su abuelo fallecido en 1864, establecida en la Plaza Vieja. Años más tarde cuando se regule la colegiación obligatoria (RD de 12 de Abril de 1898). En la primera Junta constituida, Ángel Bellogín figuraba como Presidente, cargo que venía desempeñando antes, incluso, del Real Decreto, aunque la colegiación obligatoria fue efectiva a partir de 1917.

ACTIVIDAD POLÍTICA Y PROFESIONAL ⁸

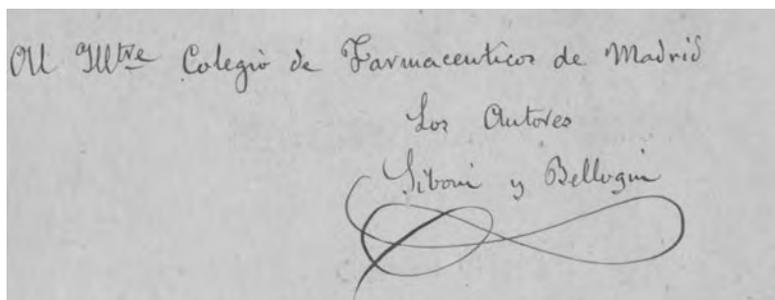
La existencia histórica de Ángel Bellogín tuvo una intensa actividad en la sociedad vallisoletana desde la Revolución de Septiembre de 1868 hasta su muerte, se dijo, en enero de 1920. Desde un comienzo estuvo comprometido con el movimiento colegial farmacéutico contribuyendo a consolidar las inquietudes de la profesión. Amigo de Mariano Pérez Mínguez⁹, se ha dicho, formó parte del primer Colegio Farmacéutico de Castilla la Vieja en 1865. Sabemos también que fue fundador y presidente de la “Sociedad farmacéutica de Valladolid”. Entre sus relaciones personales y profesionales destaca la estrecha colaboración científica con el Catedrático de Química Santiago Bonilla Mirat, cuyos frutos cristalizaron en la publicación de sendas monografías sobre la *Toxicología del cloroformo* (1879), y el opúsculo *Investigaciones del aceite* (1877). Esta colaboración mutua dio lugar a numerosos peritajes médico-legales, más de un centenar, que fueron presentados a requerimiento de los Tribunales de Justicia de Valladolid, hasta la organización de laboratorios especializados en Madrid, Barcelona y Sevilla. En este cargo, colaborando con Santiago Bonilla, permaneció diecisiete años entre 1876 y 1893.

La labor de Ángel Bellogín Aguasal mereció su elección como miembro de número de la Real Academia de Medicina de Castilla la Vieja a propuesta de Santiago Bonilla Mirat¹⁰. Su ingreso en la corporación tuvo lugar el 7 de Octubre de 1892. Sabemos asimismo que desempeñó el cargo de Director adjunto del Laboratorio Municipal de Valladolid, creado por Santiago Bonilla con motivo de la epidemia de cólera de 1885 en nuestra ciudad.

La participación de Ángel Bellogín Aguasal en la Revolución de Septiembre de 1868¹¹, fue determinante en su actividad en el ámbito ciudadano de Valladolid. Nuestro farmacéutico heredero de una ideología liberal familiar, tuvo una

clara participación en la Revolución de Septiembre de 1868, hasta el punto que en la rebotica de la Rinconada, donde ejerció la profesión, se dieron cita los liberales vallisoletanos, como Mariano Pérez Mínguez y Ángel Álvarez Taladriz, En otros casos las figuras locales, relacionadas con Bellogín, adquieren destacados matices políticos y colores propios como Eugenio Alau Comas y José Muro López. Sobrepassado el siglo XIX, tuvo relación directa con la figura del político zamorano Santiago Alba, quien también pasó por la Rebotica de Ángel Bellogín. Coetáneo del zamorano Santiago Alba Bonifaz, fue César Silió y Cortés figura destacada de la vida política vallisoletana con quien tuvo relación directa Ángel Bellogín, a los tres les unía *El Norte de Castilla*, hasta que surgieron divergencias entre Silió y Alba a partir de 1901, en cuyas paginas encontramos a Bellogín y Silió en una misma crónica.

La obra de Ángel Bellogín Aguasal debe enmarcarse en la llamada “generación del 68” o “generación burguesa”, en relación con los hechos históricos que acaecen en este momento de la España decimonónica. Es la Revolución del 68, la que coincide con el momento en que Bellogín se incorpora a la profesión compartiendo el ideario liberal. La figura admirada por Bellogín fue Benito Pérez Galdós como escritor que dio testimonio histórico de la sociedad de su tiempo. Nuestro farmacéutico influido por Pérez Galdós, reconstruye, de forma parcial, y con miras locales, a nivel vallisoletano, en colaboración con otros autores, buena parte de la vida de su ciudad en esta etapa histórica. La Farmacia *Bellogín*, así se conoció en Valladolid, estuvo ubicada en la Cebadería, tenía a uno y otro lado sendos soportales, aunque solamente junto a La Rinconada y Sandoval, creada en 1863. La calle Cebadería es la contigua Plaza del Mercado, es decir, la Plaza Mayor, donde se concitaba toda la actividad de la ciudad antes y ahora. La Farmacia de Eugenio Bellogín fue conocida por sus fórmulas magistrales pero también por albergar en su rebotica los encuentros no autorizados de los liberales de Valladolid en el siglo XIX.



Al Ilustre Colegio de Farmacéuticos de Madrid
Los Autores
Siboni y Bellogín

Autógrafo de Luis Siboni y Ángel Bellogín

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE VALLADOLID.

Discursos

LEÍDOS

EN LA RECEPCION DEL ACADEMICO ELECTO

DON ANGEL BELLOGÍN AGUASAL,

CELEBRADA EN LA SESIÓN PÚBLICA

DEL DIA 9 DE OCTUBRE DE 1892.



VALLADOLID:

Establecimiento Tipográfico de HIJOS DE J. PASTOR,
IMPRESORES DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS
LIBERTAD. 13 Y 16

1892

Rafael García reunió los textos de Ángel Bellogín, Sabino Herrero Olea y Blas López Morales sobre la revolución liberal en España, con un estudio preliminar, de los cuales el más extenso y de mayor interés personal y literario sin disputa es el Ángel Bellogín. Este historiador, Rafael García¹², ofrece una selección de textos de diversa procedencia y autoría que pretenden rememorar el curso seguido por la revolución liberal en Valladolid, desde la invasión napoleónica hasta el sexenio revolucionario (1868-1874). Los textos recogidos abordan el decenio decisivo en qué se consumó la revolución burguesa, 1833-1843, los veinticinco años de gobierno moderado y finalmente la revolución gloriosa de 1868 a 1874.

Conocemos con mayor minucia su participación a través de su colaboración en la prensa vallisoletana, concretamente *El Norte de Castilla*¹³, periódico que recogió su narración de la Revolución de Septiembre en Valladolid, un aspecto más de la clara y brillante vocación literaria y periodística de Ángel Bellogín. Con el título genérico “*La Gloriosa en Valladolid*” reúne 27 artículos aparecidos en *El Norte de Castilla* a lo largo de 1912, fechado el primero el 3 de Enero y el último el 28 de Agosto del mismo año.

Se trata del texto más extenso de la miscelánea que reunió Rafael Serrano García, es una serie de artículos que Bellogín dio a la prensa local casi medio siglo más tarde, cuando ya había cumplido setenta años. Muy influido por Benito Pérez Galdós de quien refiere “siendo admirador fervoroso de Pérez Galdós”, nuestro farmacéutico, pretende recuperar la memoria de los acontecimientos de la Revolución de Septiembre de 1868. A pesar de los años transcurridos, Bellogín trae a escena numerosos personajes de la época con los que tuvo un trato directo. Su liberalismo, fraguado en el seno familiar, su padre se lo inculcó, pudo verse favorecido por los años de estudios de Farmacia en Madrid donde se doctoró en 1864.

La ideología liberal de Bellogín es el rasgo más acusado de su personalidad. En su rebotica en la plaza de la *Rinconada* vallisoletana tuvo lugar una intensa actividad y conspiración política en el movimiento revolucionario de la ciudad del Pisuerga de los acontecimientos de 1868. Todavía seguía reuniendo en 1890 a un grupo de liberales castellanos en 1890, como Santiago Alba según refiere el periódico vallisoletano, *La opinión* de 15 de Agosto de 1893. A través de la memoria rescatada de Bellogín podemos bucear en el entramado revolucionario de esta capital castellana, que debió ser similar en el entorno de la región del Duero.

Claro imitador de la riqueza y precisión del lenguaje galdosiano, Bellogín hace muestra de clara vocación literaria. Los artículos periodísticos de nuestro autor manifiestan un claro idealismo democrático liberal, incluso, pese su realismo, no deja de ofrecer claros ecos románticos, en las coplas y coplillas populares antiborbónicas que intercala en el texto dedicado a la Revolución de 1868.

Como en otros escritos, los ensayos periodísticos muestran influjos del costumbrismo español. En los artículos, Bellogín, pone a prueba su vocación literaria, combinado en el relato los ecos pasados y el entorno que le tocó vivir. Analizada sus crónicas periodísticas en conjunto, es evidente que pretende rehacer a escala vallisoletana lo que Galdós hizo de España con los *Episodios Nacionales*. Sin embargo Bellogín fue prosista de vuelos locales, su obra es breve y algunos de sus mejores escritos no llegaron a ver la luz, de cuyos manuscritos utilizados por Miguel Avedillo Salvador sólo conocemos por referencias muy fragmentarias. El mayor interés como costumbrista lo dedica a la Botica y al ejercicio profesional, pero también por su prosa desfilan personajes, situaciones y momentos, todo siempre en el ámbito vallisoletano. La brevedad de su obra y la dispersión de la misma no impiden que algunos de sus páginas, sobre las Boticas y Boticarios, alcancen brillantes descripciones.

A lo largo de los artículos desfilan más de un centenar de personajes, son constantes las referencias a la marcha cotidiana de la revolución liberal, con numerosas alusiones a sus propias vivencias, incluso los hechos concretos se reflejan en su prosa, desde las entregas de recursos revolucionarios en su farmacia, hasta las cartas recibidas, o los nombres de los desterrados a Fernando Poo, y las condenas de fusilamientos del reinado de Isabel II de sus paisanos encausados.

La abundancia de detalles, la lista de personajes citados, sus relaciones con Bellogín, le conceden una enorme verosimilitud. Esta razón suscita la duda de sus fuentes, puesto que Bellogín confiesa que todo se basa solamente en *su memoria*, cuando refiere su “presbicia subjetiva” del relato literario del que es autor. Nos asalta la duda cómo cuarenta años más tarde se puedan describir detalles, personajes, y hechos con tanta fidelidad. Quizás Bellogín en algún momento de su vida fue reuniendo el material previo que más tarde, en 1912, lo convertiría en prosa literaria.

El relato adquiere tintes trágicos cuando, en la última semana de agosto, y segunda de septiembre de 1867, se dictaron cinco sentencias de muerte contra Cándido González, vallisoletano de noble ancianidad liberal que todavía seguía viviendo en 1912 con 92 años, Eulogio Eraso Cartagena, letrado y acaudalado propietario, Liborio Guzmán, farmacéutico y discípulo, refiere Bellogín de “mi padre”. Entre los sentenciados figuraba uno de los fundadores de *El Norte de Castilla*, Francisco Miguel Perillán, y Libinus Wambucksele belga naturalizado dedicado a la industria de tintes. Todos fueron presos, y finalmente desterrados a Fernando Poo. Algunos ilustres liberales y románticos vallisoletanos brillan con luz propia como la figura de José Zorilla y su regreso del exilio mexicano y su acogida en Valladolid en 1866. En otros casos las figuras locales adquieren matices y colores propios, se dijo, como Ángel Álvarez Taladriz, Eugenio Alau Comas y sobre todo José Muro López.

Describe los hechos del 30 de septiembre de 1868 en Valladolid: “El miércoles 30 de Septiembre de 1868 y los restantes de aquella semana fueron en nuestra ciudad días de jubilosa animación a tal punto, que todos parecían contentos. Los revolucionarios sentían la alegría del triunfo”. Su relato incluye numerosas coplillas como la siguiente:

El treinta de septiembre
Se supo la maldad.
¡Abajo los borbones;
¡Viva la libertad;

En ocasiones Bellogín detiene su relato y ensalza personajes secundarios, por su amistad y cercanía personal como Gregorio Escolar, quien emprendió una acción revolucionaria con una veintena de voluntarios por el campo castellano desde el Castillo de la Mota en Medina del Campo. Refiere la creación de la Junta Provincial Revolucionaria Revolucionaria compuesta por progresistas y demócratas, en la que el General Orozco y Zúñiga asumía el mando de la Plaza. Los integrantes de la Junta eran: Genaro Santander, presidente. José Alau vicepresidente, Vocales: José María Cano, Saturnino Guerra, Manuel G. Barquín, Lucas Guerra, Remigio Calleja, Eusebio Lafuente, Eulogio Eraso y Laureano Álvarez. Nuestro Bellogín refiere la arenga de Alau desde el Ayuntamiento vallisoletano. Nos ofrece noticias de la Universidad y la sociedad “Filantrópica Artística” añadiendo su filiación ideológica “las ideas socialistas se encontraban por entonces en Valladolid en estado de larva”. Para Bellogín Valladolid ocupaba un puesto destacado en nuestra región del Duero con estas palabras: “Valladolid con su alta significación en Castilla la Vieja, su burguesía progresista, su democracia intelectual y su clase obrera en la Filantrópica”.

Ángel Bellogín a través de sus recuerdos de la Gloriosa nos evoca el liberalismo castellano y la vinculación de profesionales médicos y farmacéuticos, las proclamas y conspiraciones con estas palabras:” Cuchicheos en las sombrererías de Buxó o de Hernández, en la guantería de Calleja, las boticas de Guzmán o Bellogín y otros mentideros políticos, donde se leía de tapadillo alguna carta de Sagasta, Montemar, Núñez o Fernández de los Ríos, puesto que los dos don Juan o don Salustino, sobre ser raras sólo las recitaba el comité y las entregaba en mano algún interventor o conductor de tren”.

En otras ocasiones Bellogín describe las fuerzas políticas vallisoletanas, integradas por los liberales entre los cuales incluye sus correligionarios: Eugenio Alau, Sebastián Herrero Olea, Joaquín María Álvarez Taladriz, Anastasio Pérez Cantalapiedra y José María Cano. Asimismo se refiere al partido “democrático” con la figura de Lucas Guerra, y a los llamados “Partidos Turnantes”, formados por la Unión Liberal y el Partido Moderado. Finalmente Bellogín se refiere a ma-

yoría que llama “masa neutra”. La evocación de la Gloriosa finaliza en el último artículo con una carta dirigida a su amigo, ya citado, Ángel Álvarez Taladriz.

BELLOGIN, VALLADOLID Y LA BOTICA DE SAN BENITO¹⁴

El Monacato en Europa, desde el siglo VI con la fundación de Monte Casino por San Benito de Nursia, acogieron en su seno, peregrinos y atendieron a los enfermos en sus dependencias hospitalarias. Como otros Monasterios castellanos, Sahagún, San Juan de Burgos, Silos, San Millán y otros muchos, como lo fue el de San Benito el Real de Valladolid. Las noticias más antiguas son de la segunda mitad del siglo XV cuando en el año 1462, Fernán González de León, dejó para el mantenimiento de una capellanía, unas boticas en la acera de San Francisco. Las boticas fueron arrendadas al parecer en 1466 al joyero Juan García por cuatro mil reales.

Los benedictinos, arrendadas o no las boticas, fueron propiedad del Monasterio, incluso en 1510, Fr. Pedro de Nájera pagó diez mil maravedís “*por un pedazo de suelo a la trasera de una botica nuestra a la haçera de San Francisco*”, según refiere Luis Rodríguez Martín. Mayor relevancia posee la estancia en Valladolid, como Boticario de San Benito, del monje catalán Antonio Castell, siendo abad Fr. Cristóbal Agüero (1577-1580). Castell le dedicó años más tarde, de regreso a Montserrat la famosa *Theorica y práctica de boticarios* (1592). La Rinconada de Valladolid parece haber sido el primer asiento de la famosa Botica, pese a los planos que no llegaron a ejecutarse del famoso arquitecto Juan Ribero de Rada, de la que nos informa Rodríguez Martín con estas palabras: “La Rinconada: La primera es la Botica de este monasterio, antes eran dos casas. Después hay otra casa nueva, la cual tiene Joseph de Castro a renta por trescientos cincuenta reales, de los cuales paga parte el Padre Boticario, que ellos son en todo por año, setecientos reales, y parece paga el referido Joseph de Castro quinientos cincuenta”. El arriendo, prosigue nuestro autor, se pagaba en dos plazos, uno por San Juan y otro por Navidad. El último arriendo, concluye, fue hecho en Valladolid en diez de septiembre de 1744. Manuel Avedillo confirma este relato afirmando que Fray Andrés de Chábarri (1741-1745) reformó y amplió con brillantez la antigua Botica acomodando sus dependencias a las exigencias del Real Supremo Consejo de Castilla, ante el pleito sostenido por el Visitador del Obispado, José Soler Varaona, y las farmacias pías y el gremio de los boticarios de Valladolid.

Los testimonios anteriores coinciden en señalar a la Botica de San Benito como la más importante de Valladolid, cuando el Catastro del Marqués de la Ensenada recoge las rentas declaradas. En Valladolid a mediados del siglo XVIII existían tres Boticas monásticas y seis regentadas por boticarios seculares. Las rentas de la Botica de San Benito, eran de 33.000 reales de vellón, que superaba la suma total de las seis boticas seculares.

La famosa Botica de San Benito el Real tuvo una vinculación directa con la familia de farmacéuticos Bellogín, de forma que la desamortización de Mendizábal de 1836 fue el final, como las restantes propiedades eclesiásticas y monacales de su larga tradición centenaria. Cuando en 1820, durante el trienio liberal, se procedió a la exclaustración de los Benedictinos, entre los cuales figuraba la provincia vallisoletana, los bienes muebles e inmuebles daban buen testimonio de las enormes propiedades, entre las cuales figuraba la Botica. El Monasterio mantuvo una estrecha relación con la ciudad, y su Botica, sin duda la más importante, abastecía a sus vecinos. Todas las propiedades fueron amortizadas, primero durante el trienio liberal (1820-23), y más tarde en el periodo de Mendizábal y Espartero, entre 1836 y 1854. La definitiva exclaustración y nacionalización del Monasterio se hizo en 1835. Desgraciadamente la primera guerra carlista convirtió el Monasterio en fortaleza militar, incluso la Iglesia se destinó a usos castrenses.

Entre los bienes secularizados figuraba la Botica, propiedad de Monasterio y contigua al edificio principal. Era la farmacia más importante de Valladolid de la cual los monjes obtuvieron considerables beneficios. Sin embargo la Botica fue destruida durante la Guerra Carlista por las razones militares antes expuestas. La descripción de la Botica refiere la existencia de dos plantas con un jardín adosado al Monasterio, conocido como “Botica de San Benito el Real”. Esta farmacia se subastó en la desamortización, muy pronto por 145.000 reales, en noviembre de 1836, al comerciante vallisoletano Máximo Cruz. La suerte de la famosa Botica fue penosa, hoy se conservan parte de sus recursos en el Museo Municipal de Valladolid, algunos documentos se encuentran en la Biblioteca de Santa Cruz de la Universidad, pero la dispersión de sus instrumentos y botamen resulta casi imposible de localizar. La farmacia fue conocida directamente por Ángel Bellogín Aguasal, las referencias que hace al libro de recetas del siglo XVIII, así como la descripción literaria de la misma confirma la idea que parte o la casi totalidad de la Botica pasó a la familia Bellogín, pero la pista se pierde a lo largo del siglo XX. El primer comprador de la Botica, el especulador Máximo Cruz murió en 1845, pasando la dotación de la farmacia a manos de otro especulador Blas Morales. Siguiendo el testimonio del estudioso Germán Rueda Hernanz, el edificio fue deruido en 1838 destinado a emplazamiento militar, reversión de la venta que está probada documentalmente.

La Botica, o parte de sus enseres, fue conocida de primera mano por Bellogín, dado que una de sus más valiosas obras, redactada en colaboración con Luis Siboni, *Perfiles y semblanzas profesionales o siluetas y bocetos del natural de distinguidos farmacéuticos* (1888), dedica varios artículos a describir con lenguaje literario, evocando la realidad e importancia de la Botica, como también lo hizo en un artículo aparecido en la revista *La Farmacia Española* (1888), en el número 35, en el año vigésimo de esta publicación con el título: “Una botica de

benedictinos”. Los artículos de Bellogin son una brillante crónica de la Botica desde el siglo XVI hasta su desaparición con la amortización liberal de 1836. El realismo del relato y su precisión galdosiana nos llevan a considerar que Ángel Bellogin escribe de primera mano, habiéndose documentado con minuciosidad, anotando detalles y documentos que debió tener antes de proceder a convertir la descripción en un relato literario, pero ajustado a la verdad histórica. El texto de Ángel Bellogin constituye la más brillante descripción de una botica monástica hecha en el siglo XIX, en cuyo relato el autor muestra sus dotes literarias y profundo amor a Castilla.

Las fuentes históricas para Ángel Bellogin, en su evocación de la Botica, son la tradición y los documentos: “Ello así –nos dice textualmente–debió ser, porque así lo reza la tradición y así lo testifican restos auténticos que en más de una ocasión hemos podido comprobar”. En este sentido Bellogín se refiere:” El monasterio a qué me refiero pasó todo el siglo XVI completando sus construcciones y realizando enormes desembolsos, por lo mismo que en aquella época lograba ya casi todo el apogeo de sus franquicias, regalías y privilegios; pero nada indica que se hubiera ocupado de este detalle y tenemos positivos fundamentos para afirmar, que hasta fines del siglo XVII o ya entrado el XVIII no acometieron tal empresa los benedictinos de Castilla la Vieja”. La brillante prosa de nuestro autor alcanza momentos de auténtica belleza cuando más adelante añade:” Estar viendo aquella botica, situada en pabellón aparte, entre la hospedería y el convento, con el portalón y la reja enfrentados a la iglesia y las dependencias accesorias, servidas por la huerta monacal, atravesada por un riachuelo no escaso. Bajamos, con el pensamiento, a sus bien saneados sótanos; subimos a sus extensos desvanes; escudriñamos la oficina, la rebotica, el cuarto del padre boticario, los obradores y los rincones todos, sin olvidar un paseo por el huerto de las plantas medicinales.”.

La observación de la Botica le sirve, y se sirve nuestro autor, de materia literaria para describir con aliteraciones, yuxtaposiciones y metáforas el entorno monacal con su Botica. La memoria reúne en su viaje literario a la Botica de San Benito fragmentos tan precisos como este:” Arcas y cajones, barricas y toneles, sacos y nasas, fardos y cubetos, tinajas y garrafones de tamaños varios y formas diferentes, denunciaban una reposición esmerada, metódica y abundante en productos naturales exóticos e indígenas de los tres reinos, diferenciados por tablillas, cuyo reverso servía para utilísimo registro de procedencia y consumo y en cuyo anverso se ostentaba una sinonimia rigurosamente latina, que hoy nos parecería de un arcaísmo casi bárbaro y era entonces clásica y hasta elegante”.

A pesar de su intención literaria, Ángel Bellogín incorpora fórmulas magistrales pasadas que tuvo que tomar del archivo de la Botica en la actualidad desconocido. Las recetas que incluye, las acompaña de comentarios literarios, ironía y una evocación del siglo XVIII. Es forzoso reconocer que Bellogín tuvo acceso

a información de primera mano para precisar de formar tan certera la realidad material de la famosa Botica de San Benito, tanto que algunos momentos Ángel Bellogín nos recuerda no sólo la prosa de Galdós sino la del mismo Cervantes: “El zócalo, sin cajones ni taquillas, formado por una tarima de tres pulgadas de altura, con cuarenta y seis marcos circulares, dejaba al desnudo, hasta el anaquel primero, otra altura mayor de tres pies, y el espacio todo alrededor del recinto le ocupaba una rica colección de tinajas o jarrones empotrados en los marcos circulares de la tarimilla.(...) Los jarrones o tinajas eran y son, puesto que algunos excitan todavía la codicia de los anticuarios piezas de efectivo valor cerámico por su tamaño; grueso y compacto el bizcocho; terso, fuerte y muy blanco el vidriado, con muy escasas porosidades; la cabida de dos cántaros próximamente y la forma de ánfora con dos asas que, arrancando de la parte media del cuello, caen con ligera oblicuidad hasta terminar, a la línea del mayor diámetro, en dos toscas cariátides o mascarones; entre las asas y el reborde de la boca rodea el cuello un filete azul y debajo de éste, en ambos lados, se lee el nombre del monasterio; a uno y otro se ostenta, ocupando todo el cuerpo, un gran escudo de Castilla, cuyos cuatro cuarteles encajan en una cartela amensulada, a cuyos remates superiores dos elegantes lazos sujetan los extremos de un toisón, que sirve de greca al escudo ; todo él rematado por una gran corona imperial, que bien pudiera ser la del nieto de Isabel primera, según induzco de mis escarceos heráldicos”.

Aunque el texto es de 1888, la Botica de San Benito, tuvo que ser conocida por nuestro autor, tal es la precisión de las descripciones:” Sobre estos, dejando libre un espacio conveniente para manejarlos, comenzaban las tablas de la anaquelaría, de cuyas andanas mayores, cinco estaban literalmente cuajadas de botes grandes, en número de 500, otras cinco con 300 redomas y las estrechas o cordialeras con 240 botes pequeños la una y número igual de redomitas o ampollas la otra; total, si la cuenta no marra, y garantizamos su exactitud, 1,306 cacharros en solo este departamento” En efecto Bellogín reitera sus fuentes directas cuando nos recuerda: “Tales son los contornos principales de la botica que he procurado restaurar con vista de algunos datos auténticos y consultando, en lo posible, la tradición y la historia” Sin embargo la evocación de la Botica sobre fuentes directas no impide que Bellogín haga claro alarde de su erudición histórica al referirse a los grandes botánicos como Cristóbal de Acosta, Félix Palacios o José Ortega. A lo largo de su “viaje” que titula “*Archeologia Therachialis*”, evidencia su intención literaria más que histórica, aunque cite a numerosos químicos y boticarios desde Mesué y Rhazés hasta los autores del siglo XIX que le fueron coetáneos. Su técnica narrativa, acertada a nuestro juicio, es aunar con datos reales su formación de historiador de la Farmacia, consiguiendo, a veces en cortos diálogos, suavizar la monotonía de una secuencia reiterativa. En este sentido es un discípulo de Cervantes y Galdós, sabe nuestro autor dosificar y elegir las frases, seleccio-

nar los términos consiguiendo el resultado literario deseado. El relato de Ángel Bellogín incorpora un amplio elenco lexicográfico, en ocasiones con variantes y modalidades locales, de enorme riqueza como el siguiente: “Prensas de varia potencia; morteros y almireces de caliza, mármol, bronce, hierro, vidrio, madera y hasta plomo; peroles, calderas, cazos, cacetas y cucharas de metales, tamaños y formas adecuados a sus particulares aplicaciones, sin excluir las de plata; mangas, estameñas, lengüetas de paño, lienzo, estopas y resmas de papel para colados y filtraciones; tamices, cedazos y espumaderas; ollas, pucias y marmitas digestoras[sic]; losas y bruseles, pórfidos y moletas; caprichoso y abundante surtido de espátulas de hierro, acero, plata, marfil, hueso, palo santo, y hasta sasafrás para manejar ciertas ambrosiacas confecciones; embudos y sostenes, jarros, lebrillos, barreños y jaraberas de barro, loza y hoja de lata; todo este utensilio y mucho más que no inventaríamos, cubría las paredes y ocupaba las mesas y mostradores de aquel recinto, más o menos limpio y más o menos revuelto, según la época del año o el día de la semana”.

Tampoco renunció Bellogín a intercalar breves relatos inventados, a modo de cuento breve, como el que mantiene entre Dieguito, Villabarba y el Padre Maestro. Estas intercalaciones literariamente son de enorme acierto al encajar perfectamente en el puro relato histórico y descriptivo de la Botica de San Benito. Sin disputa, el texto de Bellogín debe considerarse como una pieza maestra de la prosa castellana del siglo XIX, sin tener que envidiar nada a los grandes autores coetáneos del noventa y ocho, tal es la finura y el estilo del breve pero extraordinario recuerdo que dedicó a la famosa Botica Benedictina de Valladolid. Todo ello con rasgos de marcado realismo como la referencia directa a Exposición de Barcelona de 1888.

Entre los rasgos de enorme interés es el costumbrismo que empapa el relato de Bellogín. Incluso en su obra cita, como modelos, a Benito Pérez Galdós, y por supuesto a Emile Zola, o también la obra de Antonio Flores (*Los españoles pintados por si mismos*). En esta línea costumbrista tan querida por la prosa castellana desde Larra, Zorrilla, Mesonero Romanos y una larga lista de autores tiene cabida, con matices, Ángel Bellogín. Acorde con esta corriente literaria, nuestro farmacéutico, hace una extraordinaria crónica, no exenta de ironía en algunos casos, de la Botica de San Benito. Nuestro autor se aventuró a pintar, con broche costumbrista, su propio tiempo, su ciudad Valladolid, y una Botica: la de San Benito. El tema Bellogín lo toma de la descripción que Antonio Flores hace del Boticario: “Al efecto -escribe textualmente Bellogín- y para evitar preguntas indiscretas recuerden ustedes la semblanza del Boticario hecha por Antonio Flores Algobia¹⁵ en «*Los Españoles pintados por si mismos*» y en aquel epigrama ligero, intencionado y chispeante, disparado a quemarropa sobre los practicones por el ex-colegial de San Fernando, con todo el humorismo clásico de pluma tan

acreditada en la república literaria, algo habrá que pueda servirnos para conocer la vida íntima de una botica *in diebus illis*". Los personajes, diálogos y situaciones del costumbrismo de Antonio Flores nos dice Ángel Bellogín le sirvieron de modelo:" Apliquen ustedes los diálogos de ventanillo apuntados por Antonio Flores; interpreten las prescripciones de Sor María de la Transfiguración; analicen la conserva del cura de Tembleque; piensen en el inagotable recetario de aficionados y romancistas, que D. Matías traducía libremente al farmacéutico".

No faltan tampoco las pinceladas a la historia de la medicina y farmacia, como su paisano Daza Chacón, o Andrés Vesalio, Mesué, Plinio o Boerhaave son pasto de la prosa literaria que Bellogín quiere adornar su viaje a la Botica de San Benito. La prosa trabajada, elegante y precisa reclama un claro elogio sin reparos. Sin duda tuvo vocación literaria que convivió con la profesión farmacéutica. En esta línea describe la vida interna de los operarios, entre otras con estas palabras: "Los auxiliares y practicantes legos que atienden al despacho suelto o cuarteo, reciben por la cancela o por la reja las ordenanzas facultativas (estilo moderno) y las recetas y recetarios de comunidades y particulares, que constituyen la saneada clientela de la casa; pasan todos por la inspección del recetista, que se entera con detenimiento, los registra, marca el tiempo de su ejecución y los entrega al practicante disponible; éste los prepara con o sin consulta, según su erudición farmacotécnica o el grado de sencillez de la fórmula y, previo un nuevo examen, pasa al mostrador para esperar allí la llegada de mandadero o criado".

En estos apuntes costumbristas de Ángel Bellogín, semejantes o paralelos a los que José Ortega Zapata, amigo de Bellogín, hizo de Valladolid, deben incluirse las notas, pese a su brevedad, que nuestro autor ha dejado sobre la profesión farmacéutica en *Perfiles y semblanzas* (1888), en cuya segunda parte reúne dos relatos costumbristas. En el primero relata un caso titulado "*Atrofia profesional*", en el que aborda la figura de un personaje, que una vez licenciado de Farmacéutico, consigue el traspaso de una Botica que perteneció a los Monjes Benedictinos, intentando renovar el prestigio perdido sin conseguirlo. Estos apuntes denuncian la herencia familiar de la Botica, los recuerdos autobiográficos y el ejercicio de sus predecesores en Valladolid.

En otras partes de la obra, titulado *Atrofia profesional del Licenciado en Farmacia*, contribuyen Bellogín y Siboni a escenificar, con el seudónimo de Don Juan Uno de Tantos, que creemos es el propio Bellogín, la historia de tres jóvenes en un hospital castrense, adscritos al servicio de Farmacia. El relato refiere las penurias y miserias de la administración sanitaria, suponemos que debió ser durante la Guerra Carlista. El cuadro costumbrista, realmente crítico sobre el ejercicio de la Farmacia en los años centrales del siglo XIX, saca a la luz los estudios y manquedades del Real Colegio de San Fernando, cuando los aspirantes a ejercer la profesión se encuentran con un panorama desolador. Como en nuestros más

ilustres costumbristas, incluyendo al genial Mariano José de Larra, nuestro Ángel Bellogín con ágil pluma, muestra el desaliento, quizá fuera su propio desánimo, ante la escasez de medios, carencia de textos, falta de enseñanza práctica, en suma la ausencia de una docencia acorde con los tiempos carente de soporte experimental, basada en las lecciones orales del profesorado. El relato finaliza con una conclusión que nos retrotrae al retraso de nuestras universidades en los años centrales del siglo XIX: “Dichos voluntarios- concluye Bellogín- asimilaron a su educación científica y profesional, todas las imperfecciones del periodo anómalo y al terminar el *Quadrivium*, sabían muy poco más que las montañas de Navarra. Recibieron el Diploma de Licenciados y autorizados para ejercer la profesión, tomaron cada uno de ellos el camino de su pueblo y aquí comienza la particular historia en farmacia. Don Juan Uno de Tantos”. Bajo este colectivo e irónico seudónimo “Juan Uno de Tantos” se esconde, hemos dicho, el propio Ángel Bellogín. Estos párrafos sacados de su obra *Perfiles y semblanzas* (1888), ponen el dedo en la llaga del desfase y hundimiento de nuestra enseñanza superior bien avanzado el *Ochocientos*; pero la crítica de nuestro periodista es benigna, ahonda en los males de la profesión y sus penurias sin aspavientos, con aceptada resignación. En sus páginas encontramos valoraciones sociológicas del desfase del ejercicio profesional y docencia de la Farmacia en la España del siglo XIX. Esta actitud crítica responde a su claro afán regeneracionista y de mejora del clima científico y social de nuestro país, motivos que le acercan a la generación posterior de los noventayochistas.

Tres excelentes ensayos costumbristas completan las anteriores referencias, todos forman parte de la obra citada *Perfiles y semblanzas* (1888). El primero es *La Arena*, escena en la que Bellogín relata literariamente el traspaso de la Botica monacal y los primeros escarceos del recién licenciado Don Juan Uno, seudónimo que le delata, de la vida del nuevo titular, sus cavilaciones y tristezas sumadas a las dudas de su verdadera vocación. En las referencias de Bellogín encontramos muchos ecos familiares, incluso personales, como debió ser la apertura de una farmacia en el siglo XIX en el gremio vallisoletano, con lo que llama “mezquinos ingresos”. A juzgar por las fechas que recoge el relato quizá en otros ensayos como el titulado irónicamente *La Brega*, cuadro en el que un boticario se pinta a sí mismo, recuerda Bellogín cómo en el año 1844 dio comienzo el periodismo farmacéutico con la revista *El Restaurador Farmacéutico* de Quintín Chiarlone. A las anteriores estampas costumbristas debemos sumar sus relatos que se incluyen con autonomía propia en el volumen antes citado *Perfiles y semblanzas*, como el titulado “*Inercias*” en el que describe la tertulia de una botica y la rebotica como lugar de trabajo profesional. Asimismo en este capítulo se suma la prosa reunida bajo el título *Anulación o transformación*, sin que éstos alcancen la brillantez de su relato sobre la Botica de San Benito. Como inciso, Bellogín

incluyó tres cartas publicadas en *El Norte de Castilla*, que reproduce al comienzo de la obra de José Ortega Zapata *Solaces de un setentón* (1894), en las tres cartas abiertas, dirigidas a Ortega, aparecidas en la prensa vallisoletana, de nuevo Ángel Bellogín dibuja un excelente cuadro del Valladolid de los años centrales del siglo XIX, con claro acento costumbrista.

Todo ello con fuentes documentales que cita, delatando el origen de información: “Qué recetas eran éstas vamos a verlo auténticamente, puesto que poseemos un recetario correspondiente al bienio de 1760 al 62, en cuyas 200 páginas se cuentan hasta mil prescripciones, magistrales casi todas, aunque es rara la que no contiene entre sus componentes uno o más preparados oficinales. Firmadas algunas con los apellidos Sanz o Vega, la casi totalidad están suscritas por el Doctor D. Norberto Díez y el Cirujano D. Pedro Jiménez. No falta el humor o la bondadosa sonrisa en algunas de sus páginas, como frases como la siguiente:” Los practicantes Francisco García Bahamonde y Hermenegildo González, aunque escribían cirugía con z, y j, gastaban para diario una redondilla bastante clara y como el latín es genuinamente boticario, gracias a estas dos circunstancias, podremos traducirlas de corrido, a pesar de nuestra nesciencia paleográfica y de conocer la gramática de Cicerón casi tan mal como nuestros jóvenes compañeros.” En suma lo que pretende Bellogín en este originalísimo trabajo “pintar la Botica de San Benito” como los costumbristas nos recuerdan con los títulos “los españoles vistos por sí mismos”. El influjo del costumbrismo en la prosa de Bellogín sobre la Botica de San Benito está fuera de duda, el cuadro que dibuja Antonio López en *Los Españoles pintados por sí mismos*, sobre la figura del Boticario fue conocida y sirvió de motivación a Bellogín. La lectura atenta de ambos autores descubre frases y referencias de Antonio López que vuelve a repetir Ángel Bellogín. Sin duda las páginas dedicadas a este tema son lo más granado de su vocación literaria y periodística. Aunque la obra de Ángel Bellogín estuvo, por razones cronológicas, fuera del momento álgido del costumbrismo, como también su método de observación no se dirige a los tipos humanos fijos, sino a instituciones como la Botica de San Benito, de la que ofrece una estampa con rasgos realistas y costumbristas. Los artículos antes citados, constituyen un género propio del autor, en el que se dan cita los ecos posrománticos, el realismo, la crónica periodística y la observación de su entorno vallisoletano. Nuestro autor emplea con maestría numerosos recursos estilísticos, brillan las yuxtaposiciones, el uso en tercera persona del relato al que da un mayor realismo, incluso la conversión de formas verbales transitivas en impersonales. No son infrecuentes los localismos y las formas castellanas del español, propias de Valladolid, pero en conjunto la justeza, precisión y belleza de sus frases que conceden al relato una sonoridad y colorido que anticipa el modernismo. No sería exagerado afirmar que, pese a la brevedad de su contribución literaria, algunos de sus textos son antológicos de la prosa de nuestro siglo XIX. Al considerar sus estampas con el término costumbris-

mo, lo hacemos en un sentido lato, sin incluirle en la nómina hasta hoy considerada como autores costumbristas. A pesar del prestigio de Antonio Flores Algobio, el cotejo de ambos autores arroja un saldo favorable a Bellogín, quien supera cuando nos referimos al Boticario de aquél, y al de éste. En suma, Bellogín emplea, como era de esperar, un léxico de botica que no encontramos en los costumbristas, ni novelistas de la importancia como Pérez Galdós o Pío Baroja. El oficio de escritor de Bellogín venía avalado por su conocimiento de primera mano de la Botica de San Benito y su formación profesional, campo en que brilla por encima de los cronistas y costumbristas españoles del siglo XIX. Nuestro farmacéutico, con amplia experiencia periodística de la especialidad, escribe con clara ventaja por la riqueza de su léxico, las brillantes yuxtaposiciones, la certera elucidación de las frases, y su habilidad para reiterar, sin fatiga para el lector, los numerosos sintagmas nominales. La pieza literaria “*Archeología Theriachalis*”, y otras que la acompañan, pueden compararse sin desdoro, pese a su brevedad, a las mejores descripciones de Botica que pudiéramos rastrear en la literatura en lengua castellana del siglo XIX. Destacan algunos párrafos magistrales en los que el polisíndeton, junto a la precisa adjetivación, el uso impersonal de los verbos transitivos, la búsqueda de la objetividad en tercera persona, la semántica en supuestos más genuinos de la lengua, testifican la formación literaria y el valor de la prosa castellana con la que nos regala Ángel Bellogín.

BELLOGÍN: UNA FAMILIA DE FARMACÉUTICOS.

El apellido Bellogín y la Farmacia, según recoge el Museo de la Farmacia Hispana de la Universidad Complutense:” Pertenece a una larga familia de farmacéuticos vinculados a Valladolid durante seis generaciones, cuyo primer miembro, Manuel Bellogín Tovera, ejerció como boticario laico en la botica del Hospital de la Resurrección desde 1779 a 1805. El conjunto que ha llegado hasta nosotros corresponde al establecimiento, adquirido por traspaso en 1839, y que regentó durante toda su vida Ángel Bellogín Gutiérrez, padre del representante más ilustre de la familia, Ángel Bellogín Aguasal (1841-1920).”

Todos los autores coinciden en destacar la figura de Ángel Bellogín Aguasal como el más importante farmacéutico vallisoletano del periodo contemporáneo. Antonio Martín Plaza refiere en su documentado estudio: “Farmacéuticos notables hubo varios, quizás, el más sobresaliente fue D. Ángel Bellogín Aguasal, el ideólogo más importante de la profesión en todo Valladolid, junto con D. Mariano Pérez Mínguez, farmacéutico burgalés establecido en nuestra ciudad”. Ambos fueron defensores destacados de la profesión desde el periodismo de la época. Ambos desde las páginas de *La Farmacia Moderna* (1889-1930), y el *Droguero Farmacéutico* (1856-1859), fueron esforzados pioneros a favor de la Colegiación Farmacéutica.

La familia de farmacéuticos Bellogin representa el paso del antiguo régimen del siglo XVIII, en el reinado de Carlos IV, al cambio sufrido por la ciencia experimental del siglo XIX, más de un siglo de la familia de farmacéuticos que constituyen un claro ejemplo de los profundos cambios científicos, tecnológicos pero también sociológicos en el ejercicio farmacéutico. Los estudios sobre fuentes directas de archivo de Antonio Martín Plaza nos permiten rehacer la peripecia familiar de esta prestigiosa saga de farmacéuticos vallisoletanos. Las noticias más antiguas se remontan al reinado de Carlos IV, con la figura de Manuel Bellogín, en ejercicio en el Hospital de la Resurrección de Valladolid en el siglo XVIII, al que sucedió en este centro asistencial como boticario su hijo Andrés Avelino Bellogín Rodríguez. Éste pertenece a una de las últimas promociones de Maestros Boticarios formados en la Real Botica, hasta la creación el Real Colegio de Madrid. La enseñanza de la Farmacia, como facultad universitaria, se estructura en España a partir de las “*Ordenanzas para régimen y gobierno de la Facultad de Farmacia*”, aprobadas en 1804. El primer Colegio creado fue el de Madrid, instituido solemnemente por la Real Junta Superior Gubernativa de la Facultad de Farmacia en 1806 con el nombre de Real Colegio de Farmacia de Madrid, aunque en algunas fuentes de este primer periodo se le cita también como Escuela de Farmacia. Al finalizar la guerra de la Independencia, y como homenaje al rey, se sustituyó su nombre por el de Real Colegio de Farmacia de San Fernando. En 1815 se abren Colegios en Barcelona, Santiago y Sevilla. Los Colegios de Farmacia aparecieron en esta época en España como escuelas profesionales y en ellos se expedían los títulos de bachiller, licenciado y doctor en Farmacia. Las enseñanzas que se van impartían en estos centros son Historia Natural, Química y Farmacia. El título de maestro boticario lo consiguió en Madrid, Andrés Avelino Bellogín el 30 de Enero de 1804, tras ser examinado en la Botica Real. Andrés sustituyó a su padre, Manuel Bellogín como regente de la Botica del Hospital de la Resurrección en 1805, donde le sorprendió la invasión napoleónica. Al parecer Andrés Bellogín durante la francesada estuvo del lado nacional, como su nieto Ángel Bellogín recordará casi un siglo más tarde: “Creo que mi abuelo no debería sentirse afrancesado, como lo demuestra un gravado que encontré entre sus papeles con el título burlón de “Botica Galo-hispana”, con una tosca e intencionada caricatura de Napoleón”. Don Andrés Bellogín pasó como regente durante cinco años por la Botica de San Benito, trasladada a la Rinconada de Valladolid. Ángel Bellogín lo recordará así:” Desde la botica de mi abuelo vi pasar el entierro del abogado Alday, al que me parece concurren los individuos del Colegio formados en dos filas, severamente vestidos con el traje de los estrados; y ya que menciono la botica de mi abuelo, no he de entretenerle con su descripción, porque, acaso, usted la conocería más clásica que yo la alcancé, si entró en ella alguna vez a comprar *dos cuartos de regaliz*; pero quiero,

si, hacer mención de un sencillísimo y desnudo banco de pino colocado delante del mostrador y en el cual se sentaban, para liar y fumar algún cigarrillo, muchos magistrados de la Real Chancillería”. Sucedieron a Andrés Avelino Bellogín, los descendientes Idelfonso Bellogín Blanco, farmacéutico de la Plazuela Vieja, y Ángel Bellogín Gutiérrez que regentó la Botica de la Rinconada. Al parecer, con base documental firme, estuvo D. Andrés, de Boticario del Hospital General de la Resurrección entre 1813 y 1817 respectivamente, y muy posible que regentara la Botica del Convento de San Benito durante cinco años desde 1812, hasta que en 1817 compró la Botica de la Plazuela Vieja a Tiburcio Luis Estévanez.

A juzgar por el testimonio de Miguel Avedillo, D. Andrés adquirió por la Ley Mendizábal desamortizadora, la Farmacia de la Real Cartuja de Aniago de la Orden Premostratense, los albarellos, adoptando sus etiquetas con el precioso Botamen, que muestra el escudo de los Austrias, comprendía, según el inventario 211 botes de Talavera azul con el águila imperial. También adquirió el Botamen de la Botica de San Benito el Real de Valladolid, incluso pudo haber adquirido algunos de la Botica de San Ignacio de Valladolid. Estos materiales hoy dispersos entre el Museo de Farmacia Hispana de la Universidad Complutense y el Museo de Valladolid en el Palacio Fabio Nelli, en ningún modo pueden considerarse completos, por lo que es muy probable que se produjese una dispersión de la extraordinaria colección que llegaron a reunir la familia Bellogín. No podemos descartar a la vista de esta realidad que Ángel Bellogín al redactar su brillante ensayo costumbrista de la Botica de San Benito que conoció indirectamente, incorporase otros elementos de diferente procedencia.

Conviene destacar que en el inventario, tras el fallecimiento de Don Andrés, contaba con una biblioteca privada en la que figuran los libros de farmacia, algunos de los cuales citará en su obra Ángel Bellogín Aguasal, hecho que nos sugiere que la biblioteca como otros documentos, además de la Farmacia pasó a manos de nuestro ilustre boticario. Entre otros se citan las obras de Fourcroy en diez volúmenes, un *Curso de Botánica* en dos tomos, la obra de Chaptal en dos volúmenes, como la de Lavoisier, un *Curso Elemental de Química*, Palacin un volumen, *Diccionario de Química* dos tomos, la *Farmacología quirúrgica* de Londres, la *Farmacología médica* de Londres, y el *Tratado de Flores* en un volumen. A juzgar por los textos es evidente que manejaba los autores del siglo XVIII, algunos en versión castellana.

Desde la Botica de la que estuvo encargado Andrés Avelino Bellogín, suministró medicamentos a los enfermos pobre de Beneficencia, mediante contrato con el Ayuntamiento de Valladolid hasta abril de 1849, el asiento re prolongó en 1854, año en que falleció a los 75 años, el abuelo de Ángel Bellogín. Al menos Don Andrés tuvo estrecha amistad con Mariano Pérez Minguez, dado que éste fue designado por el finado albacea de sus bienes, dejando dos hijos, Ángel Bellogín

Gutiérrez y Ángel Bellogin Blanco, y dos hijas Nicolasa y Rufina. A través de los documentos descritos por Antonio Martín Plaza conocemos el inventario de su biblioteca y la botica, descrita con enorme minuciosidad, materiales que pudieron servir de inspiración y guía a nuestro Ángel Bellogín cuando redactó medio siglo más tarde el ensayo “Archeologia Theriacalis”. La Biblioteca de D. Andrés enriquecida con el paso del tiempo comprende más de un centenar de volúmenes, entre los que destacan las obras completas del Conde de Buffon, la *Historia Natural* en 29 volúmenes, figuran las obras de Orfila, Beaumé, Fourcroy, Masdevall, Linneo, revistas como las *Décadas de Medicina Práctica*, y otras muchas, incluso Dioscórides. Además libros de lectura. El inventario del Botamen es asimismo preciso, con más de setecientos elementos sobre todo botes de Talavera y redomas de la Granja. La riqueza de utensilios incluye, entre otros, balanza, morteros, granatorios, almiércoles, alambique de serpentín, matraces, embudos, alquitara de cobre, retortas de diferentes tamaños, evaporadores y un largo etcétera. La Botica disponía de amplias dependencias que se describen en el inventario.

La misma variedad y abundancia encontramos en los medicamentos. Todo nos indica que la familia Bellogín, y su nieto Ángel Bellogin Aguasal, conoció la profesión por herencia familiarizándose con todos los materiales, libros, botamen, y dependencias artesanales. Ésta es la fuente del relato literario de Ángel Bellogín, dado que cuando nace en 1841 la Botica de San Benito ya había sido vendida en 1836 con motivo de la desamortización de Mendizábal. Siguieron la profesión farmacéutica de Don Andrés, su hijo Idelfonso Bellogín Blanco, nacido en 1837 en Valladolid, quien ejerció en la Plazuela Vieja, y de otro matrimonio nació Ángel Bellogin Gutiérrez, el futuro padre de Ángel Bellogin Aguasal, que regentó la famosa Farmacia de la Rinconada, que subsistía en el ámbito familiar avanzado el siglo pasado. A la muerte de Idelfonso, en 1868, fue cuando nuestro Ángel Bellogin Aguasal pasó a regirla en la Plazuela Vieja.

A través de relaciones matrimoniales la familia Bellogín tejió una auténtica red clientelar de farmacéuticos en Valladolid y su provincia. Además de los descendientes directos, todos ellos profesionales de la Farmacia, mantuvieron relaciones con los Hospitales de la ciudad tanto el de la Resurrección como el Hospital de Esgueva, en unos casos como maestros boticarios, en otros suministrando medicamentos mediante contrata municipal. En suma se contabilizan casi una docena de farmacéuticos vinculados a la familia Bellogín, de los cuales el más ilustre fue Ángel Bellogín Aguasal.

Ángel Bellogín Aguasal (1841-1920), marca el momento de transición entre la herencia profesional tradicional y la incorporación de los nuevos rumbos de la ciencia experimental. Su obra y existencia histórica es un excelente ejemplo del cambio operado en la profesión farmacéutica del siglo XIX¹⁶. Nuestro ilustre farmacéutico, hijo de Ángel Bellogín Gutiérrez y D^a Justa Aguasal Martínez,

se dijo, nació en la Rinconada, número 8 de Valladolid el día 28 de Noviembre de 1841, cuya existencia histórica se prolongó hasta el primero de enero de 1920, año en que muere en su ciudad natal. Los primeros estudios los realiza en Valladolid, graduado en Artes, cursó el preparatorio de Farmacia en la Universidad vallisoletana. Durante estos años establece amistades perdurables como la de José Muro que años más tarde ocupará cargos ministeriales en el sexenio democrático. Entre sus profesores merece especial referencia Pascual Pastor y López, médico y doctor en Ciencias. Inicia los estudios de Farmacia en Madrid en el curso 1859-60. Alcanza el grado de Licenciado en 1863, y al año siguiente obtiene el Doctorado en Farmacia, con su tesis sobre Francisco Carbonell y Bravo. Su retorno a Valladolid fue puntual, pronto vuelve de regreso a Madrid donde contó con el apoyo del profesor Quintín Chiarlone quien le nombra colaborador del *Diccionario de Farmacia*. Gracias al Dr. Chiarlone dio a las prensas del *Restaurador Farmacéutico*, el famoso artículo en 1865 firmado con el seudónimo “Un farmacéutico”, en el que propuso la colegiación obligatoria para todos los profesionales de Castilla la Vieja. La vida de este Colegio se prolongó tres años hasta 1868, según refieren las “Memorias” de Ángel Bellogín que utilizó Miguel Avedillo. En 1867 Bellogín Aguasal adquirido de su hermanastra la Botica de la Calle de las Angustias, número 56 con todas sus pertenencias, era conocida como “Farmacia del Dr. Bellogin Hijo”, mientras su padre seguía en la Farmacia de la Rinconada. Una vez establecido Ángel Bellogín en la ciudad, obtuvo en 1867 la contrata de suministros de medicamentos del Hospital de Esgueva y dos años más tarde en 1869 contrajo matrimonio con Pilar Sapela Peribáñez.

LA OBRA CIENTIFICA DE ANGEL BELLOGIN AGUASAL

Antes de analizar el contenido de su obra debemos subrayar el concepto e ideario de Bellogín sobre la Farmacia como Ciencia. Es uno de los autores más prolíficos del periodismo farmacéutico español del siglo XIX, y su obra personal merece una valoración claramente encomiástica. A lo largo de numerosos escritos, monografías, libros y artículos insiste nuestro autor sobre la Farmacia como Ciencia. Es el rasgo más significativo que muestra el cambio que experimentó la profesión entre la primera y segunda mitad del siglo XIX, pasando de maestros boticarios formados con criterios artesanales al facultativo de Farmacia que había superado estudios universitarios en las recién creadas Escuelas, Reales Colegios y más tarde Facultades de Farmacia. Esta nueva visión, Bellogín la tuvo en fechas muy tempranas, aparece adelantada en su Tesis Doctoral, y quizá muy influido por la obra de Francisco Carbonell y Bravo y los estudios realizados en la Facultad de Farmacia de Madrid. La disciplina constituye un saber y técnica independiente en estrecha relación con las Ciencias Naturales. Estas palabras la expresa en su *Biografía de Francisco Carbonell* (1864), y más tarde las reitera

en multitud de ocasiones, podemos encontrarlas en su obra *Perfiles y Semblanzas* (1888), *Manual del Practicante de Farmacia* (1875), o el *Discurso en el Colegio de Farmacéuticos de Casilla la Vieja* (1866). Son constantes las referencias a los introductores del método científico en la especialidad farmacéutica, mérito que corresponde a Bellogín. Considera la Farmacia como Ciencia de aplicación, basada en la Historia Natural y la Materia Farmacéutica. Para Bellogín el Farmacéutico, esta idea es actualísima, no puede limitarse a ser un ejecutor de las prescripciones médicas, es esto pero además añade investiga y perfecciona, elaborando preparados y por ende completa la ciencia médica. El Farmacéutico además fija la noción de medicamento químico, de forma que el concepto de Farmacia es absolutamente científico. Entre las disciplinas básicas que sirven a la Farmacia enumera la Física, Química e Historia Natural. Nuestro autor en varias de sus obras, antes citadas, sobre todo en *Perfiles y Semblanzas* (1888) muestra una actitud reformista y regeneradora de la Ciencia Farmacéutica en España. Defiende la necesidad de establecer nuevas condiciones para el desarrollo de la Farmacia, de su enseñanza y de la organización sanitaria. Cuando estas exigencias se cumplan, Bellogín augura la dedicación de nuestros farmacéuticos a los grandes laboratorios, a los centros de producción industrial de medicamentos. Adelantado a su tiempo en España, el ideario de Bellogín es avanzar hacia la transformación de la farmacia artesanal a la industria farmacéutica, basada en la ciencia experimental y la tecnología. Todas estas propuestas incluyen por supuesto, una reforma de la enseñanza haciendo que la educación adquiriera el positivo carácter experimental y práctico del que a la sazón carecía en absoluto. Si antes hemos apuntado rasgos costumbristas en su obra literaria, ahora es necesario subrayar el espíritu cercano al regeneracionismo noventayochista.

La Ciencia Farmacéutica para Bellogín se divide en dos grandes ramas: la primera dedicada al estudio y conocimiento de las materias primas, y la segunda a las operaciones, el modo de establecer los efectos de los productos resultantes. Según Bellogín la Química orgánica, además de la Farmacia galénica es necesaria en la formación del profesional farmacéutico. El medicamento es asimismo uno de los temas a los que dedicó toda su atención, sobre todo en su obra *Naturalidad científica de la Farmacia*, pero asimismo en su traducción del *Codex medicamentarius*. Para nuestro autor el medicamento es: "Toda sustancia orgánica o mineral preparada o dispuesta de manera más conveniente para que, administrada al interior o aplicada externamente pueda evitar, aliviar o curar alguna enfermedad, produciendo un cambio favorable a la salud" refiere en el *Manuel del Practicante de Farmacia*..

El estudio del medicamento, sus clases, las dosis, y vías de administración son abordadas de forma rigurosa y pormenorizada por nuestro autor. No faltan tampoco las consideraciones deontológicas del farmacéutico, dispensación y la

prescripción. Amplia es su reflexión sobre la receta tema en el que sigue las enseñanzas de Dorvault. Cuanto de ha dicho, se completa con precisas referencias a las disposiciones legislativas, y ordenanzas de Farmacia y las relaciones del facultativo con el público. Aunque sólo tiene en la actualidad interés histórico, todavía en 1875 se seguían utilizando los pesos y medidas a la sazón vigentes como los pesos (libra, dracma, onza, escrúpulo, grano, óbolo y silicua). Seguidamente introduce el sistema métrico decimal desde el miligramo hasta el kilogramo, y la relación entre ambos sistemas, el tradicional y el decimal. Otro tema que aborda en su obra son las medidas de capacidad, de las que refiere las vigentes legalmente en Castilla (moyo, cántara, azumbre, cuartillo, copa, gotas, cucharada, etc.).

Uno de los temas sobre los que Bellogín se ocupa con mayor pormenor y acierto son las relaciones y competencias, así como la colaboración entre medicina y farmacia, en algunas obras que tratan estos capítulos de forma monográfica tales como en la *Farmacopea y la Receta*, o en la antes citada *Relaciones de la Farmacia*. No escasean las reflexiones deontológicas sobre los límites y quehacer profesional, su pretensión es la definir la farmacia como profesión ensalzando su importancia y reconocimiento social. Los deberes y responsabilidades del farmacéutico, con un amplio análisis del comentario, se reúnen de forma certera en su obra *Perfiles y semblanzas*. En otros casos evidencia una clara crítica a sistemas terapéuticos superados como la medicina fisiológica de Broussais o las falsas panaceas y el charlatanismo terapéutico con graves peligros para la salud humana. Ángel Bellogín y Luis Siboni en una serie de artículos aparecidos en el periodismo de la época como *La correspondencia médica*, *El Globo* o *El Imparcial*, alertaban de los peligros para la salud de las entonces llamadas “Boticas económicas”.

La obra científica y profesional de nuestro autor ha sido escasamente atendida hasta ahora, de forma que los trabajos de Antonio Martín Plaza, o Miguel Avedillo Salazar, con nutrida documentación de primera mano, no han considerado el periodismo farmacéutico de Bellogín, sobre todo como coeditor de *La Farmacia Moderna*, o sus colaboraciones en la revista *La Farmacia española*. La obra de Bellogín comprende un amplio listado de monografías y numerosos artículos científicos, a los cuales es necesario referirnos con pormenor,

Los estudios de Farmacia en la Universidad Central culminaron con la obtención del grado de Doctor¹⁷ con la Disertación académica *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central por Ángel Bellogín Aguasal en solemne acto de recibir la investidura del Grado de Doctor* (1864), subtitulada *Biografía de Francisco Carbonell y Bravo*, dedicada al estudio de la obra del químico y farmacéutico catalán Francisco Carbonell y Bravo, si duda uno de los científicos españoles más importantes a comienzos del siglo XIX.. Recientemente se publicó otra tesis doctoral sobre el mismo tema de la profesora de Historia de la Farmacia

de la Universidad de Barcelona, Concepción Rof Carballo (*Biografía y labor docente de Francisco Carbonell y Bravo*. Barcelona, 1975). También figura la de Agustín Yáñez Girona (1838): *Elogio histórico del Dr. D. Francisco Carbonell y Bravo*. (Barcelona, Imp. Vda. E H. de Antonio Brusi). El estudio histórico de Bellogín influirá en trabajos posteriores y nos anuncia su vocación literaria e interés por el pasado de la Farmacia española a la que hará numerosas referencias a lo largo de toda su obra como en los *Perfiles y Semblanzas profesionales* (1888) escrita en colaboración de Luis Siboni, obra sin duda que constituye la mejor aportación de nuestros autores a la historia de la farmacia y farmacéuticos españoles.

EL PRACTICANTE DE FARMACIA ¹⁸

El *Manual del practicante de Farmacia* (Valladolid, 1875), obra destinada a los ayudantes o practicantes de Farmacia con marcada utilidad dado que la mayor parte de los auxiliares de farmacia refiere Bellogín “se hallan en su mayor parte privados de tan necesaria ayuda”. Urgía a la sazón esta colaboración para hacer más llevadero el ejercicio de la profesión farmacéutica. El libro, en sí, es un amplio volumen de casi setecientas páginas, que se divide en tres partes, que comprende los *preliminares*, la *sección doctrinal* y la *práctica*. Los primeros abarcan todo lo relativo a pesos y medidas antiguas, y métricas; las valuaciones, su notación respectiva y una serie de cuadros de enorme utilidad: termometría,



Parcial del plano de Valladolid de Ventura Seco de 1738 conservado en el Archivo Municipal de Valladolid en donde aparece el convento de San Benito

aerometría, instrumentos empleados en estas operaciones, así como una relación alfabética de los aparatos, instrumentos y utensilios habituales en la práctica farmacéutica. A cuanto se ha dicho prosigue Bellogín dando cumplida cuenta de un listado alfabético, con su correspondiente sinonimia, de los productos químicos en la práctica farmacéutica, indicando asimismo sus efectos, dosis, modo de administración, reposición y reconocimiento de su pureza, adulteraciones, alteraciones más frecuentes indicando las incompatibilidades.



Botamen de San Benito (siglo XVIII)
Museo de la Ciudad (Valladolid)

La segunda parte de la obra, como se ha se ha dicho, la *sección doctrinal*, se ocupa de las operaciones farmacéuticas, en la que sigue la clasificación de Francisco Carbonell y Bravo, desarrollada por Henry y Guibourt en su *Farmacopea razonada*, describiendo minuciosamente las reglas que deben seguirse en cada una de estas operaciones, matizando los progresos incorporados por la ciencia y utilizados en la práctica. En esta segunda parte estudia los medicamentos, preparados o formas farmacéuticas, obtenidas mediante las operaciones. A lo largo de su exposición distingue los productos con los nombres de la Farmacopea Española o los más usuales debidamente concordados. La obra de Bellogín realiza un estudio pormenorizado de cada uno de ellos, desde las generalidades de su obtención, las operaciones de las que se derivan, y completando cada tratado con cuadros sinonímicos de las principales especies. En cada caso puntualiza la acción medicamentosa, dosis y acciones peculiares en los diferentes productos.

En la tercera parte de la obra, o práctica, tras unas consideraciones generales del ejercicio farmacéutico y sus diversas condiciones, establece el régimen

interior de la oficina de farmacia, con numerosos datos. El trabajo de nuestro farmacéutico se ve potenciado por numerosos complementos que lo enriquecen como un glosario terapéutico, la indicación de las plantas y su recolección en cada uno de los meses del año, un capítulo relativo a la Farmacia homeopática, colecciones de fórmulas, y numerosos procedimientos usuales en la práctica.

En las páginas del *Semanario Farmacéutico*, quedaba la siguiente reseña: “Otra obra, también española, esencialmente práctica, digna de recomendación asimismo, es el *Manual del practicante de Farmacia*, del Dr. Bellogin Aguasal, impreso en Valladolid en 1875; forma un volumen en 4.º de 66 páginas, sin incluir el copioso índice, ni unas advertencias importantes que preceden a este. Abarca un resumen hecho con conciencia y del modo más competente de todos los conocimientos que debe tener el farmacéutico moderno para ejercer con escrupulosidad la Farmacia práctica, incluye la materia farmacéutica de la Farmacopea Española, y respecto a las operaciones farmacéuticas sigue el sistema de Carbonell, desarrollado en la Farmacopea razonada, de modo que los aparatos se hallan a continuación de las respectivas operaciones en el mismo orden que éstas, y supuesto que este método es de origen español, nos ha parecido conveniente al examinar el gran tratado catalán del presente año, decir algunas palabras de otro libro curioso que tiene cierta relación de paisanaje, aunque remota, con el primero”.

LOS INICIOS DEL MÉTODO EXPERIMENTAL EN VALLADOLID¹⁹

La transición hacia el método experimental en Valladolid la representan dos figuras vinculadas a nuestra Real Corporación: Ángel Bellogin Aguasal y Santiago Bonilla Mirat. En el capítulo de la experimentación farmacológica destaca su colaboración con el catedrático de Química de la Universidad de Valladolid, Santiago Bonilla Mirat, cuya relación además le llevó a trabajar en el Laboratorio Municipal de Valladolid con motivo de la epidemia de cólera de 1888. Se trata de dos trabajos de laboratorio: el primero se ocupa del cloroformo y el segundo sobre los aceites de semillas.

El Cloroformo.

Este opúsculo, *Toxicología del Cloroformo*, aparecido como artículo de revista también y constituye un detenido estudio analítico de carácter medico-fisicos y de experimentación animal. La obra, concluida en 1878, y publicada al año siguiente, fue el resultado de la estrecha colaboración entre Santiago Bonilla Mirat y el farmacéutico vallisoletano Ángel Bellogin Aguasal, ambos compartieron el puesto de Académicos en la Real Academia de Medicina de Valladolid. En otras circunstancias Bellogin y Bonilla conocieron hasta los últimos años de vida de Santiago Bonilla, puesto que el primero fue testigo en el testamento de nuestro químico, otorgado en Madrid, como nos referimos en otras páginas de este estu-

dio. Encargados por mandamiento judicial de proceder al análisis químico del cadáver de una mujer. Al parecer los facultativos médicos sospechaban su muerte por asfixia y en el proceso judicial Santiago Bonilla y Ángel Bellogín actuaron de peritos forenses. El proceso legal, refieren los autores, se acompañó de estudios experimentales de intoxicaciones por cloroformo en el conejo, refieren como “por este medio [método de Tardieu] se ha conseguido demostrar el cloroformo en el contenido estomacal de un conejo, al que le inyectaron 1 gramo, y que murió dos horas después”. Al primer ensayo experimental siguieron otros tres, utilizando el conejo en los ensayos, con resultados positivos, en las necropsias posteriores. Las conclusiones finales eran favorables a la muerte bien por inhalación o por ingestión de cloroformo, con presencia en los pulmones en el primero, y su ausencia en el segundo. Asimismo nos ofrecen cumplidas referencias del anestésico en las vísceras de las tres cavidades cerebro, tórax y abdomen. Concluían que el aparato de Ragski es sencillo, idóneo y expedito para el procedimiento aplicable a la investigación médico-legal del cloroformo, puesto que demuestra la presencia gástrica en los casos de ingestión, y en los pulmones cuando se ha inhalado.

Es uno de los capítulos a los cuales dedicó mayor atención Santiago Bonilla, motivado por el auge de la Balneoterapia e Hidrología en el siglo XIX¹⁸. Destaca su participación en los Anuarios de las Aguas Minerales de España, y la redacción de *Memorias* sobre aguas mineromedicinales, unas veces en colaboración con Agustín Lacort y Ruiz, otras con Anastasio García López, Leopoldo Martínez Reguera, y Francisco López Gómez entre otros. Bonilla colaboraba como químico con los médicos de los establecimientos balnearios determinando la composición química de las aguas, de las sustancias salinas y gaseosas, a fin de precisar sus indicaciones terapéuticas.

Aceites de Semillas.

Entre los trabajos experimentales de campo destaca el estudio de Bonilla Mirat dedicado al aceite de semillas de algodón en los olivos, aparecido en un folleto en 1877, titulado *Investigación del aceite de semillas de algodnero en los de olivas: exposición de algunos procedimientos prácticos para conseguirlo*. A lo largo de casi medio centenar de páginas en colaboración con el farmacéutico, antes citado, Ángel Bellogín Aguasal, llevaron a cabo una serie de experiencias químicas sobre las sustancias grasas, en relación con el aceite de algodón. La investigación viene a dar fe de la práctica de laboratorio y experimental de ambos autores, que realizaron un trabajo de control alimentario de marcado interés. Esta memoria está redactada nos confiesa “a instancias de varios comprofesores”, creyendo que los datos consignados por las investigaciones químicas les eran encomendadas debido a las frecuentes adulteraciones del aceite de oliva con el de algodnero. Eran frecuentes en otros países, refieren, las adulteraciones del

aceite de oliva, con el de colza, nabina, sésamo, camelina, adormideras, cacahuete, nueces y hasta los de linaza, cañamones y ballena. A lo largo de opúsculo se refieren a los textos más importantes dedicados a este capítulo, nos permiten estas referencias para conocer los fondos bibliográficos consultados por Bonilla y Bellogín como Poutet, Bolndean, Diesel, Boudet, Barbot, Heydenreich, Hailler, Nikles, Vimmé y otros, pero casi todos se refieren a adulteraciones antiguas y en ninguno se cita el aceite de algodón.

El trabajo lo iniciaron en el verano de 1876, después de conocer algunas reacciones del aceite de algodón. Las investigaciones siguieron tres líneas fundamentales. La primera consistió en el estudio comparativo de los diferentes tipos de aceites de oliva, y de algodón puro. En segundo lugar llevaron a cabo el estudio de sus mezclas desde un 10% hasta el 75% y comparándolas con las anteriores. Finalmente aplicaron los datos obtenidos al estudio de los aceites sospechosos. El estudio es un análisis detenido de las características físico-químicas de ambos aceites, el de oliva y el de algodón. Entre otros reactivos utilizaron el propuesto por Weltz en Estados Unidos y el de Poutet. El conocimiento de aquel reactivo les fue comunicado al Doctor Bonilla por su maestro el Doctor Magín Bonet y Bonfill, catedrático de análisis químico de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, con todos los datos para su preparación y uso, y con la noticia de haberlo utilizado por primera vez en España.

Con estos métodos ensayaron en ambos aceites, tipos de oliva, y de algodón, el reactivo de Poutet, con pequeños frascos de cristal. Los autores Bonilla y Bellogín, tras el estudio en el laboratorio determinaron las características del aceite de olivas y del de algodón y señalando las diferencias entre ambos: liquidez, color, olor, sabor, fluidez, y densidades. Las conclusiones se resumen en cuadros de observaciones realizadas, al menos con los siguientes reactivos: Poutet, Barbot, Heydenreich, Hailler, Codina y Weltz.

RECOPIACIÓN LEGISLATIVA: LA SANIDAD TERRESTRE²⁰

Entre las colaboraciones de los editores, periodísticas y farmacéuticos Luis Siboni Jiménez y Ángel Bellogín Aguasal, destaca la publicación legislativa que se imprimió en 1889, con pie de imprenta Madrid/Valladolid, por la familia de la Viuda e Hijos de Pastor, en dos densos volúmenes. *Compilación legislativa de Sanidad Terrestre. Edición especial de La Farmacia Moderna*. Constituye una recopilación legislativa completa sobre salud pública. La obra ofrece un claro interés de consulta destinada a los profesionales sanitarios médicos, cirujanos, farmacéuticos y veterinarios. Cronológicamente abarca desde la Ley de Sanidad de 1855 hasta finales del siglo XIX, ordenada por materia, pero con cuidados índices alfabéticos y cronológicos que permiten su consulta. Incluye leyes, reales decretos, reglamentos y circulares.

La obra se debe en buena medida a la inicial sugestión de su amigo Carlos Menéndez del Servicio de Sanidad Marítima que prestó servicios en el Puerto de La Coruña, Cartagena y otros. Comprende dos partes a lo largo de las cuales los autores realizaron una exhaustiva recopilación legislativa con evidente finalidad pragmática. La primera parte, a la que consagran el primer volumen, comprende entre otras las siguientes disposiciones normativas: la Ley de Sanidad, los Consejos de Sanidad, las Academias y las Juntas de Sanidad y sus Delegaciones. La amplia recopilación legislativa constituye una herramienta de trabajo, teniendo en cuenta los índices que para su consulta redactaron los autores. Dispone de un *índice general alfabético*, donde cada *disposición legal* está clasificada en su grupo correspondiente y se encontrara también enumerada con sus acepciones más usuales. Asimismo el *Índice cronológico* permitía revisar con mayor prontitud las referencias que se citen en cada documento consultado.

LA FARMACIA Y SUS RELACIONES CON LA MEDICINA²¹

Constituye un tema de constante inquietud a lo largo de toda la vida y obra de Ángel Bellogín Aguasal, las relaciones científicas y sociales que la farmacia tiene con el resto de las disciplinas y su entorno social. A estos temas están dedicadas numerosas páginas y motivaron una intensa actividad colegial y profesional. En algunos de sus escritos como los artículos aparecidos en *El Restaurador Farmacéutico*. 1886). También fue leído este discurso en 1886 ante la *Asociación médico-quirúrgica de Valladolid*. Finalmente parte de este texto es reiterado en su *Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Valladolid* en 1892.

Trata de señalar las relaciones de la Farmacia, con la medicina, historia natural y química. Abundan las teorizaciones doctrinales y las referencias históricas a la farmacia y los farmacéuticos. Desde Galeno y Dioscórides hasta Claudio Bernard y Luis Pasteur en el siglo XIX, son constantes la citas eruditas a la historia de la farmacia, ahonda en la contribución de los farmacéuticos a la materia médica, historia natural, toxicología e higiene. A veces de pasada alude al atraso español y castellano con estas palabras con breves ideas regeneracionistas como ésta: "La decadencia de esta y pobre Castilla". El valor de las reflexiones de Ángel Bellogín Aguasal fue recogido por el catedrático de Historia y Legislación farmacéutica de la Universidad de Barcelona Luis Gómez Caamaño en 1967 en su *Discurso de Ingreso en la Real Academia de Farmacia de Barcelona*. Las referencias a Bellogín ponen de relieve la intensa actividad de nuestro farmacéutico por reformar la farmacia, dibujando una imagen humana con estas palabras: "Esta estampa [Ángel Bellogín Aguasal] quiero que sirva únicamente para exponer un par de muestras del inconformismo al que me acabo de referir. Uno de los sujetos de esta inconformidad, la manifiesta en forma de duda; quiere saber si está equivocado él o toda la sociedad que le rodea y agobia y en un discurso, al que titula

(*La Farmacia en sus relaciones*) se lanza a considerar cual debe ser la auténtica misión de la Farmacia. Se trata del farmacéutico Ángel Bellogín, que cree que la principal misión de la Farmacia es la preparación racional de medicamentos y en uno de los párrafos iniciales de su discurso se pregunta: “Si en este sentido general y exacto engendra para ella (la Farmacia) una humilde categoría técnica como simple auxiliar mecánica de la terapéutica, o, si, desarrollado fisiológicamente, da lugar a considerarla parte integrante de la medicina y rama muy principal de la farmacología, vamos a investigarlo. Lo que él quiere investigar, mejor dicho, lo que quiere demostrar es que la Farmacia está de acuerdo con su segunda suposición.”

Nos habla a continuación del desarrollo y progreso que debe imprimirse a la ciencia farmacéutica y el que en realidad ha experimentado y termina esta parte de su razonamiento con las siguientes palabras: “Pues bien: este progreso, tan necesario como positivo es de imprescindible relación profesional, de inevitable directa colaboración entre el médico el farmacéutico y, con franqueza, Señores, distamos todavía mucho de cultivarlas con toda la asiduidad y todo el entusiasmo que debieran merecernos.” El profesor Caamaño añadía a continuación: “A este farmacéutico le he citado únicamente como inconformista, no porque esté totalmente de acuerdo con él, lo cual es lógico pues son muchos ochenta años en la marcha actual de la Historia de la Ciencia. Aquel este discurso se pronunció en el año 1896, dos años antes de la pérdida de las colonias que dará lugar a la célebre generación del 98. Sin embargo en este año 98 sí que se iba a producir en la Farmacia española un suceso al que no se iba a dar gran importancia en aquel momento, pero que para mí es de extraordinaria trascendencia.”

LA LABOR DE TRADUCTOR²²

A lo largo del siglo XIX la Ciencia española vivió gracias a las numerosas traducciones de obras extranjeras, de preferencia francesas, que vinieron a paliar el hundimiento de la actividad científica en España durante la primera mitad de la centuria. Estas traducciones suponían poner al día el desfasado panorama del cultivo del saber en nuestro país. Debemos a Ángel Bellogín la versión castellana de dos textos franceses, ambos en estrecha relación con la química y enología, nos referimos al *Tratado de la vid y de los vinos* de M. Emilio Viard, que apareció editado por *La Farmacia Moderna*. Ésta revista incluyó una exhaustiva reseña de R. Becerro de Bengoa en la que puntualiza el interés y oportunidad de la obra: «Los viticultores y cosecheros de España que tienen afición al estudio de los conocimientos científicos relativos al vino y á todo cuanto a él se refiere están de enhorabuena con la publicación de una obra magistral, que es positivamente, un obsequio hecho a este importantísimo elemento de producción de la riqueza pública. Tal servicio que no será nunca bien ponderado, se debe a dos obreros de la cultura española, muy

conocidos de cuantos llevan buena nota de aquellas beneméritas personas que atesoran entre nosotros las grandes virtudes de la aplicación y de la laboriosidad; dos hombres científicos de valía, los Dres. D. Ángel Bellogín y D. Luís Siboni. Comprendiendo estos señores la gran necesidad que se siente en España de que la masa general de productores de vinos se ilustre y ponga en el caso de no ignorar nada de cuanto la ciencia extranjera ha resumido en sus adelantos, al decir hoy por hoy la última palabra acerca de asunto tan capital para nuestra patria, se han impuesto la penosa tarea de traducir al castellano la obra recientísima de M. Emilio Viard, titulada Tratado general de la vid y de los vinos, que es, sin duda alguna, el trabajo más serio y completo que existe acerca de esta materia. Trabajo penoso he dicho, porque la obra no solo es de gran extensión (2 tomos de 693 y 740 páginas), sino que requiere una atención profunda para ser fiel y correctamente vertida, á fin de que no se tome como una de tantas prosaicas e imposibles traducciones de encargo editorial, que indignamente se pagan a tanto por letra ó por renglón. Traducida con conciencia científica severa, ofrece completa garantía al agricultor estudioso. La ilustran numerosos grabados, los últimos modelos que los más acreditados constructores han hecho de sus aparatos y máquinas; y bajo este concepto el libro resulta ser un álbum inapreciable. La notabilísima obra de Viard se agotó en Francia en las dos ediciones publicadas en 1884 y 1888. Esta tercera, que es la que aparece traducida, va tan adicionada y provista de datos, que constituye una verdadera enciclopedia de etnología, para confeccionarla de modo que resulte completa, el autor consultó con todas las eminencias o especialistas sabios de Europa, y recogió las notas y resultados de los mejores laboratorios”.

El *Codex Medicamentarius* francés actualizado, fue la segunda gran traducción de Ángel Bellogín Aguasal, dado que se trataba de la Farmacopea francesa más difundido desde el siglo XVII de la cual se habían hecho actualizaciones sucesivas hasta el siglo XX. El influjo de los tratadistas franceses en la segunda mitad del siglo XIX en temas terapéuticos y médicos fue generalizado en España. Una obra que conoció amplia difusión entre nosotros fue la del profesor parisino, nacido en Metz, Adolphe Gubler (1821-1879) que conoció varias versiones castellanas. Al menos disponemos de la noticia de la traducción del famoso *Commentaires thérapeutique du Codex medicamentarius ou histoire de la action physiologique et effects thérapeutiques* (París, 1868), texto que en colaboración pusieron en castellano Ángel Villar Mir y Ángel Bellogín Aguasal, con el título *Comentarios terapéuticos del Codex medicamentarius o sea historia de la acción fisiológica y de los efectos terapéuticos de los medicamentos* (Madrid, 1870), y la segunda edición ampliada y revisada en 1877. Los autores comienzan exponiendo el prólogo las condiciones que reunía el *Codex*, razones por las que decidieron realizar la traducción. Con la advertencia se trata de una traducción literal. El prólogo finaliza con la firma de los traductores en Valladolid a 25 de Diciembre de 1869.

PRONTUARIO DE FARMACOGRAFÍA MODERNA²³

Al menos conocemos tres ediciones de esta obra de Bellogín, la de 1895, 1898 y 1899. La última edición incorpora modificaciones y amplía algunos capítulos. Bellogín redactó un prólogo justificativo en el que expone los objetivos de servir de guía como formulario, a pesar de carecer de originalidad, constituye un excelente índice anotado de los productos químicos y los materiales empleados en la terapéutica y prescripción. El registro alfabético elegido por Bellogín debió ser de enorme utilidad en su momento, donde podían consultarse con rapidez y seguridad la información deseada. Constituye un auténtico “vademecum” de unas setecientas voces aproximadamente. La obra dedicada a los compañeros de profesión, se resume en estas palabras del propio Bellogín en el prólogo de la obra: “Conociendo las realidades de la práctica y las urgencias de la dispensación, nos ha parecido útil un registro alfabético [...] todo lo que se refiere a su definición, sinonimia, procedencia, caracteres principales, destinación o reacciones de identidad, indicaciones terapéuticas, formas de administración y dosis”. Estas razones expuestas por Bellogín explican e éxito una obra que, impresa en Valladolid, alcanzara en menos de un lustro tres ediciones sucesivas, prueba de su aceptación entre los profesionales sanitarios.

LOS MANUSCRITOS DE BELLOGÍN²⁴

Martín Santos Romero, según refiere Ana María Núñez Delgado, atribuye a Ángel Bellogín Aguasal la obra que, muy probablemente, no fue publicada *Presbicias de un boticario setentón o medio siglo entre botes*. A juzgar por estos testimonios la obra comprendía tres volúmenes, que dividida en once capítulos, sin fecha de publicación, ofrece un amplio extracto. Sabemos que ambos fueron farmacéuticos, Martín Santos Romero, y Ángel Bellogín Aguasal, aunque pertenecieron a promociones muy distantes en el tiempo. Esta supuesta obra de Bellogín finalizó su redacción el 10 de Noviembre de 1912. El contenido y el título de las *Presbicias de un boticario*, tiene notables semejanzas con el volumen de José Ortega Zapata (*Solaces de un vallisoletano setentón*. Valladolid, 1895), dado que en esta se insertaron tres cartas de Bellogín dirigidas a Ortega Zapata, en ambos casos su pretensión, mezcla de realismo histórico, era glosar, como hiciera Galdós con España, la vida vallisoletana, a través del pequeño detalle, el recuerdo y la anécdota de personajes y situaciones concretas tratando de transmitir las palpitaciones de una época superada.

Las *Presbicias de un boticario setentón*, debieron ser un libro de *Memorias*, que el propio Bellogín fue preparando sin llegar a publicar. Sospechamos, sin pruebas definitivas, que algunos de los artículos de nuestro boticario aparecidos en *El Norte de Castilla* forman parte de este libro, en el que Bellogín convirtió en materia literaria su experiencia profesional y la vida vallisoletana vista desde la famosa Botica. Se trata de excelentes piezas literarias, aspecto hasta ahora esca-

samente atendido. Lamentablemente Martín Santos Romero, médico, académico y alcalde de Valladolid, nos informa de la existencia de la obra cuya localización no ha sido imposible encontrar. Aventuramos la hipótesis que su prosa merecería a todas luces un estudio y edición facsimilar.

Al revisar los capítulos y sus enunciados, sin poder acceder a su contenido, responde a un ensayo de memorias personales de Bellogín, un farmacéutico que refiere los hechos y situaciones acaecidas a lo largo de medio siglo. La obra contiene numerosos datos autobiográficos, sus estudios, el influjo volteriano de Bellogín, y su vocación como farmacéutico, motivos que constituyen el contenido del primer capítulo. La obra en conjunto, pesar de no poder acceder a su contenido reúne, a juzgar por los epígrafes una amplia referencia a sus experiencias personales, su clara vocación literaria, las relaciones personales con figuras vallisoletanas como Mariano Pérez Mínguez y el Colegio Farmacéutico de Castilla la Vieja en sus primeros años. Es muy probable que las páginas de este manuscrito coincidan con los ensayos que nuestro farmacéutico dedicó a la Revolución Liberal en Valladolid, incluso sus referencias autobiográficas que se incluyen en la obra Ángel Bellogín y Luis Siboni *Perfiles y semblanzas profesionales o siluetas y bocetos del natural de distinguidos farmacéuticos*. Barcelona, (1888), sin duda la más ambiciosa en su interés por la historia de la Farmacia, texto amplio de marcado interés autobiográfico. El interés de esta contribución a la historia de la Farmacia lo representa la serie de biografías de farmacéuticos españoles del siglo XIX, alarde de erudición y trabajo personal, que debe sumarse a los esfuerzos que a favor de esta naciente disciplina realizaron los pioneros como el madrileño Quintín Charlone y Gallego (1814-1874) y el burgalés nacido en Briviesca Carlos Mallaina y Gómez (1817-1885). El influjo recibido de estos autores es claro, más aún la contribución de Bellogín a la historiografía farmacéutica sigue el método biobibliográfica, ausente todavía la idea de periodización. Sin embargo es un hito a favor de la consolidación e interés de los farmacéuticos a favor de la historia de la disciplina. Sabemos que Chiarlone facilitó la publicación de algunos artículos periodísticos de Bellogín, con quien mantuvo relación personal.

El índice del manuscrito *Presbicias de un boticario setentas o medio siglo entre botes* que no hemos podido consultar, lo reproduce en su trabajo Ana María Núñez Delgado (1983): *El pensamiento de Ángel Bellogín Aguasal (1841-1920) a través de sus principales obras*. La obra, refiere la autora, comprende tres tomos que no se llegó a publicar, y a lo largo de once capítulos desgrana su vida, vocación y la trayectoria de la profesión a lo largo de medio siglo. Muy posiblemente algunos de sus capítulos los incorporó a otras publicaciones, pero no podemos precisar estos extremos, de los que Martín Santos resumió un extracto

I. NOTAS

1. Sobre la vida y obra de Ángel Bellogín Aguasal Cf. SIBONI, Luis (1920): D. Ángel Bellogín”. *La Farmacia Moderna*. XXXI: 1-2. Citado por Ana María Núñez Delgado es el trabajo manuscrito del académico y médico vallisoletano Martín Santos Romero (*Estudio biográfico de Ángel Bellogín*. Valladolid, 1945) trabajo que no hemos localizado, y que no figura en la Biblioteca Nacional de Madrid, sospechamos que no llegó a publicarse. Más amplias son las noticias, pero con algunos errores y lagunas recogidas por NÚÑEZ DELGADO, Ana María (1983): *El pensamiento de Ángel Bellogín Aguasal (1841-1920) a través de sus principales obras*. Tesina de Licenciatura. Madrid. Universidad Complutense. (Ejemplar mecanografiado. Real Academia de Farmacia. Madrid). CORTEJOSO VILLANUEVA, Leopoldo (1986): “Ángel Bellogín Aguasal”, en *Académicos que fueron*. Valladolid, Institución Cultural Simancas ROLDÁN GUERRERO, Rafael (1958): *Diccionario de Autores Farmacéuticos*. Madrid, Tomo I, pp. 333 y sigs. Sobre Ángel Bellogín se recogen trabajos y opiniones de GÓMEZ CAAMAÑO, José (1967): *Discursos de recepción: Discurso de ingreso leído en la Real Academia de Farmacia. “De re pharmaceutica”*. “*Estampas de la historia*”. Real Academia de Farmacia de Barcelona. También aborda la obra de Bellogín, el historiador Rafael García en el volumen siguiente: BELLOGÍN, Ángel, HERRERO OLEA Sabino y LÓPEZ MORALES, Blas (1993): *La revolución liberada en Valladolid (1808-1874)*. Valladolid, Grupo Pinciano. (Selección de textos y Estudio Preliminar por Rafael García. Referencias indirectas a Bellogín pueden encontrarse en nuestro trabajo: RIERA PALMERO, Juan (2015): “Santiago Bonilla Mirat (1844-1899). Académico de Valladolid y químico del siglo XIX”. *Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid*. 52: 215-281. Sobre la labor de traductor puede consultarse el libro de RIERA CLIMENT, Cristina y RIERA PALMERO, Juan (2007): *Libros, médicos y traductores en España (1850-1900)*. Zaragoza, Prensas Universitarias. AVEDILLO SALVADOR, Miguel (1974): *Adiós a una gran familia de ilustres farmacéuticos*. Valladolid. Valladolid, Imp. Duero. A éstos debe sumarse la serie de trabajos de MARTÍN PLAZA, Antonio (1999): *Boticas y boticarios ilustrados de Valladolid y Provincia*. Valladolid, Zacofarva; MARTÍN PLAZA, Antonio (2006): *Boticas y boticarios vallisoletanos en los Austrias menores*. Valladolid. Valladolid, Colegio de Farmacéuticos; MARTÍN PLAZA, Antonio (2009): *Da artesanos a profesionales: farmacéuticos decimonónicos vallisoletanos*. Valladolid, Colegio de Farmacéuticos. [Especialmente las páginas 56 a 100 dedicadas a la familia Bellogín]; MARTÍN PLAZA Antonio (2010): *Colegio oficial de Farmacéuticos. 100 años de profesión en Valladolid*, Valladolid, Colegio oficial de Farmacéuticos .Mata Digital. Conviene advertir que Luis Santos Martín primero, y más tarde Miguel Avedillo Salvador dispusieron de los papeles y memorias personales de Ángel Bellogín, de los cuales sacaron notas y extractos, pero desgraciadamente no se aventuraron, como hubiera sido deseable, dar a las prensas estas memorias de

nuestro farmacéutico que abarcaban casi todo el siglo XIX no sólo de la vida familiar, sino del entorno ciudadano donde le tocó vivir, su ciudad natal Valladolid.

La constante presencia de Ángel Bellogín Aguasal en la vida ciudadana de Valladolid se refleja en las páginas de la prensa local como fue *El Norte de Castilla*, en el que pueden constatar las noticias en las que aparece nuestro autor. Cf. *El Norte de Castilla*, en unos casos se trata de referencias puntuales, en otras de artículos, anuncios de sus libros, o cartas de nuestro autor, en las siguientes fechas: 15 de Julio de 1870; 18 de Noviembre de 1872; 10 de Marzo de 1874; 31 de Enero de 1877; 8 de Enero de 1881; 22 de Abril de 1881; 5 de Enero de 1888; 6 de Octubre de 1888; 14 de Octubre de 1888; 25 de Octubre de 1888; 31 de Octubre de 1888; 4 de Noviembre de 1888; 17 de Noviembre de 1888; 1 de Diciembre de 1888; 14 de Diciembre de 1888; 19 de Diciembre de 1888; 3 de Enero de 1889; 6 de Enero de 1889; 14 de Marzo de 1889; 13 de Noviembre de 1890; 13 de Enero de 1893; 21 de Agosto de 1894; 22 de Febrero de 1895; 23 de Febrero de 1895; 31 de Mayo de 1895; 18 de Julio de 1895; 19 de Julio de 1895; 20 de Julio de 1895; 20 de Julio de 1895; 21 de Julio de 1895; 23 de Julio de 1895; 24 de Julio de 1895; 28 de Julio de 1895; 30 de Julio de 1895; 31 de Julio de 1895; 3 de Agosto de 1895; 6 de Agosto de 1895; 8 de Agosto de 1895; 10 de Agosto de 1895; 11 de Agosto de 1895; 14 de Agosto de 1895; 20 de Agosto de 1895; 21 de Agosto de 1895; 24 de Agosto de 1895; 25 de Agosto de 1895; 29 de Agosto de 1895; 31 de Agosto de 1895; 1 de Septiembre de 1895; 5 de Septiembre de 1895; 7 de Septiembre de 1895; 10 de Septiembre de 1895; 11 de Septiembre de 1895; 13 de Septiembre de 1895; 14 de Septiembre de 1895; 16 de Septiembre de 1895; 25 de Septiembre de 1895; 28 de Septiembre de 1895; 29 de Septiembre de 1895; 1 de Octubre de 1896; 4 de Octubre de 1895; 8 de Octubre de 1895; 12 de Octubre de 1895; 15 de Octubre de 1895; 19 de Octubre de 1895; 22 de Octubre de 1895; 24 de Octubre de 1895; 13 de Noviembre de 1895; 15 de Noviembre de 1895; 16 de Noviembre de 1895; 27 de Noviembre de 1895; 28 de Noviembre de 1895; 1 de Diciembre de 1895; 8 de Diciembre de 1895; 14 de Diciembre de 1895; 21 de Diciembre de 1895; 24 de Diciembre de 1895; 29 de Diciembre de 1895; 31 de Diciembre de 1895; 3 de Julio de 1893; 7 de Enero de 1921; 11 de Agosto de 1927; 21 de Marzo de 1929.

2. Sobre los estudios de Farmacia en Madrid y el grado de doctor deben consultarse las fuentes de archivo. Cf. Archivo Histórico Nacional. Sección Universidades. Legajo 1018. Expediente 56. Expediente académico de Ángel Bellogín Aguasal, alumno de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central. Natural de Valladolid (Capital). Doctor en Farmacia. Documentos anejos: Partida de Bautismo. Certificación académica. Sobre la tesis doctoral GÓMEZ CAAMAÑO, José (1967): *Discursos de recepción: Discurso de ingreso leído en la Real Academia de Farmacia. "De re pharmaceutica". "Estampas de la historia"*. Real Academia de Farmacia de Barcelona, obra en la que hace una amplia valoración del ideario farmacéutico de Ángel Bellogín. Sobre la tesis doctoral puede consultarse la fuente directa: BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1864): *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central por Ángel Bellogín Aguasal en solemne acto de recibir...el grado de Doctor*. Madrid, [s. n] Imprenta de José M. Ducazal.

3. *La Farmacia Moderna* fue una de las grandes revistas de la especialidad farmacéutica durante la España contemporánea, su presencia abarca entre 1890 y 1936. Estuvo dirigida por los farmacéuticos Luis Siboni Jiménez y Ángel Bellogín, con periodicidad semanal, con pie de imprenta Madrid/Valladolid, pero cuya impresión se realizaba en Valladolid, Es sin duda la mayor aportación al periodismo farmacéutico de la ciudad del Pisuerga durante el siglo XIX y XX. La revista antes citada puede consultarse en línea gracias a la digitalización de la Real Academia de Farmacia de Madrid.
4. Carlos Quintín Chiarlone fue uno de los pioneros de la historia de la farmacia en España, la relación de Ángel Bellogín con el profesor Chiarlone suponemos debió influir en su interés por el pasado de la especialidad como lo demostró a lo largo de sus publicaciones posteriores. Este primer trabajo periodístico es sin duda un claro testimonio del interés profesional y periodístico que Bellogín seguirá hasta el final de su vida.
5. Sobre el Colegio Farmacéutico de Castilla la Vieja, uno de los primeros en España puede verse algunos trabajos provisionales, dado que no disponemos de un estudio completo, quizá por la ausencia de fuentes. MARTÍN PLAZA, Antonio (2010): *Colegio oficial de Farmacéuticos. 100 años de profesión en Valladolid*, Valladolid, Colegio oficial de Farmacéuticos. Imprenta Mata Digital.
6. Mariano Pérez Mínguez tuvo un destacado protagonismo en la institucionalización de la colegiación farmacéutica en Valladolid desde finales del siglo XIX. Su figura ha sido estudiada por Antonio Martín Plaza en la obra citada (*De artesanos a profesionales. Farmacéuticos vallisoletanos del siglo XIX*. Valladolid, 2009) sobre todo las páginas: 228- 239.
7. Las referencias las hemos recogido de NÚÑEZ DELGADO, Ana María (1983): *El pensamiento de Ángel Bellogín Aguasal (1841-1920) a través de sus principales obras*. Tesina de Licenciatura. Madrid. Universidad Complutense. (Ejemplar mecanografiado. Real Academia de Farmacia. Madrid). afirma, sin dar la fuente lo siguiente:” Puede atribuirse la fundación [de la Farmacia de San Benito] al primer tercio del siglo XII, según lo revelaba el conjunto. Por la distribución y magnitud de sus departamentos, la variedad de sus departamentos, la variedad y abundancia de sus añejas reposiciones, y la riqueza de su material de trabajo mereció los más entusiastas elogios del visitador D. Félix Palacios, autor eximio de la *Palestra Farmacéutica*” Asimismo añade: “Había una modesta biblioteca con más de un centenar de volúmenes, que venía a constituir una pequeña enciclopedia de las ciencias farmacológicas: varias colecciones de farmacopeas y formularios, antiguas y modernas, en latín y en castellano, varios traducidos del francés, inglés y alemán ; de historia natural, las obras del Conde de Buffon, los estudios de Cavanilles, la antropología de Virrey [y Mange] , la flora española de Quer, quinología y otros trabajos monográficos de Ruiz y Pavón, de química la obra de Lavoisier, conocimientos químicos de Fourcroy, Chaptal, Orfila y otros autores; de farmacia , Beaumé, Carbonell, Chevalier, Bañares y Giménez, no faltaban tampoco los trabajos tecnológicos de especialistas tan ilustres como el sabio Parmentier y el destilador confitero Appert.”. Nos refiere como, en palabras del propio Ángel Bellogín:” Amaneció el día 1 de enero de 1868, y a las ocho de la mañana abrimos aquella botica, ya mía según rezaba la muestra que decía en

letras de oro grandes y bien sombreadas” Farmacia del doctor Bellogín hijo”. En ella permanecí durante la fiesta de Año Nuevo sin más salida que la indispensable para comer en familia con mis padres. Recibí durante todo el día muchas felicitaciones y estreché muchas manos, incluso la de algunos compañeros y varios médicos que se apresuraron a visitarme, correspondiendo a mi esquila de ofrecimiento. Más ¡ay! querido lector siento decirte, aparte de tantos plácemes que en aquella larga jornada desde las ocho de la mañana, a las once de las once de la noche, descontando el cuento, según llamábamos al despacho suelto más una o dos limonadas, sólo despachamos una receta. ¡ Y bien que me acuerdo de ella!.

8. La actividad profesional en Valladolid y provincia durante el siglo XIX la ha llevado a cabo con un trabajo exhaustivo sobre fuente de archivo Antonio Martín Plaza antes citada: (*De artesanos a profesionales. Farmacéuticos vallisoletanos del siglo XIX*. Valladolid, 2009)
9. Sobre la creación del primer Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja, precursor de la colegiación definitiva se estudia en la obra de Antonio Martín Plaza citada en la nota 5. Cf. asimismo
10. Véase con mayor detalle las referencias de RIERA PALMERO, Juan (2015): “Santiago Bonilla Mirat (1844-1899 Académico de Valladolid y químico del siglo XIX”. *Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid*, 52: 217-280.
11. Sobre este tema contribuyó el propio Ángel Bellogín del que nos ha dejado testimonio en los artículos aparecidos en *El Norte de Castilla* que pueden consultarse en la edición de Rafael García: BELLOGÍN, Ángel, HERRERO OLEA Sabino y LÓPEZ MORALES, Blas (1993): *La revolución liberada en Valladolid (1808-1874)*. Valladolid, Grupo Pinciano. (Selección de textos y Estudio Preliminar por Rafael García). La Revolución de septiembre y el sexenio revolucionario (1868-1874) ha sido motivo de numerosos estudios, de los cuales pueden consultarse: LÓPEZ CORDÓN, María Victoria (1976): *La Revolución de 1868 y la I República*. Madrid, Siglo XXI; LÓPEZ CORDÓN, M^a Victoria (1988): “El sexenio democrático” en P. Ruiz Torres y otros: *La transición del Antiguo al Nuevo Régimen (1789-1874)*. Tomo IX de la *Historia de España* dirigida por Antonio Domínguez Ortiz. Barcelona, Planeta, pp. 434-561. SERRANO GARCÍA, Rafael (1986): *El sexenio revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales. (1868-1874)*. Valladolid, Junta de Castilla y León.
12. Véase la obra citada en la nota anterior de Rafael Serrano García, donde se recogen los textos de Ángel Bellogín Aguasal, con una amplia introducción histórica, especialmente la reedición realizada por este autor de los artículos de Ángel Bellogín aparecidos en el año 1912, en la prensa local de *El Norte de Castilla*.
13. Se trata de Ángel Bellogín, 27 artículos en total, aparecidos en *El Norte de Castilla* a lo largo de 1912, fechado el primero el 3 de Enero y el último el 28 de Agosto del mismo año. Nuestro autor hace un balance retrospectivo con su estilo personal costumbrista, lleno de realismo de los acontecimientos más importantes de la Revolución de septiembre de 1868, vistos desde la Botica.
14. Sobre la Botica de San Benito y la ciudad de Valladolid tuvo Ángel Bellogín páginas brillantes en las que se evidencia su vocación literaria, como los artículos aparecidos en *El Norte de Castilla*, y el “viaje literario” a la Botica de San Benito, que titula

“*Archeología terachialis*”, como también los tres artículos dedicados a Valladolid que forman parte de la obra de José Ortega Zapata, *Memorias de un setentón*. La importancia del Monasterio de San Benito en la historia de Valladolid, y especialmente su Botica puede verse en las obras que citamos: BELLOGÍN, Ángel (1888): “Una botica de Benedictinos”. *La Farmacia Española*. Madrid, XXX: 545-548; JIMÉNEZ LOZANO, José (1968): “El humo de la Rebotica”. *ABC*. Madrid, 30 de Noviembre de 1968. MOREDA BLANCO, Javier (1998): *El Monasterio San Benito el Real de Valladolid.: arqueología e Historia. Catálogo de la Exposición celebrada...1996*. Valladolid, Ayuntamiento. RIVERA BLANCO, Javier (Coordinador) (1990): *Monasterio de San Benito de Valladolid, VI Centenario. 1930-1990. Estudio de Julio Valdeón*. Valladolid, Ámbito Ediciones. RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Luis (1981): *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid*. Valladolid, Caja de Ahorros Popular. RUEDA HERNANZ, Germán (1980): *La Desamortización de Mendizábal en Valladolid. (1836-1853)*. Valladolid, Institución Cultural Simancas. VICENTE GONZÁLEZ, José (2002): *Boticas monásticas, cartujanas y conventuales en España*. A Cruña, TresCtres. MARTÍN PLAZA, Antonio (1999): *Boticas y boticarios ilustrados de Valladolid y Provincia*. Valladolid, Zacofarva; MARTÍN PLAZA, Antonio (206): *Boticas y boticarios vallisoletanos en los Austrias menores. Valladolid*. Valladolid, Colegio de Farmacéuticos. MARTÍN PLAZA, Antonio (2010): *Colegio oficial de Farmacéuticos.100 años de profesión en Valladolid*, Valladolid, Colegio oficial de Farmacéuticos Mata. Puede consultarse el trabajo sobre el primer boticario de este establecimiento en el trabajo siguiente: SORNI I ESTEVA, Xavier y SUÑÉ ARBUS-SÁ, Josep M. (1992): “Aproximació a la “Teórica y práctica de Boticarios” de Fra Antoni Castell (Barcelona, 1592). *Gimbernat*, XVIII: 101- 118. Boticas monacales y eclesiásticas fueron también importantes en Valladolid como la Botica de San Ignacio y la de San Pablo. Cf. WATTENBERG GARCÍA, Eloisa (2004): “La Botica del Colegio de San Ignacio”. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima*. (35): 75-83. Asimismo puede ser de utilidad la lectura de la síntesis divulgativa de José de Vicente González (2001): “Boticas monásticas, cartujanas y conventuales. El Monasterio de San Benito el Real de Valladolid”. *Farmacéuticos*. Febrero: 44-48. Una visión general en LIZÁRRAGA LECUE, Rafael de (1963): “Boticas monásticas benedictinas”. *Boletín Institución Fernán González*. 42: 435- 443.

En los últimos años del siglo XX todavía se conocía como “Farmacia de la Rinconada” a la familia Bellogín, de cuya existencia nos hace una sucinta descripción Antonio Martín Plaza (De artesanos a profesionales... Valladolid (2009) páginas 96-97: “Hoy día la familia Bellogín se la conoce en nuestra ciudad por lo que queda de la Farmacia de la Farmacia de la Rinconada, próxima, según creo, la ser derribada, que fue una de las mejores y más antiguas de Valladolid, y que aún exhibe el cartel de Botica del Dr. Bellogín, refiriéndose a los Bellogín que la tuvieron, Bellogín Gutiérrez y los Martín Bellogín, pero no a Bellogín Aguasal, que nunca regentó esta farmacia, sino la de la de la Plazuela Vieja, como su tío Ildefonso y su abuelo Andrés, si bien a temporadas ayudó en el quehacer diario pues, además, tenía una pequeña participación, por herencia de su padre. Conserva la botica unas bellas estanterías con filigrana que, creo, son de nogal pintadas de color blanco, lo cual es una pena y

botamen del siglo XIX, aunque el primitivo sería de la botica de San Benito, que fue vendido cuando los Martín Bellogin cesaron en la titularidad de la farmacia y aún antes; precisamente, procedentes de ella son un albarello de la botica de San Benito, así como una orza del Real Monasterio de Aniago, donados por D. Juan Manuel Herrera Lozano, sucesor de D. Mario Martín Bellogín en la botica, a nuestro museo colegial [de Valladolid]” La Farmacia fue trasladada en 2008 a la Cebadería, y donada al Museo de Farmacia Hispana de la Universidad Complutense.

15. Antonio Flores Algobia fue uno de los más destacados costumbristas españoles del siglo XIX. Nace en Elche en 1818 y muere en Madrid en 1865. Autor de una amplia obra en la que destacan los cuadros y personajes costumbristas como *El barbero*, *La santurrón*, *El hortera*, *La cigarrera*, y *El boticario*. Véase con mayor amplitud en el trabajo siguiente: RUBIO CREMADES, Enrique (1977-1979): *Costumbrismo y folletín. Vida y obra de Antonio Flores*. Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos. Diputación Provincial de Alicante, 3 Vols.
16. PUERTO SARMIENTO, F. J. (1992): “Ciencia y Farmacia en la España decimonónica”. En LÓPEZ PIÑERO, J. M^a (Coordinador) *La Ciencia española en el siglo XIX*. Madrid, Ayer VII pp.153-191 RIERA PALMERO, Juan (2010): “La industria farmacéutica en la España contemporánea”. *Llull*. XXXIII (72): 407-409.; RODRÍGUEZ NOZAL, Raúl (2000): “Orígenes, desarrollo y consolidación de la industria farmacéutica española (ca. 1850-1936)”. *Asclepio*. LII: 127-159; SÁNCHEZ MOSCOSO, Angustias et al. (1982): “Cambio social de la farmacia española de mediados del siglo XIX como resultado de la evolución científica y tecnológica”. *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y de la Técnica*. Tomo II: 411-426. Ángel Bellogín Aguasal escribió al final de su vida, septuagenario, unas “Memorias” que al parecer no llegaron a editarse, tituladas *Presbicias de un farmacéutico setentón o cincuenta años entre botes*. Este manuscrito estuvo en poder del presidente del Colegio de Farmacéuticos de Valladolid D. Miguel Avelino, se dijo, y del Alcalde de Valladolid y farmacéutico Luis Martín Santos. A pesar de su interés desconocemos su contenido, que hubiera de haberse publicado. Reproducimos por su interés el índice de la obra tomado del trabajo de Algo de autobiografía.
 1. *Virtud sencilla. Mis estudios, Antes y ahora. Mi volterianismo. Profesionales y sabios. Ilusiones de un sabio en agraz. A la tierra grulla. El último vuelo. Me quedo boticario.*
 2. *En marcha. Iniciación. Primera salida. Clásicos e innovadores. El Doctor Pérez Mínguez. El Colegio malogrado. Medio siglo destacado de fracasos. Inquiriendo las causas. Las opiniones de un viejo.*
 3. *Secundum artem. Mis tierras llanas. Un boticario y un conde. Farmacognosia y Farmacoemporía. Expansiones. Expansiones comerciales y arrestos mercantiles. De todo un poco. El pícaro clorato. Suerte adversa. Ocaso de un creyente. La fe en la ciencia.*
 4. *Breve. La razón de los contrastes. Ante los jurados. Un holgazán afortunado. En pleno turismo. El melito de Vallet. Una botica, un boticario y un practicón. Historia de Don José Alboreda.*
 5. *Tal para cual. Diferencias sicológicas y coincidencias personales. Delegación*

inmoral. El practicón y su vesania. Farmacotécnica. Anarquista. Los drogueros ambulantes. Inmunidad de los intereses creados.

6. *Ajuste de cuentas. Progreso benéfico. Endemia especificueta. La moral y el hambre. Textos viejos. El habeas corpus y la salud populi. El embrollo moderno, Complicidades del estado. El régimen de los caciques. Autonomía sanitaria. La sentencia y el bien.*
7. *La botica de mi abuelo. Restaurando sus ruinas. El primer cliente. Frente a la bancarrota. Los dos vecinos. Eficacia moral.*
8. *Laborando. Nada de visitas. Tirando de la cuerda. La ley de la herencia. Reemplazo forzoso. Los beneficiarios. La corte de los milagros.*
9. *Reacción de defensiva. Socialismo invertido. Municipios burgueses. El conflicto sanitario. Improvisaciones. Los profesionales en campaña. Días de concordia. Vientos bonancibles. Por el buen camino. El mal de siempre. La limpieza moral.*
10. *Mesa revuelta. De reemplazo. Aprovechando el tiempo. Los negocios de la sanidad. Algo de específico. Abdicaciones. El eterno intrusismo. Sus ideales.*
11. *Epílogo. El Jordán de la Ciencia. Conflicto económico solución. Nuestro problema. Rectificando. Invocación final.*

[Esta obra se finalizó en Valladolid el día 10 de Noviembre de 1912, pero no consta que se publicase, tampoco don de se encuentra el manuscrito].

17. Sobre la Tesis Doctoral de Ángel Bellogín Aguasal puede consultarse el expediente original en Archivo Histórico Nacional. Sección Universidades. Legajo 1018. Expediente 56. Expediente académico de Ángel Bellogín Aguasal, alumno de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central. Natural de Valladolid (Capital). Doctor en Farmacia. Documentos anejos: Partida de Bautismo. Certificación académica.
18. BELLOGIN AGUASAL, Ángel (1875): *Manual del Practicante de Farmacia*. Valladolid. Imp. Santaren
19. Sobre este puede consultarse nuestro trabajo: RIERA PALMERO, Juan (2015): “Santiago Bonilla Mirat (1844-1899 Académico de Valladolid y químico del siglo XIX”. *Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid*, 52: 217-280. Cf. BONILLA MIRAT, Santiago, y BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1879): *Toxicología del Cloroformo. Exposición de algunos datos prácticos que deben tenerse en cuenta en las investigaciones químico-legales de este anestésico*. Madrid, Imp. de Alejandro Gómez Fuentenebro. (Publicado también como “Toxicología del Cloroformo”. *La Gaceta de Sanidad Militar*. (99): 64-69; (100): 81-88. y también: BONILLA MIRAT, Santiago (1877): *Investigación del aceite de semillas de algodón en los de olivas: exposición de algunos procedimientos prácticos para conseguirlo*. Valladolid, Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez
20. Sobre la legislación sanitaria en el siglo XIX español puede consultarse una visión de conjunto en GRANJEL, Luis S. (1974):” Legislación sanitaria del siglo XIX”. *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*. Pp. 87-136; Salamanca, Universidad. GRANJEL, Luis S. (1986): *La Medicina Española Contemporánea*. Salamanca, Universidad. Los estudios sobre la Farmacia española del siglo XIX entre otros citamos algunos que puedan servir para contextualizar la aportación de Ángel Bellogín y Luis Siboni.: FRANCÉS CAUSAPÉ, María del Carmen (1975):

Estudio histórico sobre la especialidad farmacéutica en España. Madrid, Universidad Complutense, 2 Vols. PUERTO SARMIENTO, F. J. (1992): “Ciencia y Farmacia en la España decimonónica”. En LÓPEZ PIÑERO, J. M^a (Coordinador) *La Ciencia española en el siglo XIX.* Madrid, Ayer VII pp.153-191. El índice de esta colección legislativa y sus correspondientes capítulos son los siguientes:

PRIMERA PARTE. Administración Sanitaria: Ley orgánica de Sanidad. Consejo de Sanidad. Academias Medicina. Juntas de Sanidad. Sus delegaciones. Ejercicio de las Profesiones Médicas: Beneficencia médica municipal y provincial. Reglamentación. Hospitalidad domiciliaria y nosocomial. Titulares y contratos. *Legislación farmacéutica:* Ordenanzas de Farmacia. Venta y anuncios. Medicamentos secretos. Legislación Veterinaria. Ejercicio *auxiliar:* Practicantes, Matronas y Dentistas. *Servicios especiales:* Médicos forenses. Químicos forenses. Inspecciones. Intrusiones. Recompensas. Pensiones. Cruces y orden civil de Beneficencia. Código penal. Sus referencias.

SEGUNDA PARTE. Salubridad general: *Higiene local.* Competencias y obligaciones de los Municipios y Diputaciones Provinciales. Higienización urbana y rural. Hospitales y Penitenciarías. Casas de salud. Mancebías. Higiene de la industria y policía comercial. Baños y aguas minerales. Cementerios. Inhumaciones, Exhumaciones, Embalsamamientos y Traslados. Alimentos y Bebidas. Mercados y Lecherías. Carnes y Pescados. Grasas y Frutas. Vinos, Alcoholes y Licores, etc. Su inspección y reconocimiento. Laboratorios especiales y municipales. Endemias. Epidemias. Epizootias. Hospitalización y Beneficencia,

21. A lo largo de toda su obra y con su actividad profesional estuvo hondamente preocupado por el ejercicio farmacéutico, al que dedicó algunos de sus mejores trabajos. Entre otros Cf. “La Farmacia en sus relaciones” aparecido en *El Restaurador Farmacéutico*. 1886). Este texto fue reeditado en la obra de los coautores Luis Siboni y Ángel Bellogín: *Perfiles y Semblanzas* (1888) pp. 7-41. También fue leído este discurso en 1886 ante la *Asociación médico-quirúrgica de Valladolid*. Finalmente parte de este texto es reiterado en su *Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Valladolid* en 1892. Enorme interés para la historia de la Farmacia deben conceder a las numerosas biografías que incluyeron Luis Siboni y Ángel Bellogín en la obra de ambos *Perfiles y semblanzas* (1888), son las siguientes, acompañadas de un retrato a plumilla de los biografiados: AGUILAR Y GARRIGA (D. Francisco de Paula). BAZAN (D. Ángel), BENESSAT Y VAYÉS (D. Felipe), BENITEZ DE AGUILAR (D. Fernando). BOLOS (D. Ramón), CALDERÓN Y ARANA (D. Laureano), CANUDAS Y SALADA (D. José) CARRASCOSA (Excmo. Sr. D. Pedro), CASAÑA Y LEONARDO (D. Julián), CASARES (D. Antonio), CASTRO (D. Juan de Mata), CODINA Y FRANCH (D. Jaime), CODINA LANGLIN (D. Ramón) COMABELLA (D. Felipe). COMENDADOR Y TELLEZ (D. Primo), CUADRA Y VALLEJO (D. José M^a de la). FERNANDEZ IPARRAGUIRRE (D. Francisco). FORMIGUERA (D. Gonzalo), FORTUNY (D. Eusebio), GARAGARZA (D. Fausto), GARCÍA HERRANZ (D. Francisco), GENOVÉ Y COLOMER (D. Pedro), GÓMEZ PAMO (D. Juan Ramón) GORRIZ (D. Ricardo J.), LOSEOS Y PERNAL (D. Francisco) LLOVET Y GÁSTELO (D. Mariano). MALLAINA (D. Carlos), MARÍN Y SANCHO

(D. Francisco), ja. MARQUÉS Y MATAS (D. Ramón) MARTÍN ARGENTA (D. Vicente), MARTÍNEZ ALVAREZ (D. Germán) MUNNER Y VALLS (D. Vicente), OLMEDILLA Y PUIG (D. Joaquín), ORDUNA Y ABADÍA (D. Calixto) PARDO BARTOLINI (D. Manuel). PARDO SASTRÓN (D. José). PAU (D. Carlos) PLANS Y PUJOL (D. Fructuoso). RODRÍGUEZ CARRACIDO (D. José). , Ruiz CASAVIELLA (D. Juan). ,SÁDABA (D. Ricardo),SALVAÑÁ (D. Joaquín Mariano),SÁNCHEZ COMENDADOR (D. Antonio),SOLER Y SÁNCHEZ (D. José). . VILLAR Y MACÍAS (D. Juan José). , ZUBIA (D. Ildefonso). En esta obra Perfiles y semblanzas no faltan agrias críticas a la penuria farmacéutica española del siglo XIX como esta párrafo (página 589): “Sabedlo, pues, todos aquellos a quienes basta á deslumbrar la mortecina fosforescencia de una luciérnaga, y que os vais de calle tras de una máscara cuajada de brillantes y de oropeles de similar ; un farmacéutico palatino no puede utilizar el derecho que le concede su diploma para ejercer libremente la profesión, pero, en cambio, viene muy obligado, por la mísera dotación que recibe, á no desentonar, con su raída levita, los fastuosos y brillantes cortejos del primer magistrado de la Nación. Vamos, que se le otorga licencia ilimitada para morir de hambre.” Textos al que podríamos añadir otros similares.

22. La labor de traductor nos pone sobre la múltiple actividad intelectual de Ángel Bellogín y su conocimiento de bibliografía francesa del momento.
23. El *Prontuario de Farmacología moderna* es uno de los textos más ambiciosos de Ángel Bellogín. Se trata de su obra más editada y consultada entre los profesionales, dado que conoció tres ediciones diferentes en el último decenio del siglo XIX.
24. Los manuscritos de Ángel Bellogín Aguasal son una fuente insustituible para conocer la farmacia familiar en Valladolid a lo largo de medio siglo, lamentablemente desconocemos su paradero, pero que utilizaron los autores citados, Martín Santos Romero y también Miguel Avedillo Salvador. La obra sin duda es una obra de Memorias de su ida y el entorno en que vivió, con semejanzas con la de José Ortega Zapata: *Solaces de un vallisoletano setentón...* que conoció Bellogín y en la que figuran tres cartas suyas. Está todavía por escrutar la contribución de Ángel Bellogín al periódico El Norte de Castilla, al menos una revisión sistemática desde 1865 a 1920 podría aportar alguna nueva faceta literaria, trabajo que estamos realizando en la actualidad.

II

FUENTES IMPRESAS

Libros, monografías y Discursos.

BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1864): *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central por Ángel Bellogín Aguasal en solemne acto de recibir...el grado de Doctor.* Madrid, [s. n] Imprenta de José M. Ducazal.

- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1866): *Memoria leída por el Secretario General del Colegio de Farmacéuticos de Castilla la Vieja en la sesión literaria del 1º aniversario en el día 30 de Octubre de 1866*. Valladolid, Imp. Pablo de la Llana.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1870): *Codex medicamentarius: o Farmacopea francesa*. Madrid, Carlos Bailly-Baillière.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1875): *Manual del Practicante de Farmacia*. Valladolid. Imp. Santaren.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1879): *Concepto de medicamento galénico*. Valladolid, Hijos de Rodríguez.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel y otros (1983): *La revolución liberal en Valladolid*. Valladolid, Grupo Pinciano. [Selección de Textos]
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1890): *Formulario crítico de especialidades secretas*. Valladolid, Hijos J. Pastor.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1890): *Contribución al conocimiento de las especialidades o Formulario critico de especialidades y secretos*. Valladolid, 1890 [s. n.] Tip.Hijos de J. Pastor.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1892): *Discursos leídos en la recepción del académico electo Don Ángel Bellogín Aguasal celebrada en la sesión pública del... contestación de Santiago Bonilla y Mirat*. Valladolid [s. n.] Tip. Hijos de J. Pastor.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel (1894): [Tres cartas de Ángel Bellogin a José Ortega] en la obra de José Ortega Zapata *Solaces de un vallisoletano setentón*. Valladolid, Tomo I: I-XVII
- BELLOGÍN AGUASAL; Ángel (1895): *Prontuario sinóptico de farmacografía moderna*. Valladolid, Imp. H. de J. Pastor.
- BELLOGÍN AGUASAL; Ángel (1898): *Prontuario sinóptico de farmacografía moderna*. Valladolid, Imp. H. de R. Álvarez.
- BELLOGÍN AGUASAL; Ángel (1899): *Prontuario sinóptico de farmacografía moderna*. Valladolid, Imp. Ricardo Rojas.
- BELLOGÍN AGUASAL; Ángel (1919): *Pequeña enciclopedia práctica de química industrial. Harinas y féculas*. Madrid, Bailly Ballière
- BELLOGÍN AGUASAL; Ángel y SIBONI; Luis (1888). *Perfiles y semblanzas profesionales o siluetas y bocetos del natural de distinguidos farmacéuticos*. Barcelona, Pedro Ortega.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel y BONILLA MIRAT, Santiago (1877): *Investigación del aceite de semillas de algodónero en los de olivas exposición de algunos procedimientos prácticos...* Valladolid, Imprenta y Librería Extranjera de Hijos de Rodríguez
- BELLOGÍN, Ángel y SIBONI, Luis (1892) [Traductores] *Tratado General de la Vid y de los Vinos*. Traducción La Farmacia Moderna. Madrid/Valladolid, J. Pastor 2 Vols.
- BELLOGÍN AGUASAL; Ángel y SIBONI; Luis (1893): *Compilación legislativa de Sanidad Terrestre*. Edición de La Farmacia Moderna. Madrid/ Valladolid, Imp. De J. Pastor.
- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel y SIBONI JIMÉNEZ, Luis (1897): *Estafeta profesional dedicada al público discreto por La Farmacia Moderna*. Madrid, [s. n.] Imprenta Revista de Navegación y Comercio.

- BELLOGÍN AGUASAL, Ángel y SIBONI JIMÉNEZ, Luis (1892): *Tratado de la vid y de los vinos por M. Emilio Viard. Traducido en colaboración con Luis Siboni*. Valladolid, Imp. Pastor. 2 Vols.
- BELLOGÍN, Ángel y VILAR MIR, Antonio (1877) [Traductores]: *Comentarios terapéuticos del Codex medicamentarius o sea historia de la acción fisiológica y de los efectos terapéuticos de los medicamentos inscritos en la farmacopea francesa*. 2ª Edición revisada y aumentada, de Adolfo Gubler. Madrid, Bailly y Bailliére.

Artículos

[Recogidos por Ana María NÚÑEZ DELGADO, 1983]

- BELLOGIN, Ángel y BONILLA MIRAT, Santiago (1888-89): “Datos para la investigación toxicológica del cloroformo”. *La Farmacia Española* 1879 Tomo XXI. (4): 39-41; (5): 53-5. *Ibíd.* 1889 pp. 7, 23, 39, 53 y 69.
- BELLOGIN, Ángel (1880): “Alteraciones del licor de Fowler”. *La Farmacia Española* Tomo XXII: 57
- BELLOGIN, Ángel (1886): “La farmacia en sus relaciones”. *El restaurador farmacéutico*. Tomo XLI: 113, 130, 145, 163, 177, 210; 227, 242, 257, 279 y 291.
- BELLOGIN, Ángel (1887): “Nota sobre un caso de congelación del ácido sulfúrico en el aparato Carré, para la obtención de hielo por el vacío”. *La Farmacia Española*. Tomo XIX p. 103
- BELLOGIN, Ángel (1888): “Vaselina líquida medicinal como vehículo para inyecciones hipodérmicas”. *La Farmacia Española*. Tomo XX p. 7
- BELLOGIN, Ángel (1888): “Contribución al conocimiento de las especialidades”. *La Farmacia Española*. Tomo XX p. 343
- BELLOGIN, Ángel (1888): “Puigipiqué en la Cárcel”. *La Farmacia Española*. Tomo XX p. 437 [También el mismo artículo y título en *El Restaurador Farmacéutico*. Tomo XLIII. (1888) p. 209.
- BELLOGIN, Ángel (1888): “Una farmacia de Benedictinos”. *La Farmacia Española*. Tomo XX p. 545- 548.
- BELLOGIN, Ángel (1888): “Una carta al Doctor Carracido”. *La Farmacia Española*. Tomo XXI p. 291.
- BELLOGÍN, Ángel (1890): “Don Carlos Ferrari”. *La Farmacia Moderna*. Tomo I, p.81
- BELLOGÍN, Ángel (1890): “Bibliografía” [Reseña de la obra *Las Enfermedades de la vida*, por Eugenio Muñoz Ramos]. *La Farmacia Moderna*. Tomo I, p.52
- BELLOGÍN, Ángel (1890): “Bibliografía” [Reseña de la obra *Los Progresos de las Ciencias Químicas en relación con las Enfermedades los conocimientos médicos y especialmente con los biológicos*, por Feliciano Lorente Martín]. *La Farmacia Moderna*. Tomo I, p.540.
- BELLOGÍN, Aguasal (1891): “Bibliografía” [Tratado de farmacia práctica de operaciones farmacéuticas por el doctor Ricardo Sábada]. *La Farmacia Moderna*. Tomo II, p. 168.
- BELLOGÍN, Ángel (1892): “Rodríguez Carracido”. *La Farmacia Moderna*. Tomo III pp. 528, 539, 558

- BELLOGÍN, Ángel (1894): “Las farmacopeas oficiales”. *La Farmacia Moderna* Tomo V. pp. 117, 136, 173, 193, 211, 224, 241 y 258.
- BELLOGÍN, Ángel.(1895): “Codex Medicamentarius” o “Farmacopea francesa”. Suplemento redactado por orden del Gobierno. París G. Masson. *La Farmacia Moderna*. Tomo VI, pp. 81 y 93.
- BELLOGÍN, Ángel (1895): “La Farmacia y la sueroterapia”. *La Farmacia Moderna*. Tomo VI, p. 129
- BELLOGÍN, Ángel (1896): “Bibliografía” [Catálogo o enumeración de las plantas de Torrecilla de Alcañiz}. *La Farmacia Moderna*. Tomo VI: 153
- BELLOGÍN, Ángel y SIBONI; Luis (1896): “En honor de un héroe”. *La Farmacia Moderna*. Tomo VII: 489
- BELLOGÍN, Ángel y SIBONI; Luis (1897):” Don Juan Ruiz de Casaviella”. *La Farmacia Moderna*. Tomo VII: 209
- BELLOGÍN, Ángel y SIBONI, Luis (1897): “Al señor Don Fernando Merino”. *La Farmacia Moderna*. Tomo VII: 445
- BELLOGÍN, Ángel y SIBONI, Luis (1902): “Don Ricardo Sábada”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XIII: 293
- BELLOGÍN, Ángel (1903): “Identificación de los productos químicos medicinales”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XV: 417, 433
- BELLOGÍN, Ángel y SIBONI, Luis (1907): “Don José Muro”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XVIII: 223
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “Nuestro problema”. *Diario Universal*. Madrid, 22 de Marzo, y 24 de Abril de 1908.
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “Subvención oficial a la caja de socorro”. *Diario Universal*. Madrid 22 de Febrero de 1908
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “Específicos y panaceas”. *Diario Universal*. Madrid 22 de Marzo de 1908.
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “Cartas por el interior”. *Diario Universal*. Madrid 5 de Abril de 1908.
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “Jarabe de anciana Seigel y de Pagliano”. *Diario Universal*. Madrid 3 de Mayo de 1908.
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “Intimidades”. *Diario Universal*. Madrid, 17 de Mayo de 1908, 24 de Mayo, 31 de Mayo, 14 de Junio, 28 de Junio, 5 de Julio y 12 de Julio.
- BELLOGÍN, Ángel (1908): “La revolución desde abajo”. *Diario Universal*. Madrid, 1 de Noviembre de 1908.
- BELLOGÍN, Ángel (1909): “La decena”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XX, p. 217
- BELLOGÍN, Ángel (1910): “Utilidad de los laboratorios químico-farmacéuticos y medios de asegurar su existencia. Necesidad de la especialidad farmacéutica *La Farmacia Moderna*. Tomo XXI, 3 y 19
- [BELLOGÍN, Ángel (1913): Consecuencias terribles del especificuismo [sic]. *La Farmacia Moderna*. Tomo XXIV, 82
- BELLOGÍN, Ángel (1913): “Epistolarios de académicos”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XXIV, 84.

- BELLOGÍN, Ángel (1914): “Rectificando a un ministro”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XXV, 142.
- BELLOGÍN, Ángel (1916): “Ideas sueltas o charlas deontológicas”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XXVII, 39
- BELLOGÍN, Ángel (1917): “Fray ejemplo. La labor de un colegio”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XXVIII, 28
- BELLOGÍN, Ángel (1918): “Una de tantas”. *La Farmacia Moderna*. Tomo XXIX, 45
- BELLOGÍN, Ángel (1919): “Arqueología galénica”. *La Farmacia Moderna*. XXX, 21, 34, 57, 82.
- BELLOGÍN, Ángel (1920): “La farmacia en sus relaciones” [Artículos póstumos]. *La Farmacia Moderna*. 43, 70, 101, 130, 155, 185, 230, 266.

III BIBLIOGRAFÍA

- ALMUIÑA FERNÁNDEZ, César (1977): *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX. 1808-1899*. Valladolid, Institución Cultural Simancas.
- ALMUIÑA, Celso y otros (1985): *Valladolid en el siglo XIX*. Valladolid, Ateneo.
- ALONSO, Eduardo: *Literatura de Botica*. Edición Digital.
- ARRANZ GONZÁLEZ, Carmen (1990): *El siglo XVI a través del Monasterio San Benito el Real de Valladolid*. Valladolid, Centro de Profesores.
- AVEDILLO SALVADOR, Miguel (1974): *Adiós a una gran familia de ilustres farmacéuticos*. Valladolid. Valladolid, Imp. Duero.
- CANO GARCÍA, Juan Antonio (1996): *El poder político en Valladolid durante la Restauración. La figura de César Silio*. Valladolid, Universidad.
- BELLOGÍN, Ángel (1888): “Una botica de Benedictinos”. *La Farmacia Española*. Madrid, XXX: 545-548
- BERGONIOUX, J. / 1927): “Les éditions du Codex medicamentarius de l’ancienne Faculté de Médecine de Paris”. *Bull. Soc. d’Histoire de la Pharmacie*. XV (54): 376-389
- CORPORALES, Luis (2007): *Historia de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid*. [s. n.]. Valladolid,
- CORTEJOSO VILLANUEVA, Leopoldo (1986): “Ángel Bellogín Aguasal”, en *Académicos que fueron*. Valladolid, Institución Cultural Simancas
- DAVIS, Charles y LÓPEZ TERRADA, M^a Luz (2010): “Protomedicato y farmacia en Castilla a finales del siglo XVI. Edición crítica del catálogo fer todas las cosas que los boticarios han de tener en sus boticas, de Andrés Zamudio de Alfaró Protomédico General (1502-1599)”. *Asclepio*. LXII (2): 579- 626.
- DOMÍNGUEZ MARTÍN, Domingo (1955): *Bibliografía vallisoletana*. Valladolid, autor-editor.

- ESPAÑOLES:(2002): *Los _____ pintados por sí mismos*. Madrid. Visor Libros. [Edición facsímil de la de Madrid .1843, 2 Vols.] (Antonio LÓPEZ: “El Boticario”. Tomo II, pp.: 383-391)
- FRANCÉS CAUSAPÉ, M^a Carmen (2009): *Consideraciones sobre creencias, farmacia y terapéutica. Discurso de Ingreso en la Real Academia Nacional de Farmacia*. Madrid. Real Academia de Farmacia.
- FRANCÉS CAUSAPÉ, María del Carmen (1975): *Estudio histórico sobre la especialidad farmacéutica en España*. Madrid, Universidad Complutense, 2 Vols.
- FRESQUET FEBRER, J. L. (1993): “Adolphe Gubler y el Journal de Therapeutique (1874-1883)”. *Asclepio*. 45 (2): 143-186.
- GARCÍA DE MARINA, Bayo (2003): *Estudio de la colección de instrumentos científicos del Museo de Farmacia Hispana*, Madrid, Tesis Doctoral, Universidad Complutense.
- [GARCÍA, Rafael]BELLOGÍN, Ángel, HERRERO OLEA Sabino y LÓPEZ MORALES, Blas (1993): *La revolución liberada en Valladolid (1808-1874)*. Valladolid, Grupo Pinciano. (Selección de textos y Estudio Preliminar por Rafael García
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Jesús (1974): *Crecimiento y estructura urbana de Valladolid*. Barcelona, José Batlló editor.
- GIL NOVALES, A. (1975): *Las Sociedades Patrióticas*. Madrid, Tecnos, 2 Vols.
- GÓMEZ CAAMAÑO, José (1967): *Discursos de recepción: Discurso de ingreso leído en la Real Academia de Farmacia. “De re pharmaceutica”. “Estampas de la historia”*. Real Academia de Farmacia de Barcelona.
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio, RODRÍGUEZ NOZAL, R. y GARCÍA GARCÍA, J. (1996): “La pénétration de l’industrie pharmaceutique française en Espagne (1919-1933). *Revue d’Histoire de la Pharmacie*. (Actes XXXé Congrès Internationale d’Histoire de la Pharmacie. Paris 1995
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio, RODRÍGUEZ NOZAL, R. (2010): “Innovation vs. Tradition, the election of the European way of pharmaceutical industrialisation 19th-20th centuries”. *An. R. Acad. Nac. Farm.* 76 (4):459-478
- GRANJEL, Luis S. (1974):” Legislación sanitaria del siglo XIX”. *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*. Pp. 87-136; Salamanca, Universidad.
- GRANJEL, Luis S. (1986): *La Medicina Española Contemporánea*. Salamanca, Universidad.
- GUBLER, Adolphe (1877): *Comentarios terapéuticos del Codex Medicamentarius o sea historia de la acción fisiológica y de los efectos terapéuticos de los medicamentos de la Farmacopea francesa*. Traducción de Antonio Villar Mir y Ángel Bellogín Aguasal, Madrid, 2^a edición
- JIMÉNEZ LOZANO, José (1968): “El humo de la Rebotica”. *ABC*. Madrid, 30 de Noviembre de 1968.
- LIZÁRRAGA LECUE, Rafael de (1963): “Boticas monásticas benedictinas”. *Boletín Institución Fernán González*. 42: 435- 443.
- LÓPEZ CORDÓN, María Victoria (1976): *La Revolución de 1868 y la I República*. Madrid, Siglo XXI.

- LÓPEZ CORDÓN, M^a Victoria (1988): “El sexenio democrático” en P. Ruiz Torres y otros: *La transición del Antiguo al Nuevo Régimen (1789-1874)*. Tomo IX de la *Historia de España* dirigida por Antonio Domínguez Ortiz. Barcelona, Planeta, pp. 434-561.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M^a (Coordinador) (1992): *La Ciencia española en el siglo XIX*. Madrid, Ayer.
- MARTÍN PLAZA, Antonio (1999): *Boticas y boticarios ilustrados de Valladolid y Provincia*. Valladolid, Zacofarva.
- MARTÍN PLAZA, Antonio (2006): *Boticas y boticarios vallisoletanos en los Austrias menores*. Valladolid. Valladolid, Colegio de Farmacéuticos.
- MARTÍN PLAZA, Antonio (2009): *Da artesanos a profesionales: farmacéuticos decimonónicos vallisoletanos*. Valladolid, Colegio de Farmacéuticos. [Especialmente las páginas 56 a 100 dedicadas a la familia Bellogin]
- MARTÍN PLAZA, Antonio (2010): *Colegio oficial de Farmacéuticos. 100 años de profesión en Valladolid*, Valladolid, Colegio oficial de Farmacéuticos Mata
- MERCAT RAMÍREZ, Jaume (2009): *Historia de la Farmacoterapia: siglos XVIII y XIX*. Valencia, Universidad. Tesis Doctoral.
- MOREDA BLANCO, Javier (1998): *El Monasterio San Benito el Real de Valladolid.: arqueología e Historia. Catálogo de la Exposición celebrada...1996*. Valladolid, Ayuntamiento.
- MUÑOZ CALVO, Sagrario (1994): *Historia de la Farmacia en la España moderna y contemporánea*. Madrid, Síntesis.
- NÚÑEZ DELGADO, Ana María (1983): *El pensamiento de Ángel Bellogín Aguasal (1841-1920). a través de sus principales obras*. Tesina de Licenciatura. Madrid. Universidad Complutense. (Ejemplar mecanografiado. Real Academia de Farmacia. Madrid).
- PASTOR FRECHOSO, Félix Francisco:(1993): *Boticas, boticarios y materia médica en Valladolid: siglos XVI y XVII*. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura.
- PUERTO SARMIENTO, F. J. (1992): “Ciencia y Farmacia en la España decimonónica”. En LÓPEZ PIÑERO, J. M^a (Coordinador) *La Ciencia española en el siglo XIX*. Madrid, Ayer VII pp.153-191
- RIERA CLIMENT, Cristina y RIERA PALMERO, Juan (2007): *Libros, médicos y traductores en España (1850-1900)*. Zaragoza, Prensas Universitarias.
- RIERA PALMERO, Juan (2010): “La industria farmacéutica en la España contemporánea”. *Llull*. XXXIII (72): 407-409.
- RIVERA BLANCO, Javier (Coordinador) (1990): *Monasterio de San Benito de Valladolid, VI Centenario. 1930-1990. Estudio de Julio Valdeón*. Valladolid, Ámbito Ediciones.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Luis (1981): *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid*. Valladolid, Caja de Ahorros Popular.
- RODRÍGUEZ NOZAL, Raúl (2000): “Orígenes, desarrollo y consolidación de la industria farmacéutica española (ca. 1850- 1936)”. *Asclepio*. LII: 127-159
- ROLDÁN GUERRERO, Rafael (1958): *Diccionario de Autores Farmacéuticos*. Madrid, Tomo I, pp. 333 y sigs.

- RUBIO CREMADES, Enrique (1977-1979): *Costumbrismo y folletín. Vida y obra de Antonio Flores*. Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos. Diputación Provincial de Alicante, 3 Vols.
- RUEDA HERNANZ, Germán (1980): *La Desamortización de Mendizábal en Valladolid. (1836-1853)*. Valladolid, Institución Cultural Simancas.
- SÁNCHEZ MOSCOSO, Angustias et al. (1982): “Cambio social de la farmacia española de mediados del siglo XIX como resultado de la evolución científica y tecnológica”. *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y de la Técnica*. Tomo II: 411-426.
- SERRANO GARCÍA, Rafael (1986): *El sexenio revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales. (1868-1874)*. Valladolid, Junta de Castilla y León.
- SERRANO GARCÍA, Rafael (2006): “La exposición castellana de 1859”. *Alcores revista de Historia contemporánea*. I: 149-166
- SIBONI, Luis (1920): D. Ángel Bellogín”. *La Farmacia Moderna*. XXXI: 1-2
- SORIANO GARCÍA, Rafael (2003):” Aspectos de la cultura española durante el sexenio democrático (1868-1874)”. *Anales de Historia Contemporánea*. XIX: 396-414.
- TOQUERO MATEO, Margarita (2001):”La Sociedad Filantrópica Artística de Valladolid: una vía de formación para los ciudadanos”. *La acreditación de saberes y competencias: perspectiva histórica. XI Coloquio Nacional de Historia de la Educación*. Oviedo, pp. 731-738
- UCELAY DA CAL, Margarita (1951): *Los Españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*. México, El Colegio de México.
- URREIZTIETA, José Luis (1985): *Las tertulias de rebotica en España (siglo XVIII-siglo XX)*; prólogo de Enrique Tierno Galván, Madrid: Ediciones Alonso,
- VIARD, Emilio (1892): *Tratado general de la vid y de los vinos*. Madrid/Valladolid, 2 vols. [Traducción de Luis Siboni y Ángel Bellogín]
- VICENTE GONZÁLEZ, José (2002): *Boticas monásticas, cartujanas y conventuales en España*. A Cruña, TresCtres
- WATTENBERG GARCÍA, Eloisa (2004): “La Botica del Colegio de San Ignacio”. *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima*. (35): 75-83

IV

FUENTES DE ARCHIVO

Ángel Bellogín Aguasal. [Noticia documental]

Archivo Histórico Nacional.

Sección Universidades. Legajo 1018. Expediente 56.

Expediente académico de Ángel Bellogín Aguasal, alumno de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central. Natural de Valladolid (Capital). Doctor en Farmacia. Documentos anejos: Partida de Bautismo. Certificación académica.

FUENTES MANUSCRITAS:**Biblioteca Universitaria de Santa Cruz. Valladolid.**

Índice completo de la Biblioteca de San Benito el Real de Valladolid, trabajado y concluido en 1798. Ms. 351.

Índice de la librería de San Benito el Real de Valladolid. Ms. 295.

Libro primero de la Historia de San Benito el Real de Valladolid por el R .P. Fr. Mancio de Torres, salmantino. Ms. 195.

ARCHIVO FILIPINOS DE VALLADOLID:

Índices del Archivo del Monasterio de San Benito de Valladolid. Ms. 4.442. Folio 181v-182 r

APÉNDICES I

[Bellogín: *Semblanzas* pp. 55-102.]

VIAJE LITERARIO A LA BOTICA DE SAN BENITO EL REAL:

ÁNGEL BELLOGÍN AGUASAL (1841-1920).

[Selección de Cristina Riera Climent]

ARCHEOLOGÍA THERIACALIS.**I**

Tratándose de una botica abadial, [sic] puedo y debo interesar en el acierto la piadosa intervención de aquellos reverendos boticarios, entre los cuales, Fr. Antonio Castell pienso habrá de otorgármela con singular y agradecida complacencia; puesto que voy a exhumar la propia oficina del monasterio en que hizo sus primeros votos, antes de pasar a Monserrat [sic], donde ejerció la farmacia y publicó su *Theoría y practica de boticarios*. No se entienda, sin embargo, que atribuyo a este benedictino su fundación, ni mucho menos. El monasterio a que me refiero pasó todo el siglo XVI completando sus construcciones y realizando enormes desembolsos, por lo mismo que en aquella época lograba ya casi todo el apogeo de sus franquicias, regalías y privilegios; pero nada indica que se hubiera ocupado de este detalle y tenemos positivos fundamentos para afirmar, que hasta fines del siglo XVII o ya entrado el XVIII no acometieron tal empresa los benedictinos de Castilla la Vieja. Entonces sí que, estimulados por el ejemplo de los franciscanos, con frecuentes noticias de San Juan de Burgos y datos económicos de su misma orden, se resolvieron a instalar la botica de esta ciudad y lo hicieron, por cierto, sin remendar de viejo, con menos ruido y mayor provecho que nuestras castrenses de la chapa; pudiendo calcularse que, desde luego monopolizaron el despacho de treinta o cuarenta comunidades, otras tantas cofradías o gremios y crecido número de particulares ; todo para solaz

y alivio de los boticarios laicos, tan desamparados antaño del Real Protomedicato, como ogaño lo estamos del Real Consejo de Sanidad.

Ello así debió ser, porque así lo reza la tradición y así lo testifican restos auténticos que en más de una ocasión hemos podido comprobar. Su antigüedad venerable nos impresiona de tal modo, que bien quisiéramos poseer la sagacidad paleontológica de Cuvier para restaurar aquella botica, idealmente siquiera, como los arqueólogos de la novísima prehistoria restauran las razas de Canstadt y Cro-Magnón [sic] con armas, viviendas, usos y trajes, sin más datos que algún cráneo dolococéfalo, unos cuantos fragmentos de pedernal y tal cual puñado de cenizas yertas por el frío de millaradas de inviernos.

Y excitada así la fantasía, con el auxilio de nuestra somera erudición, antójase nos estar viendo aquella botica, situada en pabellón aparte, entre la hospedería y el convento, con el portalón y la reja enfrentados a la iglesia y las dependencias accesorias, servidas por la huerta monacal, atravesada por un riachuelo no escaso.

Bajamos, con el pensamiento, a sus bien saneados sótanos; subimos a sus extensos desvanes; escudriñamos la oficina, la rebotica, el cuarto del padre boticario, los obradores y los rincones todos, sin olvidar un paseo por el huerto de las plantas medicinales.

Arcas y cajones, barricas y toneles, sacos y nasas, fardos y cubetos, tinajas y garrafones de tamaños varios y formas diferentes, denunciaban una reposición esmerada, metódica y abundante en productos naturales exóticos e indígenas de los tres reinos, diferenciados por tablillas, cuyo reverso servía para utilísimo registro de procedencia y consumo y en cuyo anverso se ostentaba una sinonimia rigurosamente latina, que hoy nos parecería de un arcaísmo casi bárbaro y era entonces clásica y hasta elegante. Y, sin embargo de su ordenada conservación, la incongruente variedad de tantas y tan heterogéneas cosas, más que la materia prima de una industria, parecía un temerario remedo del arca de Noé; pero todo lo necesitaba el galenismo imperante que, aun así, se veía precisado muchas veces a tomar asilo en el reservado de los sucedáneos [sic]. La sinceridad profesional de nuestros benedictinos no pudo pues sustraerse a esta necesidad práctica, y el tesoro comunal aguantaba frecuentes sablazos para hacer venir, p, e., de la mismísima Meca una libra de Opobálsamo, o sobornar algún genízaro[sic] del Gran Turco, a cambio de unas ramillas y bayas del Xilo y el Carpo-bálsamo, arrancadas en los jardines del Cairo; pues la conciencia de aquellos santos varones no podía tranquilizarse con el leño de áloes, la cubeba o la nuez de especia, después de haber leído un canon de Mesué o un precepto de Avicena. Y, admirando sinceramente estas prodigalidades, era, por otra parte, de reír la diligencia del padre procurador para entenderse con la curia y procurarse el cráneo de algún mocetón muerto a palos, y hasta cosa de envidiar la mansedumbre con que el pobre lego, sometido a ejercicios de humildad, elegía entre las heces ventrales de sus hermanos las mejor sazonadas para una desecación fácil.

Máculas son estas de una época que yo no quiero residenciar, porque, en todo caso, si calificamos de estultas aquellas candideces terapéuticas, que estimularon durante siglos los incansables apetitos de la polifarmacia, más justo sería imputar la responsabilidad a la medicina escolástica que, representada, entre otros, por mi paisano el Doctor Daza, prefería a los consejos de Andrés Vesalio el unguento de un Pinterete, hechicero en Valencia, para curar un grave traumatismo del joven príncipe D. Carlos.

(1)[En nota a pie de página: Forneron. – Historia de Felipe II—Doc. ined., Pág. 553]Porque si, en efecto, venimos de todos los tiempos obligados á la extricta[sic] observancia

de la fórmula oficial que se nos ordena, para el boticario de tonsurada cabeza, aquella observancia obligaba con toda la fuerza de un precepto religioso; y de aquí la esplendidez y fastuosidad de tan copiosas reposiciones.]

II

Que no eran alardes vanos de riqueza persuadía fácilmente una visita al laboratorio galénico, conocido en la casa con los modestos nombres de obrador o cocina de la botica. En su larguísimo hogar, acribillado de hornos de fuego abierto y bajo aquella campana, ya casi refractaria por la testación, se quemaba anualmente buena porción de los montes propios carbonados por la misma Comunidad, y el material de trabajo era proporcionado al incesante consumo de calorías.

Prensas de varia potencia; morteros y almireces de caliza, mármol, bronce, hierro, vidrio, madera y hasta plomo; peroles, calderas, cazos, cacetas y cucharas de metales, tamaños y formas adecuados a sus particulares aplicaciones, sin excluir las de plata; mangas, estameñas, lengüetas de paño, lienzo, estopas y resmas de papel para colados y filtraciones; tamices, cedazos y espumaderas; ollas, pucias y marmitas digestoras[sic]; losas y bruseles, pórfidos y moletas; cajorichoso y abundante surtido de espátulas de hierro, acero, plata, marfil, hueso, palo santo, y hasta sasafrás para manejar ciertas ambrosiacas confecciones; embudos y sostenes, jarros, lebrillos, barreños y jaraberas de barro, loza y hoja de lata; todo este utensilio y mucho más que no inventaríamos, cubría las paredes y ocupaba las mesas y mostradores de aquel recinto, más o menos limpio y más o menos revuelto, según la época del año o el día de la semana.

Había muchos en que, al trabajo corriente de la epacta farmacéutica se acumulaba la reposición imprevista de algunos preparados oficinales agotados repentinamente y entre estos y aquella, mas los extemporáneos de elaboración cotidiana y las recetas que entraban a cada momento por el portalón o la reja, el tal laboratorio parecía un laberinto y la cohorte de practicantes, auxiliares y mozos, una bataola de orates; la atmósfera, densa, emoliente y cálida, enrarecida por los humos y saturada por los gases y vapores de indefinible conjunto, resultaba sólo respirable para aquellos rollizos mancebos, no quebrantados por el ayuno, pero sí endurecidos por el trabajo, que, con sus amplios mandiles, brazos remangados, rostro sudoroso y movimiento incesante, hacían la apoteosis de Galeno y desarrollaban la epopeya de la alta cocina terapéutica.

III

Lemery, Rouelle y nuestro D. Félix Palacios debieron contar muy buenos amigos entre los padres graves de la casa, o alguno de ellos sostuvo relaciones eruditas con el Rdo. Feijoo, hermano de la misma orden, a juzgar por el espíritu de progreso que hacía coexistir junto a la gran cocina de Galeno un laboratorio químico de los más nuevos y completos para aquellos tiempos. Así, p. e., aunque no muy adelantados en termometría, aplicaban el calor por los procedimientos más prácticos y usuales, desde el *ignis nudus* más o menos intenso, hasta el *calor lampadius* producido por las mechas empapadas en candilones; con intermedio, manejaban desde lo que hoy llamaríamos baño de aire hasta el *ventris equini* o estiércol fermentado; disponían además de hornos fusorios o policresios, sin carecer de los llamados de cenizas para baños de maría, cucúrbitas y otras aplicaciones.

Sin contar con los grandes armarios de alambra, atestados de retortas, alargaderas, matraces, recipientes, alúdeles, pelícanos y gemelos, cabezas de moro, cucúrbitas y cristalizados, véase todo el terreno aprovechado con la instalación de no pocos aparatos especiales, entre ellos, un reverbero para destilar con cuatro retortas y cuatro recipientes; un baño de maría para cuatro cucúrbitas; grandes alambiques de cobre con los tres sistemas destilatorios, el especial para esencias y otro completo para la rectificación de espíritus, que algo recuerda las grandes industrias destiladoras del día; con tantos otros no mencionados, en los cuales predominaban el vidrio o el barro refractario, esbeltos algunos y de buenas proporciones, los más larguiruchos, barrigudos, desgarrados y de antiestéticas proporciones; pero hoy todos ellos hermoeados con la belleza del recuerdo y la respetabilidad de la influencia que ejercieron en la ciencia, en la economía social y en las boticas que les dieron vida; de estirpe alquímica, en ellos se desarrollaba lentamente la análisis inmediata y sus descendientes habían de realizar los prodigios de la síntesis orgánica, mil veces más provechosos que las trasmutaciones herméticas, para revolucionar con el tiempo la medicina de los humores, llevarse las llaves de nuestros laboratorios y volcar por completo el ejercicio profesional, sepultándole en la historia o evolucionándole en una nueva fase.

IV

Guardando relación con tan poderosos elementos de trabajo y casi excediéndolos en riqueza, la Botica era un paralelogramo de gran altura y artesonada techumbre, recortada por monumental cornisa de severo arquitrabe, sostenido por fuertes pilastras estriadas de elegante capitel y proporcionado basamento, apoyado directamente sobre el suelo; semejante armazón, toda de nogal viejo y sanísimo, dividía los lienzos de la pared en doce andanas, diez mayores paralelas cinco a cinco, y dos más estrechas que cerraban el polígono dando frente al mostrador y cancela, que comunicaba con el portalón y comunicando, a su vez, con la rebotica.

Cada andana de las mayores sostenía diez tablonos o anaqueles abiselados, y quince respectivamente las dos estrechas.

El zócalo, sin cajones ni taquillas, formado por una tarima de tres pulgadas de altura, con cuarenta y seis marcos circulares, dejaba al desnudo, hasta el anaquel primero, otra altura mayor de tres pies, y el espacio todo alrededor del recinto le ocupaba una rica colección de tinajas o jarrones empotrados en los marcos circulares de la tarimilla.

Sobre estos, dejando libre un espacio conveniente para manejarlos, comenzaban las tablas de la anaquelería, de cuyas andanas mayores, cinco estaban literalmente cuajadas de botes grandes, en número de 500, otras cinco con 300 redomas y las estrechas o cordialeras con 240 botes pequeños la una y número igual de redomitas o ampollas la otra; total, si la cuenta no marra, y garantizamos su exactitud, 1,306 cacharros en solo este departamento.

Hoy, que con la cuarta parte se instalan lujosas boticas, no deja de ser curioso este dato, por las consideraciones a que se presta en el orden técnico y económico de la profesión. Háganlas por su cuenta nuestros curiosos lectores; mas como muchos de ellos, jóvenes por su buena suerte, no conocen otro botamen que los de Danin o Lecant, Tallada o Casademunt, no estará de más dar una idea del que nos ocupa, antes de que se convierta en cascote nuestra antigualla y se incorporen a la madre tierra, de donde salieron hace casi dos siglos, la sílice, la cal, el plomo, la alúmina, el hierro y el cobalto de sus pastas y vidriados.

Aunque los españoles no tenemos ningún Palissy, ni tuvo Botticher el honor de nacer en la Alcarria, no hemos sido tampoco de lo peorcito en cerámica y alfarería. Y digo esto porque han de saber ustedes que todo aquel almacén de cacharros era, en su mayor parte, pura loza de Talavera, decorada del modo que brevemente procuraré describir.

Los botes todos, grandes y pequeños, de un pié a seis pulgadas de altura, eran de forma sensiblemente cilíndrica, con una depresión a la parte media que los hacía muy manejables y les prestaba cierta esbeltez; su decoración, de esmalte azul comenzaba por la base con una tarjeta que contenía el nombre de la sustancia; sobre ésta un sello circular del monasterio y encima, llenando toda la parte anterior, el escudo de la casa, formado por dos cuarteles con un castillo y un león rampante, sosteniendo un báculo episcopal; encuadraban estos cuarteles en una graciosa ménsula, rematada por una corona condal, y sobre ésta dominaba un gran sombrero de obispo, de cuyos lados pendían sendos cordones tejidos con tres órdenes de borlas, que suman seis a cada lado: de todo lo cual deduzco, a pesar de mi nesciencia heráldica, que andan por medio el recuerdo de D. Juan I de Castilla y el copete eclesiástico del verdadero amo de la casa, todo un señor Abad mitrado, con jurisdicción exenta, que se las entendía directamente con Roma.

Los jarrones o tinajas eran y son, puesto que algunos excitan todavía la codicia de los anticuarios piezas de efectivo valor cerámico por su tamaño; grueso y compacto el bizcocho; terso, fuerte y muy blanco el vidriado, con muy escasas porosidades; la cabida de dos cántaros próximamente y la forma de ánfora con dos asas que, arrancando de la parte media del cuello, caen con ligera oblicuidad hasta terminar, a la línea del mayor diámetro, en dos toscas cariátides o mascarones; entre las asas y el reborde de la boca rodea el cuello un filete azul y debajo de éste, en ambos lados, se lee el nombre del monasterio; a uno y otro se ostenta, ocupando todo el cuerpo, un gran escudo de Castilla, cuyos cuatro cuarteles encajan en una cartela amensulada, a cuyos remates superiores dos elegantes lazos sujetan los extremos de un toisón, que sirve de greca al escudo; todo él rematado por una gran corona imperial, que bien pudiera ser la del nieto de Isabel primera, según induzco de mis escarceos heráldicos.

Junto a la riqueza de estas colecciones el material de vidrio perdía ya mucho en valor y mérito: las redomas grandes, lo mismo que las cordialeras, con o sin peana, eran de vidrio bastante sucio, deformes, poco resistentes, mal sopladas y aunque la base presentaba bastante superficie su misma anchura ocasionaba roturas frecuentes, riesgo aumentado en su manejo por la estrechez del cono, que se truncaba en la boca con un reborde bastante feo, disimulado por un guarda polvo de lata. Todos estos defectos trataron de atenuarse con un decorado costoso, que en las redomas de buen tamaño se reducía a la tarjeta del rótulo y el escudo de la comunidad, pintados sobre el vidrio a tres colores con toques de oro, empleando sin duda, una pasta muy secante, protegida por un barniz tan resistente como terso que, pudieran envidiar muchas modernas industrias; mas, ni aún así, lograban que el utensilio resultase bello o al menos cómodo, duradero y aseado.

Ahorremos muchos detalles de este mobiliario y terminemos ya con la botica, mencionando otros igualmente característicos.

Entre ellos lo era muy principal, la mesa de nogal, magnífico tablón de una pieza con sus cuatro patas talladas y su herraje cruzado al gusto del renacimiento. Campeaban sobre ella dos pesos, arreglados, el mayor, para onzas y el pequeño, de tres fieles, para granos,

ambos de plata, como también lo era el juego de medidas, embudo y espátulas, conservadas estas en agua dentro de una jofaina del mismo metal; el tintero de bronce, tamaño colosal, con media docena de plumas, siempre sucias, pero muy pocas veces bien cortadas. Ejemplares mineralógicos deformados por el roce y algunas losillas de mármol servían para sujetar papeles y completaban el menaje de aquel mueble, cuya tabla estaba perforada en dos puntos por dos orificios, a guisa de cepillo de ánimas, sobre dos cajones, cuya llave guardaba el maestro boticario. Notas importantes: no se veía en este departamento el clásico ojo y su lugar, entre las dos cordialeras sobre la entrada de la rebotica, estaba ocupado por una hornacina con dos lámparas de metal que alumbraban constantemente a un Santo Cristo de regular talla y cuya cruz, algo corta, estaba sostenida por una gran peana de tres gradillas; cada una de éstas consistía en un cajón, que se enchufaba en el inferior inmediato, dividido en nichos; servían éstos para guardar las doce piedras preciosas, algunas de las menores y otras no tan auténticas, más ó menos preparadas. Del artesonado pendían otras dos lámparas de cristal, en forma de campana, que desempeñaban sus funciones durante la noche, auxiliadas por un enorme velón de cuatro mecheros y verde pantalla.

V

La Rebotica, espaciosa y de buenas luces, se destinaba de preferencia al despacho; era de pino, sin arquitrabe clásico, ni basas áticas, ni capiteles corintios y estaba casi completamente cubierta de cajonería, colección de varios tamaños y numerosísima, ordenadamente dispuesta sobre asnillas simétricas y apilastradas que, sin llegar al techo, sustentaba ancha cornisa coronada por una serie de orzas de igual clase y decorado que los botes. Los cajones, más de cuatrocientos, cada uno con su rótulo y su número de orden, no podrían servirnos de modelo; pues ni el fondo estaba amachambrado, ni la tapa entraba a corredera; pero la tabla del frente ostentaba, en cambio, un dibujo rafaelesco a cuatro colores, con muy buenos tonos, barnizado con mucha delicadeza y revelando en su ejecución manos expertas que, si no fueron las de algún fraile, debieron hacerse pagar en buen dinero contante.

Y como no hemos de mencionar otras pequeñeces, apartaremos la nariz de las taquillas unguentarias, para evitarnos cierto tufillo de mohosa rancidez, *pharmacodes* [sic], que decían los latinos, capaz de entretener un año a todo el laboratorio de Mr. Pasteur; y no han de chocarnos tampoco la panoplia farmacéutica o escudón de las espátulas, ni los pesos y las medidas de dorado metal. Y esto era lo más importante, y no era poco, en aquella dependencia, que por una puerta lateral comunicaba con los patios y laboratorios y por la otra, simétrica, con el gabinete del boticario mayor.

Está abierta la mampara y podemos curiosearle, aunque tampoco contiene cosa extraordinaria; mesa de escribir con muchos papeles y varios cuadernos de cuentas; a su cabecera, gran librería alambrada, con más pergamino que pasta; a su frente, un armario de secretos, lujosamente decorado de artístico herraje y profusas incrustaciones, destinado a guardar, entre otras cosas, el legítimo ojo y la Pandora de los venenos; en uno de los ángulos, alto reloj de pesas, muy posterior a la botica y cuya caja remataba en una pequeña escultura representando al fundador de Monte-Casino; aquí y allá, grandes alambres más o menos ensartados de recetas, según la época del año; junto á la gran ventana, una tabla de ca-

racteres y signos químicos de verdadera escritura jeroglífica, a modo de alfabeto egipcio, entre hierático y monumental, y al rededor, los consabidos sillones de baqueta con unos clavos ennegrecidos por el tiempo y otros brillantados por el frote.

VI

Tales son los contornos principales de la botica que he procurado restaurar con vista de algunos datos auténticos y consultando, en lo posible, la tradición y la historia. Si algún crítico se me ríe y se le antoja que he dibujado un Mastodonte, he de anticiparme a sus observaciones, advirtiéndole que me refiero al florecimiento y apogeo de nuestra polifarmacia; a la mitad primera del siglo XVIII, cuando Teofrasto, Plinio, Dioscórides y Mesué, eran aún los Santos Padres de la Farmacología y sus comentaristas se atrevían apenas a contradecirlos rara vez, si no era que otras muchas sobrecargaban sus libros con notas sutiles y escolásticas, atiborrando la materia médica de disparates, que aceptaban después todos los prácticos como ortodoxia corriente; produciéndose aquella mezcla de lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo, los humores, las propiedades ocultas, las firmas, y hasta la Cábala: empirismo hoy inconcebible, aun para los hombres menos ilustrados; pero que había de imponerse hasta acertar con el verdadero sentido experimental.

Tengo a la vista un libro de un doctor portugués [Curvo Semedo], traducido en serio por los años de 1730, y entre sus mil peregrinas recetas pudiera anotar muchas como la del número 66, que recomienda por excelente remedio contra la disentería, el polvo de los pies bermejados de la perdiz, en cantidad de un adarme.

Consulte el incrédulo una autoridad nada sospechosa, la de D. Félix Palacios, y en su *Palestra* verá: que de *Animalia integra usualis*, se pulverizaban abejas, sapos, cigarras, cangrejos, lombrices y escarabajos; que se aplicaban recientes a se conservaban cubiertas de un poco de bálsamo, partes carnosas, alguna de las cuales nada tenía de tal; entre los huesos, especies farmacológicas tan útiles y óseas como las *zapatillas* de liebre y puerco, *Talus leporis et porci*; entre las membranas, junto a las bolsas del castor, el jabalí y el pollo, los intestinos de lobo y zorro y los príapos de toro y ciervo; gorduras, enjundias, mantecas, sebos, sangres y estiércoles, desde los de hombre hasta el *muliebris menstrus*. Cándidamente destilaban las aguas fontana, *putealis*, *fluviatibus*, *glacii*, *lacustris*, *pluvia nivea*, *torntualis* y *maialis*; pero el médico las prescribía con pluma de ganso más o menos gruesa y el boticario soportaba las molestias de la obtención con obediencia digna de mejor empleo, porque creía de igual buena fé en las misteriosas propiedades de cada una de ellas.

La Cabala, representada por los números 4 y 5, figuraba con sus cuatro semillas frías y calientes, mayores y menores, cuatro aguas pleuríticas y cuatro cordiales, cuatro ungüentos fríos y cuatro calientes, cinco mirobálanos, cinco yerbas emolientes, diez raíces aperitivas grandes y chicas, etc., cuya suma de energías había de producir, infaliblemente, una resultante fija de fuerza medicatriz.

Reflexionando sobre esto y pensando que á tan enorme catálogo de preparaciones oficinales correspondía necesariamente, otro igualmente enorme de primeras materias, no puede extrañarnos que, para instalar y conservar una botica completa y hasta lujosa en aquellos tiempos, nuestros benedictinos se vieran precisados a grandes desembolsos que, sufridos

cómodamente por el repleto tesoro comunal, al cabo de dos generaciones hicieron de la botica el más aproximado remedo del Arca de Noé.

A la sazón que estamos historiando, todavía el Real Colegio de Boticarios de Madrid no había conseguido la cédula de los regentes laicos para las boticas conventuales, y el director de ésta sucursal *post-diluviana*, aunque no precisamente un patriarca, era todo un reverendo benedictino que se vestía la negra cogulla diariamente a la del alba, para celebrar la misa en el altar de San Ildefonso, su patrono. Cumplido este deber primero, volvía a la celda, hacía su matinal refacción, despachaba en junto algunos rezos imprescindibles y, exento como estaba del coro y otras ocupaciones monásticas, terminaba con esto el sacerdote y comenzaba a officiar el boticario, bajando a la botica y dándose, de primera intención, un paseo por todas las dependencias, para inspeccionar la limpieza y ver de cerca las operaciones pendientes. Hecho esto, se arrellanaba [sic] cómodamente en el sillón de su cuarto y, acto seguido, celebraba Capítulo con tres hermanos practicantes, todos en vistas de boticarear [sic] ante los reales examinadores. Realmente, eran ellos los que levantaban el peso de la oficina, cuyo trabajo llevaban con bastante orden, pues el más joven vigilaba la reposición y dirigía el despacho de recetas, el otro estaba encargado de la cocina o laboratorio galénico y el tercero, de más categoría, se las entendía con los preparados químicos.

De buen grado me pasaría yo un año entero en compañía tan grata, para seguir, día por día, de solsticio a equinoccio [sic] y de equinoccio a solsticio, todo un curso solar de aquella práctica y estudiarla bajo el triple aspecto científico, económico y social; pero no es lícito abandonar tanto tiempo nuestra botica y, desobedeciendo las ordenanzas, pudiéramos además malograr el negocio de Scott, Gerandel y sus peregrinas traducciones. Nos limitaremos, pues, a una visita de minucioso turista y para enterarnos de lo que en el conclave se trata, nos despediremos de los personajes [sic] que le están celebrando después que terminen, siquiera esta espera haya de acortarle y nuestra presencia provoque ciertas reservas, que estamos en el caso de respetar, como personas bien educadas.

VII

Corría la primavera y la epacta de aquella sacristía rezaba extractos de zumos y algunas aguas destiladas de las trescientas registradas en el catálogo, entre simples y compuestas. Se habló apenas de ellas, pues venían obteniéndose con normalidad y funcionaban sin tropiezo las prensas, las calderas de desflemación, [sic] los baños evaporatorios y los grandes alambiques de cobre. El jefe sólo se permitió preguntar si estaba ya montado el aparato para el agua teriacal y tranquilizado que fue respecto al lodo de las juntas, interpelló al más joven con un «diga hermano,» y éste dio comienzo a su negociado con la relación siguiente, después de leer una lista de reposiciones que desde luego fue aprobada. — Quedan, dijo, solas dos libras del *sperma ceti*, con fecha de tres años, color amarillento y olor bastante rancio. El peluquero del Real Acuerdo llevó ayer un tarro de su pomada y habrá que comprar muy pronto algalia. Del bezoárdico animal restan sólo unas cuatro onzas. El cardamomo menor va a concluirse, y creo que hemos estado despachando del mayor, pues el cirujano de los Basilio pasó ayer un recado quejándose del *quid pro quo* y parece que tiene razón. Disminuye considerablemente la corteza de los Jesuitas y el polvo [de quina] es cada día más pedido. Se venden muchísimas peras marciales. Son

muchas las que solicitan la piedra del águila para el parto; pero á veces no la devuelven; y debo advertir también que aumenta considerablemente el consumo de las piedras alexitérica y cordial, pedidas sin receta.

Deliberaron brevemente los cuatro celebrantes y el maestro boticario resumió la discusión con los acuerdos siguientes: Que se pediría a Vizcaya la esperma de ballena, en menor cantidad, para consumirla antes de que se enrancie. Que lo del cardamomo se arreglaría, escogiéndole en lo sucesivo con las vainillas triangulares que le diferencian de la malaqueta. Que para el bezoárdico animal se encargaran víboras a los hermanos del Abrojo, pues las del soto habían de reservarse para los caldos que tan frecuentemente recetaba el Dr. Ortega [José Ortega boticario de Madrid], y que se consultaría con el Superior la conveniencia de pedir directamente una gran partida de cortezas a la Factoría de la Quina, en cuyo caso se aprovecharía la ocasión para hacer venir la algalia y otras producciones de aquellas Indias, dadas a conocer en el libro del padre Acosta [Cristóbal de Acosta]

Los últimos extremos de la consulta fueron discutidos más teológicamente y se resolvieron en los siguientes cánones:

Primero: Que es de toda conveniencia fomentar el uso de las peras marciales, por estar probada su eficacia en las doncellas, cuya complexión sanguínea fortifica y tempera, limpiándolas de la pituita que las torna endebles para la crianza de los hijos, cuando llegan a ser madres; pero que no exceda el precio de medio real de vellón las chicas y uno las grandes.

Segundo: Que por caso de conciencia, no puede negarse a las mujeres la piedra del águila en el trance del parto; pero se las había de advertir que, estando tocadas á la capucha de San Ramón y bendecidas por el Abad, pierden para lo sucesivo su eficacia en quien las retuviese de mala fe: otro sí, que no se exija retribución alguna por este servicio de caridad, y si entregaren como ofrenda de gratitud, alguna limosna, se deposite en el cepillo de la santa Inclusa, pena de excomunió al que otro hiciere. Tercero: Que la mayor venta de las piedras cordial y alexitérica[sic] obedecía a la circunstancia de estar cerrada la botica de la extinguida Compañía de Jesús [expulsión de Carlos III de 1767], que de antiguo explotaba este remedio inventado por el P. Gaspar Antón, boticario en su Colegio de Goa; y que, reconocida la prudencia de aquellos virtuosos y prudentísimos varones, era lícita su venta, cuidando de hacerla sin receta, sólo alas personas de probada discreción que conocían prácticamente su eficacia para purificar la sangre por sudor o traspiración insensibles, absorbiendo los ácidos y otros humores y corroborando las partes nobles.

VIII

Deliberado así todo lo propuesto por Fr. Dieguito, el hermano recetista, llegó el turno a Fr. Nicesio de Villalbarba, galénico eximio que, por su fama merecida, bien pudiera dar quince y raya al mismo Savarin en los tiempos modernos y hasta servir en una misma noche cuatro cenas distintas a las orgías gastronómicas del Imperio Romano. Como estaba en muy buen predicamento con el Superior, pasaron por alto más de una docena de tisanas, infusiones, bordeados y decoctos que, aun siendo extemporáneos, se reponían al por mayor en las ánforas de la botica, por ser bebidas de pasto en las enfermerías y muy usadas también en la clínica particular. Igual reposición se hacía de algunos otros preparados del mismo grupo, que se recetaban por azumbres al cabo del día en épocas determinadas,

según la constitución médica reinante, como ahora se dice. De estos, discutiose aquel día un cocimiento pectoral, con motivo de haber manifestado la demandadera de Belén que las monjas echaban de menos el sabor del hisopo y, como tenían razón, opinó Villalbarba que podría complacérselas, agregando al decocto un *pugilum* de aquella labiada; mas el P. Maestro ordenó que se hiciera en regla preparando íntegro el cocimiento pectoral de Palacios, sin suprimir las raíces de altea y sínfito, ni las hojas de tusilago y escabiosa. Se acordó igualmente que, siempre y cuando el médico no designare formulario especial para el cocimiento febrífugo, se estuviere al de la Palestra [*Palestra* obra de Félix Palacios del siglo XVIII], con su adición de cochinilla y bálsamo rubro *ad médium coctónis*, y de la nuez y el *syrupus garyophylorum* al mixto de uno y otro colaturo [colutorio?]. Como incidente curioso recordaremos que, al intentar una apócema béquica de solo veintitrés componentes, fue necesario sustituir la semilla de zanahoria a la del dauco crético que se había agotado por completo, sin previa advertencia del hermano Dieguito, lo cual le valió una suave amonestación.

Por lo demás, bien se demostraba en la conferencia el buen concepto que el practicante Nicesio merecía a su jefe, pues éste pasaba por todas sus proposiciones, formulando sólo las preguntas necesarias para estar al tanto de los trabajos.

En jarabes p. e. se enteró de que, clarificada una partida de azúcar a punto de tableta y obtenido el zumo del erísimo [sic], podía ya obtenerse este jarabe compuesto y que se agregaría la miel en el periodo de la operación. Conformó igualmente en la preferencia que para él de achicorias compuesto debía otorgarse a la fórmula matritense [Farmacopea] sobre la de Nicolás florentino, por constar aquella de solos trece componentes.

La gran confección de jacintos, el orvietano, las tres Hieras, el Mitridato y las triacas terrestre y celeste, preocupaban largas temporadas a nuestros preparadores; mas, por fortuna, aquel día no lo era de electuarios ni de polvos compuestos y sólo en una ligera incidencia se hizo alusión a la reforma de Daquin para modificar la de Andrómaco.

Se enteró el jefe de que el Aceite de Aparicio [inventado en el siglo XVI] había entrado en el día treinta y cuatro de su preparación y que estaba a punto de terminarse el *Baculum paralticorum* y el emplasto *Guillelmi servitoris*.

Preguntó a cómo andaban de conserva de rosas y respondió que se completarían pronto las dos arrobas y darían de mano a la Espagírica, que por cierto aquel año quedaba primorosa, pues además de sus trece factores y dos excipientes, llevaba el aceite de azufre por campana, lo cual hizo sonreír de satisfacción al mayor de los tres hermanos.

Al llegar aquí nuestro pucherólogo [sic], venciendo su gran repugnancia, declaró que la preparación de golondrinas con sus pollos había mermado considerablemente; mas, por deber de obediencia, hubo de resignarse a tan bárbara operación, pues el superior, aun sintiendo violentarle, no se atrevió a prescindir de ella. Se mencionaron las tinturas de Sol, Luna, Marte, Saturno y Antimonio, conviniendo en que correspondían al químico; quedó acordada la obtención del elixir de larga vida y se anotó el Magisterio de perejil [sic].

Para fortificar la cabeza venían usándose, por sus partes espirituosas, los frontales, cuya disposición permitía al medicamento penetrar los poros del cráneo, rarefaciendo la pituita acre y dando más libertad a los espíritus vitales para que circularan; mas era entonces el caso que, no contentos los noveleros de antaño con tan prodigiosos refinamientos, quisieron generalizar el tópico a toda la cabeza y disponían y aplicaban el polvo medicinal

en unas fundas, a modo de gorros, que recibieron el nombre de Cucufas y se aconsejaban hasta en los casos de epilepsia, perlesía, apoplejía y marasmo. Pues bien, en esto de las Cucufas de tal modo se atolló la habilidad del buen Villalbarba que, en aquella conferencia, después de haberlo pensado toda la noche antecedente, se decidió a una confesión humilde, y así en efecto lo hizo, declarando, entre aruboroso [sic] y compungido, que daba por fracasados todos sus ensayos, pues, últimamente, tomando las medidas a un San Bruno de Berruguete, arrinconado en la trastera de la sacristía, cuando se figuraba haber resuelto el problema se encontraba con un zurrón que más parecía la talega de un chico, abolsada por todas partes.

Celebró el suceso el padre boticario con una franca risotada y recobrando pronto su gravedad tranquila consoló al fracasado, diciéndole dulcemente: «no se apure, hermano, todo consiste en que a ni V M ni yo hemos hecho profesión de sastres; acuda a los encargados de la ropería y le sacarán del aprieto; pero deje en paz a San Bruno, no se aperciba .el P. penitenciario, que es bastante místico y mira con recelo á los de la botica.»

Puestas ya al otro lado las Cucufas y aligerado así de su preocupación, pudo el hermano Nicesio cerrar la consulta con varios temas de carácter propiamente contencioso e interesantísimos para el erario de la Comunidad y el prestigio de aquel obrador, a quienes tanto amaba. Trátase, dijo, de que el Jarabe de Zarza o de Nuestra Señora de los Remedios y el *Vinum sanctum, seu antivenereum* son cada día más solicitados sin receta. Los piden no solo los indios recién venidos de América, sino también muchos señores de la nobleza y de la curia, militares, gentes de mundo y hasta regulares y seculares, todos prescindiendo del médico y acudiendo directamente al boticario. Es mayor aún, continuó diciendo, el consumo del anticuartanario inventado por vuestra paternidad, tanto que ya le llaman el Vino amargo de San Benito y, sin contar con que diariamente se despachan de quince a veinte botellines para la ciudad y sus anejos, van aumentando la calidad y el número de los pedidos hasta el punto de que, ayer mismo, el Prior de San Pablo pidió dos para remitirlos al Señor Duque de Medinaceli su patrono, y el administrador de los estados de Benavente se llevó veinte para regalarlos a nombre de su amo él de Osuna.

Pero es el caso, terminó diciendo, que el boticario de la Costanilla, su amigote el Cirujano Pecheras y otros envidiosos, andan por ahí propalando todo género de hablillas y hasta amenazan con denunciarnos al Proto-Medicato.

Sonrió con malicioso orgullo el fraile principal y sin dejar tiempo a ninguno para manifestar su opinión, falló de plano el litigio con el siguiente pronunciamiento. «No se aturdan, hermanos, y dejen que esos mentecatos ladren a la luna. Cuanto al jarabe y al vino santo, sobre no ser nuestra la fórmula y no ofrecer peligro alguno su eficaz empleo, harto sabe el Proto-Medicato que buena parte de sus utilidades van, como donativo, al hospital de San Juan de Dios de la Corte. Y respecto a mi anticuartanario si, por intercesión de nuestro glorioso Patriarca, Dios es servido de conceder alivio á los enfermos y alguna utilidad a esta santa casa, todas las envidias servirán sólo para aumentar las virtudes saludables de la receta que, en buena hora, me fue inspirada, para el servicio de nuestros prógimos,[sic] a pesar de ser mayores mis pecados que mis merecimientos. Adelante, pues, mis amados hermanos, trabajemos todos en la viña del Señor, para que no se malogre su divina protección y el tesoro comunal vaya resarcido los enormes gastos de la botica; pues bien sabéis que el padre contador y otros la tienen por poco productiva.» A sentencia

tan conmovedora no cabía réplica y los tres subordinados la aplaudieron fervorosamente, besando la mano izquierda del Superior, que los bendijo con la derecha, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. «*Becheriana sunt quos profero*» había dicho Stahl cuando declinaba el primer tercio del siglo y, más de mediado ya, no podían decir lo mismo los espagíricos de nuestra botica, pues no se habían afiliado a ninguna escuela, si tal podían llamarse las teorías que se exponían en los libros o se debatían en las Academias. Su Laboratorio demostraba, en verdad, que no eran, ni mucho menos, de aquellos empedernidos Mesueístas para quienes todo el arte se reducía a cocer, lavar, mezclar o triturar; no en verdad, amaban el progreso relativo de las formas dentro del arte, pero limitaban a esto sus aspiraciones, sin pasar de la categoría de hombres prácticos.

El padre Boticario, de edad proveya y juicio maduro, era lo que se llamaba un buen latino; entendía algo de letras griegas y hasta traducía un poquito el francés; mostraba gran preferencia por las Instituciones botánicas de Tournefort, novedad botánica de entonces y, al visitarle nosotros, traía entre manos las lecciones o curso de Boerhaave, y varios de sus opúsculos. En su librería se encontraban con las, obras clásicas de entonces, entre las farmacopeas de Scrodero, Witembergica, Bateana, Gesar-Augustana, Fuller y Loches, la Biblioteca de Manget, las obras de Lemery, la Matritense y todas las ediciones publicadas hasta la fecha de la Palestra químico-galénica de Palacios, que debió ser el Dorvault de nuestros bisabuelos. Algo había leído del flogisto; pero, aunque tenía momentos sagaces, se devanaba los sesos para concertar esta teoría con ciertas experiencias de Mayow, Juan Rey [John Ray] y Roberto Boyle, que habían llegado a su noticia y, no consiguiendo ver claro en el asunto, vivió sin meterse en honduras, ni soltar la camisa peripatética que le vistieron en su juventud y murió profesando la doctrina del espíritu universal y de los principios comunes. Después de todo, lo que a él le interesaba era que la botica de su dirección no tuviese que envidiar a ninguna por lo esmerada y completa, y hemos de reconocer que lo lograba, gracias a su buen sentido y a la actividad de sus auxiliares, entre los cuales principalmente destacaba Fr. Pedro de Carrión, encargado del Laboratorio químico.

Leía éste todos aquellos libros y alguno más que por fuera buscaba, bajo la dirección de su inmediato superior y maestro, si estimulado por el deseo de *boticariar* [sic] pronto y halagado acaso la esperanza de suceder al Jefe cuando Dios fuere servido, pudieran decirlo las frecuentes polémicas, probando *ad hominem* que no se puede ser médico verdadero ni consumado filósofo ignorando la química; mas, a pesar de ellas, reconocemos que la providencia no le había escogido para destronar a Sthal, ni tomar la delantera a Lavoissier[sic], y que, de compararle con algún sabio, sólo podría protestar nuestro cariño algunas analogías Schellinas.

Porque, en efecto, a pesar de su natural modestia, era el bueno de Carrión todo un hombre de laboratorio. Razón clara y juicio frío, aunque algo tardo; observador incansable que desmenuzaba el detalle para archivarle a perpetuidad en una memoria y avara; más dado a la realidad tangible que a la abstracción psicológica, un fenómeno bien repetido le parecía siempre más bello que el más aplaudido discurso; y si llega a nacer cien años después se alista, con seguridad, en las filas del determinismo. Agreguen ustedes a estas cualidades la pasión del trabajo y una soltura e ingeniosidad de manos inagotables y díganme si aquel frailezucos, que apenas se llamaba Pedro, no resultaba uno de tantos españoles fracasados por obra y gracia de lo que yo me sé y ustedes sospechan.

En el convento nadie le envidiaba y, aunque los majaderos le burlaban de nigromante y los fanáticos le recelaban de hereje, le respetaban los discretos y los superiores le distinguían en todo; pues su carácter amalgamaba además con la sumisión del novicio las candideces del niño; y él utilizaba tales complacencias en satisfacer antojos de experimentación como extraer, p. e. el fósforo de la orina o destilar el *spiritus frumenti* y el de otras farináceas.

No era de estrañar [sic] que el maestro le dispensase ciega e ilimitada confianza, prescindiendo más cada día de los trabajos químicos; podía hacerlo, lo repetimos, porque Fray Pedro nada tenía que envidiar en la práctica a los más expertos.

Era una notabilidad en arquitectura de aparatos, lodos, fuegos y menstros. Cristalizaba con primor el vitriolo de Luna y, como se sabía al dedillo todas las sales fósiles, vegetales y animales, fijas o esenciales, la emprendía lo mismo con la serie del tártaro, que se las entendía con el nitro fijo ó alcalino y con el dragón m mitigado *nitrum nitratum*; y cuando llegaba el turno, aun sin en sus arcanos, para que hubiera de todo, daba tras de las de coral, ojos de cangrejo, margaritas, madre de perlas, esmeraldas etc. y, sonriendo, sin la menor impaciencia, repetía los ataques por el vinagre, decantaba, filtraba, concentraba, separaba cristales y volvía á comenzar tranquilamente.

De la trementina sacaba los tres aceites claro, flavo y rubio y, manejando el calor con gran tino, prescindía valientemente de los intermedios, puesto que la trementina en sí no los necesitaba, por estar sus aceites muy desunidos. En la destilación del *Oleum philosophorum* prefería a los ladrillos la ceniza de encina, como más seca y cargada de partículas salino-alcalinas que absorbían y destruían las ácidas del aceite. Los espíritus de alumbre, nitro, sal común y amoniaco, dulces o crudos, fijos o volátiles, los aceites de vitriolo fijos; volátiles y dulces, el de azufre, el agua fuerte y las regías, común y destilada, los obtenía rematando una por una toda la serie engorrosa y prolija de operaciones que anteceden a la destilación y purificación de los ácidos minerales y sus compuestos etéricos, hoy tan simplificada.

En espíritus ardientes, atreviéndose con los de cereales, dicho se está que conocía prácticamente desde el de vino hasta el de cerezas y a veces los refinaba con ingredientes tan exquisitos, que el Kumen, Kirsch, Ajenjo o Bitterde nuestras aristocráticas cantinas americanas quedarían tamañitos ante los primores licorísticos que de aquellas alquitarras y aquellas mangas salían, algunas veces, para regalos y solemnidades; y el mismo benedictino, tan profusamente anunciado en la actualidad por los hermanos de nuestro cofrade, perdería la medalla si éste se la disputara con sus ratañas en la Exposición actual de Barcelona. No hablemos de régulos, vidrios, hígados, azafranes, dealbaciones, sublimados, fritas y deflagraciones, que parecía haberlos aprendido atizando los hornos del más contumaz alquimista.

Demos, pues, por terminado el examen de esta sección, persuadidos de que Fr. Pedro ejercía de químico con jurisdicción casi exenta, otorgada y respetada por el superior, quien se entregaba en absoluto á su demostrada pericia, ahorrándose el trabajo penoso de seguir, a sus años, las incesantes novedades del arte, que iba trasformándose en ciencia y estaba cada día más amagado de una revolución.

Abandonemos, pues, aquel gabinete y, al despedirnos de los compañeros, antes de trasponer la cancela, procuremos curiosar algo pertinente a la botica y su despacho ó dispensaciones.

X

Al efecto y para evitar preguntas indiscretas recuerden ustedes la semblanza del Boticario hecha por Antonio Flores en «Los Españoles pintados por si mismos » y en aquel epigrama ligero, intencionado y chispeante., disparado a quemarropa sobre los practicones por el ex-colegial de San Fernando, con todo el humorismo clásico de pluma tan acreditada en la república literaria, algo habrá que pueda servirnos para conocer la vida íntima de una botica *in diebus illis* ; pues aunque los tales días son muy anteriores a los del articulista, y nuestra botica tiene otro ver, teje más fino y ninguno de nuestros farmacópolas [=boticarios] se llama Matías, ni es a cien leguas pariente de los Hernández Silverio de Lanuza, ni aprendió el latín con el dómine de Pioz, al cabo todas las boticas se parecen y, sin más diferencias que las de lugar y tiempo, *mutatis mutandis*, nuestras relaciones con el vulgo serán siempre de la misma índole.

Somos para tan poderoso amo tenderos sabios y en nuestra tienda ha de haber todo lo que en las demás falte, principalmente si se roza con las ciencias ocultas, la medicina, la higiene o las industrias domésticas. Desde la impenitente setentona que suspira por el azul Cristina de sus remotos Abriles, hasta el joven antiguo del Seminario de nobles, acuden todavía a la botica para defender su personalidad fisiológica y su apatinada escultura de las crueles relegaciones del tiempo. Si aparece en la despensa un rebujen entre cuyos pliegues innúmeros se reúnen hasta noventa centigramos de un polvo gris, amorfo e inodoro, la hacendosa doña Mónica os le enviará sobre la marcha, para que la digáis improvisadamente cual sea la composición de aquel polvo y para qué sirve. Traumatismos, accidentes y toda suerte de achaques crónicos, ojos y dedos malos, los sabañones de los niños y hasta los juanetes de la abuelita, todo esto y más desfilará por vuestra clínica, ya como caso fortuito, bien como recurso extremo, teniendo en cuenta que, a veces, sabemos más que los médicos, según el inocente vulgo, para quien somos casi siempre más baratos.

Casi al mismo tiempo de otorgaros esta distinción, os remitirán algún vaso roto en siete cachos, para que, uniéndolos, restauréis aquel ídolo grabado que dice, «Nicanora a su esposo »; os buscará el cacique para la química honda de su bodega y no faltará cliente que os comprometa a prepararle la horchata para la sopa de almendra.

Y si esto ocurre todavía en las grandes ciudades, vulgarizados como están los conocimientos tecnológicos y distribuidos en mil diferentes industrias que explotan la necesidad y solicitan la consulta con disimulado interés, ¿qué sucedería á nuestro abuelo sin esta concurrencia de la moderna cultura, sin anuncios ni reclamos, sin intrusos consentidos ni Cresos envalentonados que les disputasen tan enfadosa popularidad?

Seguramente, en nuestra botica eclesiástica de hace un siglo, el cuarteo matinal, la sección de engorros y la clínica de a ochavo, debían absorber muy buena parte del tiempo, con enorme desproporción entre las molestias y el lucro, dando lugar a todo género de cómicas escenas y chascarrillos risibles, que yo no tengo gracia para relatar.

Apliquen ustedes los diálogos de ventanillo apuntados por Antonio Flores; interpreten las prescripciones de Sor María de la Transfiguración; analicen la conserva del cura de Tembleque; piensen en el inagotable recetario de aficionados y romancistas, que D. Matías traducía libremente al farmacéutico y, multiplicando por mil cada uno de estos incidentes de la vida práctica, tendrán el número aproximado de los que allí ocurrían, casi todos

soportados por el hermano Dieguito, los más incontinenti olvidados y agradecidos los menos con tal cual regalillo de Pascuas o el día del Santo.

Paulo majora canamus y, dejando la práctica pedestre, ocupémonos del verdadero ejercicio profesional o sea de la dispensación de medicamentos proscriptos y despachados *secundum artem, naxus* [=nexus] en que se hermanan las dos *propter salatem* con *similium nostrorum*. Los auxiliares y practicantes legos que atienden al despacho suelto o cuarteo, reciben por la cancela o por la reja las ordenanzas facultativas (estilo moderno) y las recetas y recetarios de comunidades y particulares, que constituyen la saneada clientela de la casa; pasan todos por la inspección del recetista, que se entera con detenimiento, los registra, marca el tiempo de su ejecución y los entrega al practicante disponible; éste los prepara con o sin consulta, según su erudición farmacotécnica o el grado de sencillez de la fórmula y, previo un nuevo examen, pasa al mostrador para esperar allí la llegada de mandadero o criado.

XI

Qué recetas eran estas vamos a verlo auténticamente, puesto que poseemos un recetario correspondiente al bienio de 1760 al 62, en cuyas 200 páginas se cuentan hasta mil prescripciones, magistrales casi todas, aunque es rara la que no contiene entre sus componentes uno o más preparados oficinales. Firmadas algunas con los apellidos Sanz o Vega, la casi totalidad están suscritas por el Doctor D. Norberto Diez y el Cirujano D. Pedro Jiménez.

Los practicantes Francisco García Baamonde y Hermenegildo González, aunque escribían cirugía con z, y j, gastaban para diario una redondilla bastante clara y como el latín es genuinamente boticario, gracias a estas dos circunstancias, podremos traducirlas de corrido, a pesar de nuestra nesciencia paleográfica y de conocer la gramática de Cicerón casi tan mal como nuestros jóvenes compañeros.

He aquí pues un *Specimen* que entresacamos al azar, haciendo gracia al profano de tan molesta lectura, si le enoja, como es muy fácil, su enrevesada jerga.

R: Fram, agrim, pimpiell, ad qd suf; fiat decot ad u@j; colatur add, salis tart dracmam et semis; syrup de cichor composit cum rhev, unciam et semis; me. Suspenso el que tropiece en su lectura.

R: polvos de raíz de jalapa y mercurio dulce, áá 1 escrúpulo; diagridio y crémor tártaro, áá 1 grano; me y perdónese la i n compatibilidad.

R: Cocto de cardo benedicto y hojas de borraja, 2 lb; cuélese y añádase, sangre de macho cabrío, mandíbula del pez lucio y antimonio diaforético, áá 2 escrúpulos; nitro depurado, media dracma; me.

R: masa pilular tartarizada de Boncio, 3 dracmas; divídase en 3 papeles (sic.)

R: suero de cabra destilado, libra y media; jbe. de achicorias con ruibarbo, 2 onzas; me.

R: polvo antieótico de Poterio, nitro purificado y diamargariton frío,-áá. media dracma; aguas de berdolaga y buglosa, áá. 8 onzas; tintura anthistérica, media dracma; me.

R: Coto de sen y de epítimo, 3 onzas; diatart y piedra Castell, media onza; jarabe de rosas solutivo, una onza; me.

R: Ct° pectoral @j; esperma de ballena y sangre de macho cabrio pp: áá. media dracma; elixir estomacal, una dracma; oximiel simple, 2 onzas; me.

R: escamonea y trociscos de Alhandal, áá., medio escrúpulo; sal gemma, 1 dracma; miel, c. s. para un supositorio.

R; polvo de quina selecta, 2 onzas; tarto vitriolado y sal de centaura menor, áá. 1 dracma, me y div. en 15 pap. Ig^a.

R: emplastos de pele, Guillen Gervén y confortativo de Vigo, lo que baste; extiéndase en baldés de la magnitud de esta llana (la del recetario), dejándole los bordes según arte.

R: masa pilular antitartárea B. y amonachalcio de Quercetano, áá. una dracma; diagridio sulfurado, granos x; h., con jarabe de ajenos, píldoras plateadas (olvidado el número).

R: unguento antipleurítico, 2 onzas; aceite de manzanilla y almendras dulces, áá. una onza; esperma de ballena y espíritu de vino áá. una dracma; me.

R: emplastar de malvavisco u@j; unguento basilicón, media onza; me.

R: Cataplasma supurante de Vidor u@lij. It. Emulsión de las simientes frías mayores u@j.

Pudiéramos entresacar muchas más en las que figuran, p. e. las confecciones de alquermes y jacintos, la momia y el cráneo humanos, el elíxir de propiedad de Paracelso, los bezoárdicos todos, el emplasto *manus Dei*, la piedra medicamentosa, los polvos de tribus y el de quina tostado, los caldos de víbora, pollo valentino y otros consumados magistrales, sin faltar a los postres alguna esquisita [sic] gelatina ;pero aunque me invierte muy poco tiempo esta selección galénico-arqueológica y no estoy formalmente fatigado, pudiera fatigar a mis lectores y doy por terminado este punto, considerando suficiente la exhibición anterior para formar juicio de las recetas que, dos o tres veces al día, cubrían los mostradores y la mesa de aquella botica afortunada. Si tuviéramos tiempo para estudiarlas farmacológicamente, en ellas hallaríamos la razón necesaria de las enormes reposiciones, amplios laboratorios y tráfigo incesante que hemos procurado describir.

Y, en verdad os digo, que al comparar tanta grandeza con las estrecheces de ogaño, por mucho que nuestra mansedumbre resistiera las sugerencias de la vanidad y la codicia, preguntaríamos con Jorje [sic] Manrique por los Infantes de Aragón, convendríamos en que nuestros abuelos eran unos señores médicos y boticarios en toda la acepción de la palabra y exclamaríamos con D. Quijote« ¡Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos! »

XII

Ahora bien, si mi abuelo paterno, cuya simpática figurilla quedó grabada en mi memoria allá por los alrededores del bienio[1854-1856], surgiera repentinamente en la que fue su botica y hoy es mía y viera que su pobre nieto consume en exterioridades casi tanto como él empleaba en drogas; si registrase los mostradores en que, a modo de cajas taquigráficas, está distribuida buena parte de tales accesorios y observara como van saliendo de sus nichos para incorporarse a la prescripción misma, cuyo precio, sin embargo, se anuncia en algunas farmacias de copete con el descuento de un cincuenta, respecto de la tarifa oficial, aun reconociendo las ventajas de tan esmerada reposición, habría de censurarme las

prodigalidades del lujo y es posible me calificara de perfumista, doliéndose de que estos dineros de sacristán no reciban mejor empleo en la dote de sus biznietas.

Y si esto diría mi abuelo, liberal relativo de 1820 y encargado universitario del estudiante Calvo Asensio, ¿cómo habría de expresarse su respetable padre ilustre bisabuelo mío, regente de los Jesuitas cuando la trastada de Carlos III [expulsión de los Jesuitas] poco más ó menos en el periodo que venimos historiando? A buen seguro que no conseguiríamos ponernos de acuerdo; y para evitar rozamientos familiares, será lo mejor prescindir de toda discusión y hasta disculpar la intolerancia de nuestros mayores en consideraciones históricas que la esplican [sic] suficientemente.

Porque, en efecto, si las grandes industrias estaban a la sazón en mantillas, no se habían siquiera presentado las del confort y los detalles caseros; de otro modo, conforme la escuela de Salerno había dado a los médicos de su tiempo consejos utilísimos de sociología profesional, tal vez en el suyo Fr. Bernardino Laredo hubiera completado su libro con un tratado más titulado «*Modus faciendi cum ordíne medicandi et MONITA DESPACHANDI*, » o cosa así, y entonces, a buen seguro, se hubiera prevenido el monopolio de nuestros vecinos ultrapirenaicos y los Dieguitos, Villalbarba, Carrión y hasta el pobre boticario laico de la Costanilla, hubieran perfeccionado su teoría o práctica de los preparados con el arte de dispensarlos y, armonizando lo útil con lo agradable, la estética hubiera suavizado el horror de aquellos mixtos que anticipaban al enfermo el purgatorio y eran ocasionados a mil peligrosas equivocaciones.

Más no fue así, y el despacho se hacía con muy escasas precauciones y detalle artístico ninguno. Aquellos mancebos tan expertos en redondear píldoras, las entregaban envueltas, a granel, en algún cucurucho de papel escrito, si el cliente no enviaba por delante alguna tabaquera; los tisaneros, después de haber puesto sus cinco sentidos en el colado y la decantación, se habían de contentar con aquellas jarras de Talavera floreadas, si no las presentaban en algún puchero ahumado, pues eran contadas las de cobre y verdaderamente excepcionales las de plata; jícaras, escudillas o cazuelas, más o menos zamoranas o morunas, servían para unguentos, pomadas, opiatas, confecciones y electuarios; los bálsamos y julepes, elíxires y pociones, se dispensaban en redomas, botellas, botellitas, porrones o frascos de vidrio muy verde, unos demasiado gruesos y otros extremadamente tenues, a cual más feos y peor soplados; a su vez, esta frasquería, que ni había soñado con el esmeril, se tapaba rara vez con corcho, las más con papeles, estopa, trapos o madera y en caso necesario se las acomodaba un turbante de baldés[sic] o de resina que sustituía el lacrado; las papeletas se plegaban con esmero, pero nadado cajas para conservarlas, y gracias si se envolvían en un papel; los unguentos, en dos dobleces, se agarraban por el extremo de uno; las yerbas se ponían en hacecillos (*fasciculum*), y todo así, como se dice en Castilla, muy a la pata la llana.

Etiquetas de registro o instrucción, ni por pienso; Senefelder no había nacido y la imprenta era solo para los sabios. Por necesidad, pegaban alguna que otra manuscrita, para distinguir la tisana del Oidor de la ayuda para su pasante y casos análogos; pero todas las demás advertencias se hacían de palabra, *cálamo corriente* unas, otras en tono marisabidillo y erudito y no pocas por el hermano Dieguito, pero con voz tan queda, que el mostrador o la cancela se trasformaban en confesionario, con su zona neutral, garantizada por la más discreta liturgia.

Así y todo, puede suponerse que las dueñas, rodrigones, mandaderos, criadas y maritornes, trabucarán á cada paso tales advertencias; pero rara vez ocurría peripecia alguna, gracias, en primer término, a la providencia divina y, en segundo lugar, a la detenida sesión que, después de escrita la receta, celebraban con los enfermos aquellos doctorazos de rizada peluca y aquellos cirujanos latinos con su bastón de plateado puño y dorada contera.

Ello es que así, a la buena de Dios, siquiera tropicaran alguna vez, aunque no todo se hiciera perfectamente, atendiendo cada cual a su faena, se despachaban diariamente sus doscientas prescripciones, cuyo valor era regulado conforme a la tarifa oficial, guardando todos los requisitos del auto acordado de 1744. No todas las tasaciones, sin embargo, se valoraban al mismo tipo, pues a los treinta o cuarenta conventos y hermandades de la ciudad y pueblos inmediatos se les concedía un buen descuento, lo mismo que a los avenidos de cuatro leguas en contorno; todo, por supuesto, sin mermas ni sustituciones, y sin que fuera cierta, mucho menos, aquella sospecha de que había escondida una reposición distinta para esta segunda clase de contribuyentes.

Al toque de ánimas se hacía, todas las noches, el arqueo diario; las casas de cuenta abierta pagaban por San Juan o Navidad y los ajustes en especie se cobraban al terminar la recolección, al propio tiempo que las rentas, censos y foros de la comunidad, que eran pingües. Y, conformes o no con el hermano contador y otros hacendistas de la casa, puede afirmarse, que la botica contribuía con buen contingente a las prosperidades que dieron fama de rica a la abadía benedictina. Así lo probaríamos numéricamente si hubiéramos dado con el legajo de las cuentas; mas no hemos podido haberle y la falta de tales documentos nos impide detallar la administración interior de aquella industria que, a la verdad, no dejaría de ser curiosa.

Por fortuna, no es indispensable y basta lo escrito para completar la idea de lo que era una botica conventual en el tercio último de siglo XVIII.

XIII

Las habría mejores y peores, buenas, medianas y malas; pero no podríamos, sin notoria injusticia, negar a la nuestra, en aquel entonces, una calificación preferente entre las más completas y ordenadas, conformando esta vez la crítica competente con la opinión de los profanos, que la concedían gran reputación en todo el territorio y, en su clase, la consideraban algo así como la Aljama de las boticas.

Este mismo vulgo, a veces discreto, siempre interesado y ladino, pedía al boticario ciencia, conciencia y caudal, y otros, más egoístas o maleantes, querían que fuera cojo por añadidura; pero, a vueltas del tono epigramático, este concepto demostraba bien alas claras la gran consideración que se otorgaba á la profesión farmacéutica.

Cierto que, en el periodo a que nuestras investigaciones se contraen, el boticario laico seguía en Madrid, Sevilla y Barcelona más de cerca los refinamientos del arte y los progresos de las ciencias, haciendo provechoso comercio de ideas con ilustrados profesores y estudiando al amparo de las Academias médicas, los Colegios de boticarios y otras instituciones literarias surgidas en el renacimiento que inició Felipe V, y continuaron sus beneméritos hijos; pero estas novedades trascendieron muy despacio a las otras provincias y, mientras imperase el clasicismo galénico, los profanos habían de desconfiar, no sin

algún fundamento, del boticario pobre, fomentando la prosperidad del rico, que se imponía con su gran establecimiento a la pequeña industria de aquellos prácticos, hijos de su laboriosidad, pero siempre constreñidos por la escasez de recursos, siempre a hurtadillas de la visita bienal y siempre doblando la cintura ante el visitador.

Pero, en el fondo de aquel apogeo material, la transformación estaba iniciada y, al terminar el siglo, obligada por reales pragmáticas a legalizarse con la regencia de un profesor laico, nuestra botica decaía ya, perdiendo la pingüe vinculación de aquellos fárragos tan absurdos como productivos, que iban desapareciendo uno a uno de nuestros formularios oficiales, para ser reemplazados por otros más definidos y eficaces, que no exigían aquella reposición tan abundante, aquel mobiliario tan costoso, ni aquel entretenimiento tan pesado ; todo lo cual facilitaba la competencia a la iniciativa privada, mejorando considerablemente la situación del boticario seglar, trabajador y estudioso.

Comenzó con el siglo la era de nuestras revoluciones y cuando los sagaces benedictinos vieron de cerca los soldados franceses, a pesar de las galanterías personales que les dispensó el Emperador, como el gobierno intruso fue osado a suprimir algunos conventos, no las tuvieron todas consigo, ni aun leyendo después la protestación *archiortodoxa* consignada en el Código de 1812. Algo se tranquilizaron al ver que Fernando el *Deseado*, a su vuelta de Valencey, puso las cosas en su verdadero punto, haciendo tabla rasado tantas peligrosas novedades que trascendían a enciclopedia

Corrían, sin embargo, tiempos tan inseguros que, en Enero de 1821, se les vino encima otro mandoble de desamortización secularizadora y quedó suprimida su Abadía, con otros institutos monacales; pero también aquella tormenta se conjuró, gracias a los cien mil hijos de San Luís, que repusieron a la Magstad católica en la plenitud de sus divinos e indisputables derechos, ayudándola a borrar de la historia los llamados tres años; con lo cual el susto quedó reducido á veinticuatro meses, no completos, de eclipse, volviendo cada cual á la pacífica posesión de sus franquicias y propiedades.

Mas así y todo, aunque la *Santa Alianza* velaba por nosotros y sus delegados en España apretaban bien los tornillos, procurando evitar cualquiera calaverada y reponiendo muchos desperfectos ocasionados por tan sacríflega incautación, la cosa no estaba clara y hasta puede añadirse que olía a queso.

Constituida la química, trasformándose de día en día las ciencias médicas y sin curarse ciertas cabezas de la manía descentralizadora, no eran, ni mucho menos, saludables los vientos reinantes para nuestra botica benedictina, que había entrado en el periodo de su definitiva decadencia.

Aquel discretísimo maestro y sus auxiliares Villalbarba, Carrión y Dieguito no existían ya, y aun cuando el regente seglar y el fraile administrador, auxiliados por dos practicantes legos, procuraban sostener la clásica clientela, no era ya esta la sombra de lo que fue. Cubiertas de arañas o reducidas a *detritus* muchas reposiciones, viendo impasibles como se agotaban otras, en la confianza del sucedáneo [sic], de aquel ejército de botes, cajones, frascos y redomas, más de la mitad habían quedado en situación de reemplazo y se movían sólo con motivo de la imprescindible limpieza, para recibir la altiva visita de los representantes de la Junta superior de Farmacia. De los obradores, sino completamente desmantelados, silenciosos y fríos casi siempre, sólo la cocina era visitada diariamente, pues el químico apenas daba señales de vida en la obtención de aguas destiladas, algunos

espíritus, tal cual magisterio, sublimado o aceite empireumático, siendo ya muchos los productos que se adquirían en el comercio.

Bien hallados el administrador y el regente con la fácil rutina de sus descansados cargos, procuraban atenuar la gravedad de los síntomas, diagnosticando el mal de leve y pasajero; pero harto comprendían los PP. graves que se trataba de una verdadera lesión orgánica, cuyo proceso morbozo, más o menos lento, tendría a la postre un resultado funesto.

Entre ellos, el hermano procurador, que intervenía la contabilidad, observaba más de cerca como se extinguía el fervoroso prestigio de aquella botica y como desfilaba la respetable y antigua clientela, dándose hasta el mal ejemplo de que los Canónigos Premostratenses, los Agustinos del Campo grande, los Predicadores de San Pablo, las linajudas Huelgas y las Comendadoras de Santiago, hubiesen preferido ya a dos boticarios recién establecidos, discípulos de Gutiérrez Bueno, con buena reputación de ilustrados, pero contaminados también con el volterianismo de la época.

Esto no obstante, como el gasto no era crecido y el balance anual se cerraba sin pérdidas, por decoro de la casa y por no amortizar repentinamente aquel capital acumulado durante más de un siglo, nunca pensaron en cerrarla.

Daba esto lugar a que su régimen interior se arrutinase de día en día y a que la que sirvió de clásico modelo llegase a ser de las más descuidadas de la ciudad, murmurándose de ella además en varios sentidos; pues es fama que, a sus postrimerías, servía de centro a varias gentes de buen humor que, asociadas a unos cuantos frailecitos jóvenes, mal avenidos con la austeridad de la regla, llegaron a formar una tertulia murmuradora y holgazana, que, a veces, tomaba el tinte de juerguista. Y cuenta que esta última afirmación ni es mía ni calumniosa, sino muy cierta y de un viejo [cirujano] romancista que concurría a sus cenas bulliciosas y abundantes, celebradas, después de la queda, con todo género de precauciones, mientras dormían santamente el Abad y las personas formales.

Al compás de estas y otras decadencias iba el tiempo labrando su mina destructora y, pasados dos lustros, ocurrió lo que al cabo había de suceder. El hijo amantísimo de Carlos IV se llevó consigo todo el horrendo equipaje de su absolutismo y, aunque el favor nos costó sangre y dinero, se realizaron las naturales consecuencias de aquel suceso, entre las cuales figura la excomunión, ocurrida para nuestros benedictinos en la mañana del 18 de Agosto de 1835. La cordura castellana no dio lugar a que el hecho revistiera caracteres tumultuarios, ni mucho menos sangrientos, y se hizo todo en ordenada paz, sin más rozamientos ni otro despojo que alguna chanzoneta liberal y el necesario derroche de vitualla monástica para los retenes de nacionales que garantizaban el orden y protegían la incautación.

Y así vivió y murió aquella memorable Botica o, para decirlo en tono más grandilocuente, así cerró el ciclo evolutivo de aquella institución teocrático-farmacéutica que, naciendo y desarrollándose en una sociedad favorable, logró prosperar porque, en la lucha, contaba con más elementos que sus competidoras para satisfacer las exigencias de la medicina imperante.

Cuando esta comenzó a transformarse, comenzó para ella su inevitable ruina y, aunque acelerada por un suceso político, de todos modos se hubiera cumplido, más tarde, por otro accidente cualquiera.

Nosotros, analizando referencias, grabadas en la memoria desde niño, hemos procurado

perfilarla en este ligero estudio retrospectivo, no sólo para entretenimiento de nuestros jóvenes lectores, si que también como antecedente necesario al conocimiento de otra época y otras figuras de realidad más coetánea y sensible y a la prometida historia de nuestro profesor Don Juan Uno de Tantos

APÉNDICE II

CARTAS.

BELLOGÍN, Ángel (1895): [Cartas y artículos] en *Solaces de un setentón* de José Ortega Zapata. Tomo I. Valladolid, Imp. pp.: I-XVII

AL SR. D. JOSÉ ORTEGA ZAPATA, EN BADAJOZ.

Muy Sr. Mío y RESPETABLE PAISANO: es tan hermosa la juventud y se acumulan en ella tantas energías, para salicitarla [sic] en direcciones contrarias, que merecen ser perdonados sus atolondramientos, y no debe extrañarnos tampoco la suficiencia de que algunas veces alardea. Una ley biológica dispone que el hombre mire hacia adelante, el viejo vuelva atrás la vista, a cada paso, y el joven se recree en el presente; y usted que la conoce tan bien como las del Digesto, seguramente habrá dispensado la falta que supone en nuestros *chicos de la prensa* no haber correspondido ya, pública y debidamente, a los amenísimos artículos que como *Solaces de un setentón vallisoletano* vienen publicándose, hace ya muchos meses, en E L NORTE DE CASTILLA.

Puede usted, efectivamente, perdonarla sin el menor recelo; pues á mi me consta que los publican con agradecimiento y los saborean con deleite, aunque este no sea tanto como ellos merecen y los paladeamos nosotros, los que sin tener los *tres duros y medio* que usted cuenta, hemos entrado ya en la promoción de los cincuentones.

De mí y de ésta su casa, puedo decirle que, cuando en ella se leen, mis hijos sonríen con deleite, y a mi mujer y a mí nos parece *estar a la camilla* con nuestros padres y abuelos, modestos burgueses los unos, oscuros hidalgos los otros, pero todos bien educados y ensamblados a mazo con la ciudad clásica que usted tan fielmente reproduce en sus artísticas acuarelas literarias.

Recuerdo, por ejemplo, al leerlos, que mi abuela materna, señora algo linajuda, pero de trato finísimo y corriente, llegada á menos por reveses de la suerte, conservaba en cabeza de mayorazgo, como uno de los restos de su pasada bien andanza, la *espetera* de la cocina, que se limpiaba, pieza por pieza, todos los sábados, con agua caliente y *polvos de Segcia*, hasta *dejarla como un oro*. ¡Y qué espetera! No la desdeñaría Ángel Muro, para completar su Museo Culinario.

Así que, aun cuando no festejaba *el día del año*, que era también el de su santo, con la esplendor y el refinamiento del Sr. Aleves que, con ella y mis tías comíamos toda la familia, las dos sopas cocidas en aquel caldo que *se podía cortar*, adornadas y azoadas con rodajas de huevo cocido, menudos y sangrecilla de aves; la *olla podrida*, verdadera prodigalidad de sabrosas *porquerías*; como platos de preferencia (*léase principios*) el imprescindible besugo ó la merluza, en *lonjas*, de Rioseco, cuando no se sustituía por

alguna anguila cogida en las aceñas del *Cabildo* ó el *Palero*; y, por supuesto, el clásico pavo, bien repleto de castañas y manzanas que, para no desustanciarle, se acuñaban previsoramente con algún solomillo de cerdo, bien adobado. Y como la tienda de la Navarresa era, según usted nos refiere, sólo para los ricos caprichosos, para las mesas de la clase media, el aperitivo y el entremés se preparaban también en la misma casa: antes de la sopa se despachaban algunas naranjas *cortadas al través*, mezcladas con granada y bastante azúcar, ésta para disimular la falta de sazón de aquellos frutos; los pepinillos, conservados en vinagre, ayudaban á la carne de vaca; y el salchichón, no generalizado aún, se reemplazaba con la lengua fiambre, cortada en la misma forma. No faltaba algún frito de repostería casera que, sin la categoría de *principio*, figuraba á la cabeza de los postres y en éstos se repetía el derroche, casi romano, de la olla podrida: mi madre lucía su habilidad especial para el *punto* de los flanes; mis tías la hacían la competencia en esto de los *puntos*, con dos inmensas fuentes de exquisitas natillas (*leche aderezada*) tenuamente [sic] espolvoreadas de canela y adornadas con estrellas de bizcocho; otra fuente de éstos en almíbar, borrachos además con vino de la Nava; algún turrón indígena y buena tanda de golosinas monjiles, tales como bizcochos de Santa Clara, mantecadas de San Quirce, rosquillas de Sancti-Spíritu, Cambray de las Brígidas, almendras saladillas y tostadas y, calculo yo más de un celemín de cascajo, nueces frescas y avellanas tostadas, *con yeso* y *en sin yeso*, que los chicos trasegábamos furtivamente a nuestros bolsillos, después de haber mermado del mismo modo los *periquitos* de Santa Catalina, con grave riesgo de no celebrar la inmediata colación de los Reyes. Vino de pasto, el de Toro, no siempre bien elaborado, y para sobremesa alguna botella añeja de Rueda y un excelente licor de café compuesto por mi padre.

Ahora, para que usted no me tome por algún *gourmet*, achacando a estímulos de la glotonería estas remembranzas gastronómicas y sospechando que sólo avivan mi memoria los vahos reparadores de aquella cocina *solariega*, sus aromas sutilísimos, la delicada sapidez de aquellas *pebres*, la fuerza aperitiva de aquellas salsas y, más que todo, la retozona facilidad de aquellas digestiones infantiles, me interesa decirle que siento con igual intensidad y mayor fruición todavía, todos y cada uno de los recuerdos por usted evocados y reconstruidos por mí, bien acotando con el relato de mis padres, deudos y amigos, ya hace muchos años enterrados, bien utilizando la presbicia de la edad, que perfila mejor los objetos lejanos.

Por este procedimiento, poniendo en juego unos y otros factores, aunque confunda alguna fecha, lo mismo que usted detalla el Valladolid de 1835, esbozo yo el de dos lustros después, y así me parece estar viendo las ruinas de San Francisco, sobre las cuales se ha levantado después el barrio más aristocrático de la ciudad; el convento de San Benito, con la fachada principal amurallada, y aspillerada [sic], para poderse batir con las tropas de D. Carlos; las notarías instaladas en los *Soportales de Provincia*; los puestos de fruta amontonados en una callejuela de la Plaza Mayor y todos los mercados a la intemperie, aguantando los vendedores el rigor délas estaciones, sin más defensa que un toldo de lona o algún tinglado de tablas. En ciertas calles estrechas y no de las menos sucias, me parece divisar aquellos retablos lúgubramente alumbrados por la devoción de los vecinos; me gustaba más aquella procesión del *Corpus* con *el niño de la bola*, y cuya presidencia laica desempeñaba el Serenísimo Señor Infante D. Francisco; echo de menos en la tarde del 9

de Septiembre aquel *Rosario de la Patrona*, cuyo estandarte llevaba con noble y distinguida apostura, el entonces Corregidor de la ciudad, nuestro paisano D. Calixto Fernández de la Torre, que vive todavía y conserva con la salud más cabal las simpatías más universales por su bondadoso y bellísimo carácter; me parece estar asomado a los balcones de la plaza, disfrutando de aquel espectáculo público, que consistía en lidiar tres ó cuatro vacas emboladas y con maroma, que se anunciaban al toque del *reloj suelto*, y sólo se otorgaba al pueblo soberano cuando ocurría algún suceso fausto, de los cuales, el más frecuente, solía consistir en algún alumbramiento regio, con el aumento consiguiente de la Lista civil. Alcancé todavía al Sr. Alevesque; recuerdo haber visto almorzar al carpintero Bahamonde, en la caseta de madera que le servía de *comptoir* para sus baños del Pisuerga; el Palacio del Almirante me lo sé de memoria y muchas veces al entrar en el café de Calderón me acuerdo de que en aquella esquina tenía su *Molino de Chocolate* el acaudalado industrial Sr. Fernández Vítóres. Desde la botica de mí abuelo vi pasar el entierro del abogado Alday, al que me parece concurrieron los individuos del Colegio formados en dos filas, severamente vestidos con el traje de los estrados; y ya que menciono la botica de mí abuelo, no he de entretenerle con su descripción, porque, acaso, usted la conocería más clásica que yo la alcancé, si entró en ella a l guna vez á comprar *dos cuartos de regaliz*; pero quiero, si, hacer mención de un sencillísimo y desnudo banco de pino colocado delante del mostrador y en el cual se sentaban, para liar y fumar algún cigarrillo, muchos magistrados de la Real Chancillería.

Etcétera, etcétera, porque continuando así, de cita en cita y de fecha en fecha, habría de emborronar muchas cuartillas, pasando revista á los recuerdos y reflexiones que en mí memoria provocan los que usted ha consignado en los artículos que motivan esta carta, cuyo origen voy a explicarle, antes de cerrarla.

No sé, si por achaque de viejo ó por inocente vanidad, he cometido la indiscreción de osentarlos delante de los redactores de EL NORTE, atreviéndome hasta á censurarlos cariñosamente su silencio, y ellos, con arte y finura delicadísimos, me han devuelto la pelota, comprometiéndome a que haga yo lo que habían dejado de hacer, esto es, a escribir algo sobre motivos de los *Solaces de un setentón vallisoletano*, sin admitirme la excusa de que no pertenezco á su parroquia política, como así es muy de veras, y más de veras aún, que en materia da literatura y de periodismo, ni he tomado la alternativa, ni puedo portarme, á lo sumo, más que como aficionado vulgar.

Cedo, pues, á tan obstinada insistencia, no tanto por lo que me lisonjea, cuanto por el temor de incurrir, si así no lo hiciera, en una doble descortesía, y afronto el compromiso, enviando desde luego esta primera carta.

Por ella pido indulgencia á los lectores de EL NORTE; y a usted además le ruego vaya acopiando paciencia para leer alguna otra, con que habré de molestarle, para salir del paso, como Dios me dé a entender.

Y acepte usted, a la par, el respetuoso saludo con que se le ofrece, como servidor y paisano, su afectísimo

ÁNGEL BELLOGIN AGUASAL.

Valladolid Agosto de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 22 de Agosto de 1894.)

AL SR. D. JOSÉ ORTEGA ZAPATA, EN BADAJOZ,

Nacido yo a orillas del fétido Esgueva, cuyas insubordinaciones han costado tanto dinero al Concejo y tantos sustos al vecindario, sin contar el tributo que todos los antiguos le hemos pagado en tercianas más ó menos rebeldes; de ese riachuelo, a cuyas *aguas*, tantas perrerías dijeron Góngora y Quevedo, recuerdo bien cómo estaba su fangoso cauce hace cuarenta años, cuando comenzaban á derribarse sus catorce puentes de piedra, dándose principio á las obras, iniciadas, por el Corregidor Oller, y no del todo terminadas aún. Las cosas debían encontrarse próximamente en el mismo estado que las dejara la Real Junta de Policía, después de remediar los desastres de la crecida de 1788; puesto que, pasados treinta y dos años, nada consiguió todavía el síndico D. Gonzalo de Luna, con imprimir su *Pensamiento de Policía pública*, abordando este y otros problemas de saneamiento y ornato. Hoy, sobre aquel lecho maligno de *las Esguevas*, se han abierto amplias vías y construido hermosas manzanas, que prestan á la población todo el aspecto y todas las condiciones de una ciudad moderna.

Esterilizados todos los proyectos de mejoramiento concebidos en la época de Carlos III, por la Guerra de la Independencia, primero, y más tarde por nuestras discordias civiles, las Moreras, el Campo grande y el Prado de la Magdalena, que yo alcancé en mi niñez, eran, sin duda, los mismos que V. dejó en 1835, con muy pequeñas mejoras sobre las que, hace un siglo, realizaron el Corregidor Aстрада y la Real Sociedad Económica. Hoy, aunque emplazados con mediano acierto, en el Prado de la Magdalena se han levantado el Seminario, dos Conventos de religiosas, un buen Matadero público, la Facultad de Medicina y un magnífico Hospital provincial, substituyendo al Caserón del Campo, que ya lo era en tiempo de Cervantes, según él mismo lo consigna en su *Diálogo de los Perros. El Espolón*, que es de lo más olvidado, ha ganado bastante en su parte alta; sobre el Esgueva lateral a San Benito, vegeta lozanamente, una de las muchas glorietas que sanean y embellecen las *Plazuelas* de Valladolid; el mezquino *Puente Mayor* es espacioso, elegante y casi nuevo, gracias a las obras proyectadas y ejecutadas por ingenieros vallisoletanos, y toda la extensión del Campo, en sus tres antiguas zonas, se ha transformado en un magnífico Parque municipal, con su larga avenida de casas elegantes, la primera de las cuales (del Sr. Mantilla) pudiera figurar muy bien en cualquier *boulevard* de París.

Aunque nos falta acometer el proyecto, ya estudiado, de alcantarillado y desagüe general, podemos envanecernos de haber construido el Canal del Duero, trayendo sus aguas a la ciudad y dotando á todas sus calles de bocas de riego y á todos sus barrios de grifos surtidores para el consumo doméstico; beneficios sólo apreciables cuando se compara el actual desahogo con la sucia economía de antaño y las dificultades insuperables que presentaban los servicios de riegos e incendios por la carencia del líquido elemento.

Apunto sólo las cosas de más bulto, para que usted pueda formarse idea, siquiera confusa ó escasa, de cuánto y cómo han cambiado en lo material la población y los suburbios [sic], durante el medio siglo, muy cumplido, desde que se ausentó usted de ella; y puesto que no me es posible intentar igual apuntamiento por lo que á la parte moral se refiere, procuraré hacer una ligera síntesis y decirle después, con humorismo más o menos serio, cómo aprecio yo las consecuencias, confiando en que coincidiremos, desde luego, en el justo medio, para estimar el presente y hacer justicia á lo pasado.

Bástele saber que aquí, como en todas las ciudades que progresan, a compás de estas y otras muchas reformas, evolucionándose todas las instituciones y todo el régimen local, transformándose, de todo en todo, el estado social y económico, cambiándose usos y costumbres, tipos y caracteres, en el trasiego incesante de clases, individuos y fortunas, la mutación ha sido tan intensa y tan extensiva, que es casi un arcaísmo de mal gusto mencionar la ciudad antigua y, como no podía menos de suceder, las familias empadronadas en aquel censo, de hace cuarenta años, que no llegaba á 30.000 individuos, hemos resultado poco menos que forasteras.

Por esto, sin duda, un labrador de la vieja cepa, lejano pariente mío, mas hidalguillo que adinerado, algo latinizante y sobrado redicho, renegaba, yá hace un cuarto de siglo, de tan escandalosas novedades, echando de menos aquel Valladolid clásico, en el cual figuraban, como los personajes de más bulto, su tío el *Sr. Oidor*, su primo el Sr. Vicario, su cuñado el Coronel de Milicias, su condiscípulo de primeras letras el Catedrático de Cánones, y sus respetables amigos los Camarasas, San Felices, Revillas y Fuentenuevas.

¡Virgen Santísima, y cómo se excitaba aquel buen hombre en sus desplantes ultra-aristocráticos! Recuerdo que con un tonillo atiplado y despreciativo, llamaba él, *Zapaterotes*, á todos los que yo llamo *desamortizadores*, industriales y comerciantes que entonces figuraban mucho, y su inquina reaccionaria les imputaba el enorme delito de haber encarecido algo la vida, enriqueciéndose ellos mucho, pero centuplicando la riqueza general.

Ahora bien; yo que aprendí en la niñez el dogma de la soberanía nacional y que apenas cumplidos 10 años, asomado a las *gorgueras del Consistorio*, me pronunció con mi padre, al grito de ¡Viva Espartero!, no puedo pensar, ni sentir, como aquel labrador y, aunque, á la verdad, las demasías del individualismo me van pareciendo broma bastante pesada, partidario convencido, como lo soy, del progreso, y aceptándole, como le acepto, con todas sus renovaciones cíclicas, encuentro lo más natural del mundo que *los siglos, á los siglos se sucedan*; no me escandaliza que *los hombres á los hombres se atropellen*, ni por esto he de deducir, con el Byron español, que *es la historia del hombre y su locura, una estrecha y hedionda sepultura*.

Sabia cristianamente profeso el principio de que *Ultra quod mortem est, vita est...*; pero advierto que me estravió[sic], sin pensarlo, en filosóficas digresiones de biología social, lo cual, hecho por un mal aficionado, como yo, equivale á reventar al lector, obligándole á recorrer los cerros de Úbeda, y, como no se precisa tan fatigoso rodeo para demostrar la tesis de esta carta, voy á ella derechamente, y digo en puro romance:

Que es insensatez descomunal hacer ascos al progreso, resistiéndose á la adaptación; como es perfectamente tonto pasarse toda una vida aguantando la incómoda postura de tener la cara siempre vuelta hacia atrás, por no mortificar nuestro amor propio, viendo á los que se nos han colocado delante; pero me parece igualmente ingratitud insensata hacer tabla rasa del pasado y menospreciar sus enseñanzas, sin conocer que ellas determinan siempre el momento histórico y preparan la evolución del porvenir.

Otro sí digo, sin insistir en razonamientos de mayor trascendencia, que menospreciar el pasado, arguye igualmente cierto grado de atrofia en el sentido moral del individuo; pues tanto significa como renegar de sus padres, de su hogar y de su patria, afectos que jamás se estinguen [sic] en una persona bien nacida, por mucho que le dure la vida y muy humildes que hayan sido su educación y su cuna. Todas las religiones honran á los padres;

y los pueblos, cuanto más cultos y más ricos, estiman en más su pasado y con mayor esmero cuidan de perpetuar su recuerdo, entre otras razones, porque, bien inventariados, estos recuerdos constituyen la hijuela patrimonial de cada generación, que se suma después en el acervo común, obligando a todos a la incesante labor de su conservación y acrecentamiento. Y es, mi respetable amigo que, en estos tiempos del microscopio, nada hay que merezca despreciarse por su pequeñez aparente; o si por acaso hay algo que lo sea, cuadrará el calificativo á ciertas grandezas fofas y vacías.

Así juzgo yo las cosas pasadas; de esta manera estimo el presente, y confiando que V. ha de opinar lo mismo, con este criterio habré de ocuparme de su trabajo literario, en la próxima y última carta, que le dedicará mañana, su afectísimo,

ÁNGEL BELLOGIN AGUASAL.

Valladolid-Agosto de 1894.

(EL NORTE DE CASTILLA, del 23 de Agosto de 1894.)

AL SR. D, JOSÉ ORTEGA ZAPATA, EN BADAJOZ.

A primera vista; los artículos de usted parecen un pasatiempo ligero y de puro subjetivismo, provocado por el sentimiento natural en los viejos, que tan delicadamente expresa nuestro Jorge Manrique, en aquella copla de hace cuatro siglos, exclamando:;

¡Como, después de acordado
Da dolor,
Como a nuestro parecer,
Cualquiera tiempo pasado
Fue mejor!

Convengo, efectivamente, que no han sido otras sus pretensiones de usted al escribirlos: dar gusto a su corazón y dejar correr la pluma, sin plan ni aspiración ninguna literarias, aunque (y perdone su modestia) revelándose en todos los períodos, por la espontaneidad [sic] o y los muchos toques de cultura general que la entonan, al hombre de gusto literario muy ejercitado y de aficiones artísticas delicadísimas.

Con sólo que fueran esto, ya resultarían sus *Solaces* respetables y gratos, porque... ¿qué menos puede concederse á una vejez laboriosa y honrada que el placer de *solazarse*, recordando *sus buenos tiempos*”

Pero yo afirmo que, además de respetables y gratos, utilísimos, hasta el punto de sostener que este género debiera cultivarse con más extensión, en provecho de la cultura general. Diserte usted en algún círculo de jóvenes cultos, sólidamente instruidos, sobre cualquier tema de literatura, ciencias ó bellas artes y verá lo que ocurre: le escucharán atentamente, pero no logrará usted convencerlos, ni interesarlos siquiera; ellos, verdaderos modernistas, tienen el novísimo concepto de la crítica; nuestra erudición les parece demasiado clásica y, aun cuando otra cosa aparenten, por obligada cortesía, no la otorgan otro valor que el de un dato más, para la información histórica del tema. Pero háblelos usted del tiempo viejo, hágalos la crítica directa, personal y anecdótica de cosas y sucesos que desconocen, ó de los cuales conservan, á lo sumo, algún apunte borroso, mal perfilado, trazos y

fechas confundidos entre la sobrecarga de su memoria, y á buen seguro que la atención, de cortés, se tornará interesada y, al terminar la conferencia, se mostrarán impresionados y gozosos, porque se sienten más hombres, han tocado el lado real de aquellas cosas y quedan por ello, en posesión del pasado, con el mismo perfecto dominio que del presente ejercitan.

Y si tales beneficios reportan a la juventud culta y estudiosa, para la masa indocta y apática, entre la cual hay muchos individuos que no saben decirnos el segundo apellido de su abuela, esta clase de escritos pueden ser verdaderamente redentores. Por algo todos los escritores propiamente geniales han cultivado este ó algún género parecido, en trabajos autobiográficos, memorias, recuerdos, bocetos y perfiles, cuya utilidad se me antoja mucho más apreciable, que la auténtica mejor comprobada, sobre alguna tabaquera de Voltaire ó los calzones del Gran Federico.

Entre los diversos gustos del género a que me refiero, nos presenta usted el más íntimo, sencillo y menos frecuentado de todos y, por esto mismo, creo yo que debe cultivarse más: me parece el llamado á mayor consumo, el que tiene asegurada más numerosa clientela y puede recibir más útiles y generales aplicaciones. Guando se necesita para un fin determinado y concreto, revolviendo archivos, registrando bibliotecas, sacudiendo legajos y compulsando estadísticas, se detalla y analiza, con relativa facilidad, un lapso de tiempo, cualquiera institución local o fase determinada de la vida urbana; pero no ha sido esta la labor de usted, y repito que, en no serlo, estriba precisamente su mérito singularísimo.

En formas de amena familiaridad, aromatizadas con delicado perfume de estilo, nos habla usted del Valladolid de 1830-35 y, a través de sesenta años muy cumplidos, nos da a conocer la vida de nuestros paisanos en aquellos tiempos, sin abusar, ni mucho menos, del juicio subjetivo, antes por el contrario, sirviéndose de él con atinada frugalidad, sólo para que el lector perciba más plásticamente la realidad objetiva de las cosas que usted le recuerda, establezca por sí las comparaciones y aprecie de cuenta propia su significación. Nos dice usted, de esta manera, lo que se comía y cómo, en aquellos tiempos; cuáles eran los juegos ó diabluras infantiles y las honestas diversiones de la gente formal, y a cómo andábamos de urbanización, higiene y policía. Describe usted la solemnidad religiosa del *Corpus*, con sus *toldos*, sus calles enarenadas, sus altares y su numeroso contingente de frailes de todos los colores, olvidándose, por cierto de los voluntarios realistas; pasa revista al escaso *confort* de la vivienda y se acuerda de la *matanza*, entonces detalle necesario para el régimen económico de toda casa bien administrada y operación alegre que obligaba al cambio recíproco de regalos, consistentes en alguna morcilla, alguna maza de lomo fresco, un plato de chicharrones y un pucherito de *chichurro*; cuenta usted con qué sencillez se divertía la gente en las romerías y no se olvida del Cólera de 1834, que fue, según nos dice, una verdadera devastación para la ciudad, tanto por el número de víctimas, cuanto por los horrores del pánico, unos y otros consiguientes á las enormes deficiencias higiénicas de aquel entonces. Y forzosamente hemos de hacer punto, porque no tenemos tiempo para señalar uno por uno todos los que trata el autor en los catorce artículos que lleva publicados. El que no les hubiere leído puede formarse idea de su variedad por el conato de índice sumarísimo que hemos apuntado, teniendo en cuenta, además, que casi todos están avisados con anécdotas, tan interesantes como oportunas, y salpicados de nombres, referencias y alusiones, de los más conocidos y populares en aquélla época.

De cuyo conjunto resulta que los «Solaces de un setentón » retratan fidelísimamente la fisonomía de Valladolid durante aquella y la anterior é inmediata a la definitiva transformación constitucional; que nos da a conocer su vida íntima, su idiosincrasia local, con todos esos detalles de nimia apariencia, pero cuya síntesis bien practicada produce la característica más real y positiva que no puede aprenderse en ningún libro, y que en el moderno experimentalismo es la que mejor puede informar los estudios de sociología.

Y aun sin tomarlo desde tan alto y prescindiendo de tan profunda trascendencia, no es posible desconocer la saludable influencia que estos amenísimos entretenimientos podrían ejercer en la cultura general y en la suavidad de las costumbres.

¡Lástima, mi Señor D. José, que los muchos y buenos literatos nacidos en nuestra ciudad durante el siglo actual, no la hayan pagado este tributo! Por lo mismo que la mutación ha sido tan extensa y profunda, tan radical el cambio, sucede que las generaciones actuales, absorbidas por la atención incesante de la lucha moderna, cual si hubieran surgido en el tiempo espontáneamente [sic], viven desconociendo la realidad de su origen y tal vez este mismo desconocimiento las produce cierta falta de ponderación que empequeñece su carácter, opaliniza su envidiable cultura y las obliga á cojear en el camino del progreso.

¡Cuántas cosas, qué buenas y qué bien escritas, nos hubieran dejado en este género, Zorrilla, Florentino Sanz, Moran, Cazorro, Santos Álvarez, Rosa González, Villergas y otros muchos, que han muerto sin darlas a conocer; y cuántas podrían contarnos los que aún viven! Pero está visto que la vida madrileña no consiente á los privilegiados del talento el vagar necesario para esta clase de recreaciones y que, hasta las medianías provincianas, gravitando siempre hacia la sima burocrática, o no la sienten o las desdeñan. Y así, pasan los años; se suceden las generaciones, cambian las costumbres, se transforman los pueblos y todo su pasado y su sentir más íntimos quedan borrosos o totalmente extinguidos en el tiempo, como si no hubiesen existido para la historia; incuria lamentable y que no puede perdonarse á los modernos positivistas.

Para terminar: como a usted no le alcanza responsabilidad ninguna por tales descuidos, es claro que estos párrafos se enderezan principalmente á denunciar y encarecerla necesidad de remediarlos; lo cual, si se contara con el buen gusto y la buena voluntad de ciertos elementos, resultaría tanto más sencillo, cuanto que se trata de fomentar un género literario, fácil y ameno: ese mismo, para el cual usted ha demostrado tan singulares condiciones y tan preciadísimas aptitudes, mereciendo el público testimonio de gratitud y de aplauso.

Y ¡qué ocasión tan amena se presenta para intentarlo, si nuestros periodistas se decidieran á ello y usted se atreviese a echar una cana al aire, acudiendo a la próxima Feria de San Mateo, no precisamente para divertirse con los festejos todos y siempre encasillados en la rutina de los programas oficiales, sino para solazarse paseando por las calles de su pueblo, cogido del brazo de su amigo Gordaliza y acompañado de otros amigos nuevos, que procuraríamos compensar la ausencia de sus viejos camaradas! Hablaríamos de todo, largo y tendido, comeríamos a la usanza de aquel *Valladolid* que usted ha exhumado tan gallardamente, y hasta le dedicaríamos un banquete, para presentarle á sus paisanos, como benemérito.

Allá va, pues, la idea, aunque, a la verdad, desconfío mucho se realice, entre otras razones, porque los *Vallisoletanos de ahora*, modernísimos en sus costumbres y tan variados como están, conservan su índole apática. Aquí, usted lo sabe bien, no hemos gastado

nunca el buen humor de los andaluces, ni el arranque de los aragoneses; no sentimos el regionalismo, lo cual es una de nuestras mejores cualidades; pero nos pasamos de sosos y, en fin, somos así; porque... ¡Velay!

Si me equivoco me holgaré mucho de ello; pero si tengo el sentimiento de acertar, conste, Señor D. José, que, aun así y todo, apáticos y mortecinos como somos, hay todavía en Valladolid muchos Cazalleros ⁽¹⁾, que saben sentir y agradecer sus «Solaces de setentón», que le felicitan, por haberlos escrito y le desean muchos años de vida y muy buen humor para continuarlos.

Así lo hago constar en nombre de todos y rogándole una vez más cuenta entre los más entusiastas a este simple aficionado, su paisano añejo y servidor afectísimo,

ÁNGEL BELLOGIN AGUASAL.

Valladolid-Agosto de 1894. E L NORTE DE CASTILLA, del 24 de Agosto de 1894.

¹ Así llama el Autor de los artículos a los vallisoletanos, por ser paisanos del Doctor Cazalla.